

DOLOR Y MEMORIA
DE ESPAÑA

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE

JOSE ANTONIO



EDICIONES JERARQUIA
MCMXXXIX • AÑO DE LA VICTORIA

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE

JOSE ANTONIO



LECCIONES DE JOSÉ ANTONIO A LOS NIÑOS

Samuel Ros

Niños: hoy la lección no es la de todos los días, hoy es la más bella y conmovedora lección que podéis escuchar... Estaros quietos y recogidos porque hoy podéis alcanzar toda la ciencia en un instante si escucháis bien y aprendéis mejor la lección singular de José Antonio Primo de Rivera.

¡Escuchad!

Habéis perdido a vuestro hermano grande, pero podéis recobrarlo en el amor a España. Él está en las asignaturas que os hacen hombres para España, particularmente en la Geografía e Historia de España que él supo redimir del desmayo y la inercia para que vosotros jugaseis -con él por Capitán- al juego más ambicioso y gallardo que puede jugar un español de todos los tiempos: el juego de hacer Una, Grande y Libre a España.

Capitán de vuestros juegos y Maestro de vuestro esfuerzo, José Antonio quiso la tierra de España como un jardín ancho y hermoso, con sol de verdad para vuestras vidas y con luna de ensueño para vuestros anhelos. Quiso la tierra de España con ríos morosos que os enseñasen el camino del cielo, y con bosques espesos y rumorosos donde el viento pusiera la música de vuestras canciones... y quiso la Historia de España como un juego de españoles que al jugar hiciesen la historia rigurosa y trascendente, justa y esforzada, para que los mejores tuviesen jerarquía de Capitán.

Niños: allí donde veáis la Geografía de España está José Antonio, vuestro hermano grande. Está lo mismo en el puñado de tierra que será flor, que en la nube de cielo que fue mar. Está lo mismo en el taller que en la iglesia, lo mismo en el campamento que en vuestro hogar. Allí donde esté España, para tocarla con vuestras manos, para verla como vuestros ojos o para adivinarla con vuestra inteligencia, allí está y estará siempre vivo y presente José Antonio.

También en la historia escrita -que es el juego de los españoles de otros tiempos- encontraréis la imagen de vuestro Capitán. La encontraréis en el minuto del triunfo y en el siglo de desvelo; en el grito de conquista y la oración de victoria; en el ardor del trabajo y en la alegría del descanso; en la angustia de la lucha y la voluntad del premio y en la hermandad de la empresa. Allí donde esté la Historia de España, para admirarle en su grandeza está vuestro Capitán José Antonio, y de allí donde esté la Historia de España, para compadecerla por las traiciones ajenas o por los propios desmayos, allí está también el dolor de vuestro Hermano Grande y está con su tesón alerta de niño-hombre para cambiar, cuando haga falta, el mal juego de abandono y derrota en buen juego de fervor y victoria.

¡Niños! Todo lo podéis olvidar, en la vacación y el recreo, todo menos José Antonio, porque él es España misma con su Geografía y su Historia, porque él es vuestro

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Capitán, en este juego que tenéis vosotros la fortuna de hacer, al poner hoy viva y en marcha la Historia de España.

Un día José Antonio dejó su casa, donde todo era bueno y amable, donde había para él calor y caricias... dejó su casa para salir a la calle, donde hacía frío, frío de odio y un frío peor de indiferencia. No tenía más disciplina que la recta disciplina de su conciencia dispuesta a salvar a España. Iba en llamas de rebeldía contra todo lo establecido porque lo establecido desintegraba y deshonoraba a España.

Fue José Antonio en busca de las malas compañías, porque mientras ciertas gentes egoístas despreciaban a las malas compañías, él las quería, a condición de hacerlas buenas, y sabía bien que la única forma de hacerlas buenas para los hombres, para España y para Dios era la de llegar hasta ellas mismas y conquistarlas por el amor, por la razón o por la fuerza. Fue José Antonio, con sólo su nombre, quien tantos títulos pudo ostentar, y fue con sólo su camisa azul, la primera camisa azul donde la jerarquía no estaba bordada, porque tenía que ser el propio corazón de José Antonio el que la abordase, haciéndose antes el primer corazón español.

Fue vuestro Capitán y Maestro por pueblos y campos de España para aprender y enseñar su lección. Clavó los pies de la tierra de España con tal firmeza y coraje que se sintió como unido por raíces a la tierra de España y levantó tanto su frente a los cielos de España que se sintió coronado con fulgores de elegido, como Héroe de los altos cielos de España.

¡Gran lección ésta que fue a aprender y a enseñar vuestro Hermano Grande!... ¡Gran lección ésta que vosotros debéis aprender hoy para enseñarla mañana!... y la debéis enseñar con la misma disciplina en la conciencia y en las jerarquías establecidas por él y por Franco, con la misma intransigencia que él tuvo, ante los demonios que pretendan seguir desintegrando y deshonorando a España.

José Antonio, después de hundir sus pies en la tierra y después de hundir su cabeza en el cielo, dijo las primeras palabras de la revelación... Fueron palabras de amor y palabras de destino común a todos los españoles de la clase que fuesen y a todas las tierras de España de las provincias que fuesen... porque en aquellos tiempos ¡niños! ni los hombres podían ser hombres, ni los españoles podían ser españoles... tampoco los soldados podían ser soldados ni los ingenieros ingenieros, ni los médicos médicos, ni los abogados abogados... ni siquiera, niños, fijaros bien, ni siquiera los niños podían ser niños.

Un grupo de camaradas surgió y se levantó ante las palabras mágicas de vuestro Capitán y Maestro. Fueron los primeros y mejores. Fueron las voces vivas que habían aprendido la lección y la iban a multiplicar por los caminos de España y por los caminos del universo.

Muchos de aquellos camaradas de José Antonio y vuestros, cayeron abriendo camino a su jefe hacia la gloria. En el momento de morir eran santos y sabios. Santos porque la generosidad de su sangre habría a sus almas la puerta más ancha y luminosa del Cielo, y sabios porque con ser tan sencillo habían aprendido las palabras más difíciles, más justas y precisas, aquellas palabras que necesitaba saber un joven español de aquellos

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

tiempos que ambicionase la sabiduría. Eran estas dos palabras, que encerraban y encierran en sí toda la ciencia: Arriba España.

El odio sigue los pasos de José Antonio, los siguió como un lobo feroz y hambriento porque él era el amor y en su presencia todo renacía y se recobraba, todo se ordenaba... y el lobo, que estaba acostumbrado al festín de la muerte, del abandono y el desorden, afiló sus uñas y perfiló su saña para ir y matar al que había nacido nuestro Salvador, al que era luz y verdad, al que abría todos los caminos para que nuestra Geografía fuese bella y para que nuestra Historia fuese grande.

Fue el odio quien encarceló a José Antonio, a vuestro Capitán y Maestro, a vuestro Hermano Grande, fue el odio quien encarceló al que había aprendido y enseñado la lección mejor, al que hoy es lección misma para vosotros.

Quien pudo tener los más hermosos palacios prefirió la cárcel, quien había sembrado las mejores miradas de comprensión fue mirado con las peores miradas de incompreensión.

El corazón de José Antonio se ensancha en la cárcel, se ensancha tanto como España mismo y aún rebasó los límites de España con afán de Imperio. Era José Antonio en la cárcel como España misma, cargado de dolores y de destino... y cuando ya estaba aquí recogido su corazón por nuestro Caudillo Franco, estallando su corazón en los gritos redentores y elevándose cada mañana con el sol de nuestro glorioso e inmortal amanecer, allá, en la otra España que hoy es sombra y mañana será luz allá, no lo olvidéis, todas las fuerzas de la anti-España, todas juntas, inconscientes y malditas y cobardes mataron a vuestro Jefe, a vuestro Capitán, a vuestro Maestro, a vuestro Hermano Grande.

Tenía José Antonio treinta años, un cuerpo noble y gallardo donde la sangre era feliz y se redimía de las miserias de los hombres y tenía un alma generosa, que subió a los luceros con sus ojos para continuar mirando desde allí a España con el mismo desvelo y la misma exigencia con que siempre la había mirado.

José Antonio no ha muerto, niños; no ha muerto si queréis vosotros que crezca en vosotros y que se multiplique cada día en cada español que nace... José Antonio es una lección viva que nunca debéis olvidar. Cuidad bien, niños, de sacar hoy el mejor o mayor provecho de esta elección, porque, ya lo oísteis, todo lo podéis olvidar en la vacación y el recreo, todo menos esta lección de José Antonio, que aunque hoy empieza pasa a ser infinita.

Cuidad bien de que en el último examen, en el examen definitivo de vuestras vidas, podáis superar la lección que escucháis, esta lección de José Antonio que no es letra sino acción, la acción viva y caliente que deben ser nuestras propias vidas con la guía y norma de fidelidad a quien fue vuestro Capitán y Maestro, a quien fue el más bello héroe que vieron los hombres y que acompañaron los ángeles.

¡Niños!, no lloréis hacia fuera, porque él no lloró nunca sino hacia dentro de sí mismo, como buscando en su pena, como buscando en la aridez de su escondido llanto, la sonrisa clara y feliz que nos ofreció a todos los españoles para enamorarnos de nuestro destino.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

¡Niños!, no lloréis, porque él no quería, pero medita en él. Tened sed de José Antonio y ser como la fuente, que se bebe a sí misma para devolver el agua.

Medita en José Antonio para que vuestra meditación devuelva en vosotros mismos y para España al Hermano Grande que habéis perdido.

¡Niños!, un día os encontraréis hombres, hombres de España al servicio de España y entonces gozaréis de una alegría que vuestros mayores no pudieron gozar, la bendita alegría de miraros como hermanos todos los españoles que crecisteis juntos.

Cuando la vida abra en abanico el grupo que hoy formáis, os encontraréis distantes unos de otros, os encontraréis situados en múltiples direcciones pero tened la seguridad de que todas serán direcciones al servicio de España y desde cualquiera de ellas podéis mirar a los que están en la dirección de enfrente como aquellos que os completan...

Podéis mirar a los otros españoles, estén donde estén y sean quienes sean como camaradas, para acompañar vuestra soledad de hombres y para compartir la carga de vuestro dolor o de vuestra alegría, cuando la carga, triste o gozosa, se haga excesiva para vuestros hombros.

¡No lo olvidéis!, porque existió José Antonio, existe y existirá una España donde podréis miraros sin rencor los unos a nosotros; donde la Universidad será como un taller y la ciudad como el campo; donde todo y todos sean envueltos por la misma música que convierta en coro acorde el acento peculiar de vuestra misión y de vuestro trabajo.

¡Niños!, hoy no es día de llorar, sino de pensar profundamente, adelantando vuestra cabeza a la edad, para que templéis vuestra alma y fundéis vuestro cuerpo en el mismo temple y moldes que hizo José Antonio vuestro Capitán en el juego español, vuestro Maestro en el esfuerzo español y vuestro Hermano en la sangre española.

¡Sed valientes porque fue valiente José Antonio!

¡Sed alegres porque fue alegre José Antonio!

¡Sed generosos porque fue generoso José Antonio!

Y ¡Sed constantes en el valor, en la alegría y en la generosidad, porque fue constante en el valor, en la alegría y en la generosidad José Antonio!

Vivid como vivió José Antonio y para lo que vivió José Antonio, y morir como murió José Antonio y para lo que murió José Antonio.

Vuestro Caudillo, Franco, os promete una eterna presencia en eterna primavera de vuestro Hermano Grande, de vuestro Capitán y de vuestro Maestro, pero vosotros tenéis que demostrar que la merecéis... debéis demostrar que sois capaces de haceros hombres de un golpe para defender a José Antonio.

Unid vuestros gritos y haced graves vuestros gritos en esta fecha que nace para no perecer, en esta lección que empieza para no terminar.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

¡Arriba España!

José Antonio Primo de Rivera: ¡Presente!

LECCIONES DE JOSÉ ANTONIO

A LOS OBREROS ESPAÑOLES

Pedro Laín Entralgo

Camaradas: Detened por unos minutos el duro trabajo de vuestras manos; detenedlo y oíd, porque hace dos años mataron en Alicante a un hombre que se llamaba José Antonio Primo de Rivera.

Seguramente, ninguno de vosotros lo conocía. Muchos, ni siquiera habéis oído hablar de él hasta que, con la guerra, se derramó la Falange por toda la tierra de España. Algunos, tal vez, todavía conservéis en vuestros oídos el recuerdo de cuando le llamaban " señorito fascista " o " representante del capitalismo " por quienes decían hablar en nombre de la conciencia proletaria. A todos van dirigidas estas palabras: a los que no le conocíais y a los que oísteis palabras de odio contra él. Sólo se os pide una cosa que vosotros, obreros españoles, no podéis negar nunca: escuchar con silencio y con respeto lo que fue para España y para vosotros un hombre que consagró su vida, hasta darla entera, por un ideal alto y profundo.

Le oísteis llamar " señorito fascista ". ¿Recordáis lo que con estas palabras se pretendía despertar en vosotros, cuando los que se decían vuestros jefes las pronunciaban? " Señorito fascista " es el que no trabaja, el enemigo del obrero, el que trata de paralizar la revolución proletaria para continuar su vida cómoda y sus lucrativos negocios. ¿Recordáis, camaradas? ¡Cuántos hermanos vuestros y nuestros empuñaron las pistolas en aquel Madrid de los años 35 y 36, cuando los mejores hombres de José Antonio vendían su periódico o gritaban sus consignas! Pero lo que no habéis sabido nunca es la contestación que él dio a estos ataques, no sólo como hombre entero y generoso, sino como jefe de una organización política. Oíd sus palabras, copiadas a la letra de las que él escribió por su mano: " Los obreros son sangre y suero de España, son parte de los nuestros. No les creáis enemigos aunque griten contra nosotros, aunque nos apedreen, aunque sean capaces de disparar contra nosotros. No, camaradas, no son enemigos todos los que os miran con malos ojos cuando voceáis nuestro periódico, cuando repartís nuestras hojas. Son parte misma de nuestra Falange."

" Llegará un día en que todos los españoles nos abracemos con sincera emoción; un día a partir del cual ya no caerán más muertos, ya no habrá más luchas, ya no habrá más partidos. Ese día veréis, camaradas, cómo todos los que ahora consideráis enemigos levantan su brazo en signo de amor, en signo de Imperio, y también veréis como ese frente rojo -ese poeta revolucionario, ese chulito comunista, ese banquero socialista- huye otra vez a sus antiguos menesteres de vicio, podredumbre y degeneración. "

Para nosotros era el amor y la esperanza, aunque con odio momentáneo algún obrero fuese capaz de disparar su pistola con ánimo de herir. El desprecio y la lucha violenta no podían dirigirse contra el albañil o el peón, que dejaban en casa muchas veces una familia honrada o tal vez la triste rabia de un mes sin trabajo; el desprecio y la lucha

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

iban contra el escritorcillo comunista que se dedicaba a hablaros de Lenin desde su confortable redacción de periódico, o desde el café burgués; o contra el banquero capitalista y amigo de Prieto, que con la red de sus empresas anónimas hurtaba toda presencia y todo dolor propios de su negocio; el mismo que te trataba como un número en la fábrica o en el taller. No, camarada: José Antonio vino a la política de España para enseñar a todos que el obrero es, simplemente, un hombre y un español. Por ser un hombre necesita una vida decorosa y digna que le libere de servir como esclavo a cualquier tinglado capitalista de los que trajo como consecuencia el liberalismo económico y convirtieron a los obreros en un rebaño injustamente asalariado, o a cualquier tinglado comunista de los que ha traído como consecuencia el socialismo de Marx y Lenin, y ha convertido al obrero, cuando más, en la máquina con ambición y sin esperanza que es el " stajanovista ". Por ser un español, tiene que rehusar la revolución internacional que le brinda el socialismo y la revolución comunista que le ofrece el imperio soviético; porque su misión está en hacer una revolución más nueva y más honda, más alegre y más humana, más justa y más entera: la "Revolución Nacional Española".

¿Quién nos dijo que José Antonio y sus hombres eran asalariados del capitalismo o que luchaban por las calles o por las serranías como la avanzadilla táctica del capital antirrevolucionario? Es seguro que ninguno de vosotros conocía estas palabras promulgadas por la mano y el corazón de José Antonio como norma, primero de sus hombres y ahora -por decisión alta e irrevocable del Caudillo Franco- para todas las gentes y para todos los años de España. He aquí las palabras de José Antonio, que cuantos vestimos camisa azul hacemos nuestra ley:

"Repudiamos el sistema capitalista, que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes, propicias a la miseria y a la desesperación. "

Esto, camaradas, no es retórica ni afán de engaño; no es una falsa bandera para atraer incautos ni una táctica nueva del propio capitalismo. ¿No recordáis quiénes eran los enemigos de José Antonio y de la Falange antes de la guerra? Por un lado, es cierto, las organizaciones llamadas proletarias, dentro de las cuales unos jefes a cubierto empujaban a la huelga o al atentado a gente humilde que sólo encontraba como fruto un balazo o un arresto. Pero, por el otro lado, estaba aquel capitalismo torpe y sucio de los radicales o aquella enemiga sorda de las derechas, que veían a José Antonio como adversario de su tranquilidad y de su lucro, y le condenaban al silencio de sus periódicos o clausuraban sus centros cuando gobernaron con la C.E.D.A.

El jefe socialista era enemigo suyo: sabía que José Antonio predicaba una revolución nueva, que recogía cuanto de bueno pudieran tener las reivindicaciones materiales del marxismo y le privaba de su desarraigo humano y patrio; esa revolución por la cual el obrero pasa a ser un peón en la máquina fría del Estado y un número sin color, ni ambición, ni alegría que pueda llamar de veras suya, sobre el llanto inmenso del mundo. El jefe derechista, por el contrario, hablaba mucho de patria, familia, religión; tenía siempre en la boca conceptos sagrados y solemnes, pero se desentendía de la desesperación del paro forzoso, y de las noches sin lumbre ni intimidación del arrabal, y de la inmensa tristeza resignada del campesino encorvado sobre surco ajeno; ese jefe derechista era también enemigo de José Antonio porque temía la Revolución decidida, joven y alegre que José Antonio proclamó. ¿Cuántos de vosotros habríais quedado sin

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

formar en sus filas de haber sabido antes que José Antonio os llamaba simplemente para convertir vuestro sindicalismo en nacional y vuestra Revolución en Española? Yo os aseguro que cuantos sentís honradez y hombría en el fondo de vuestro corazón hubieseis estado entre sus hombres y habéis de estarlo con los que ahora continúan en espíritu y disciplina, bajo el mando del Caudillo, la obra que comenzó. Vosotros sabéis acaso que José Antonio fue juzgado en Alicante; lo que sin duda no os ha dicho nadie es esto que él mismo cuenta en su testamento:

"Ayer, por última vez, expliqué ante el Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras al principio hostiles se iluminaban primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me aparecía leer esta frase: " ¡Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí! " Y ciertamente, no hubiéramos estado allí, ni yo ante un Tribunal popular ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos. "

Y más todavía estaríais con él y con su doctrina, de haber vivido como obreros en el otro campo. ¿Qué ha sucedido en la zona roja, donde se os prometía el triunfo completo de la revolución proletaria, y con ella el de todas las posibles reivindicaciones obreras? Mirad: las organizaciones de la C.N.T. han sido deshechas y sus jefes cazados como malhechores -¿Os acordáis de Pasajes, de Arnedo, de Casas Viejas, de Fígols?- por los mismos guardias de Asalto del capitalismo republicano, sobre el asfalto de las calles de Barcelona; el P.O.U.M. ha sido materialmente aniquilado y sus hombres juzgados por los tribunales de Negrín con la misma saña que si fuesen " fascistas "; los grupos comunistas arrastran por los ministerios su descontento de ver que el gobierno dirige más sus miradas a la burguesa Francia que a la prometida Rusia; los socialistas puros contemplan a Largo Caballero, desplazado y perseguido, y las juventudes unificadas empujadas hacia el frente por unos dirigentes a quienes molestan; y, mientras tanto, en los pueblos, en las casas humildes de la ciudad, en todas partes, el hambre, la miseria y la desesperación, las colas para conseguir unos gramos de pan y los precios fabulosos, para los que ningún jornal basta.

Allá, en la zona roja, ha fracasado la revolución que llamaban proletaria. Nosotros, los nacionalsindicalistas que seguimos a José Antonio y a Franco, apenas hemos comenzado la nuestra. A ella nos llamamos con el mismo fervor hondo del que murió, y con toda la fuerza militar del que ahora nos manda. Hemos de ir todos juntos hacia la grandeza de España, por la cual serán libres y fuertes todos los españoles: obreros y estudiantes, combatientes y campesinos. Lo mismo que hace tres años gritaba la Falange:

"Basta de izquierdas y derechas. Basta de egoísmos capitalistas y de indisciplina proletaria. Ya es hora de que España unida, fuerte y resuelta, recobre el timón de sus grandes destinos. Eso quiere y para eso os llama a todos la Falange Española de las J.O.N.S. Estudiantes, campesinos, labradores, trabajadores, gentes mozas de cuerpo y espíritu: desdeñad los llamamientos que os lanzan desde un lado el odio y desde otro lado el egoísmo y la pereza; agrupaos bajo nuestra bandera, que es la bandera liberadora de la revolución nacionalsindicalista."

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Cuando la guerra acabe y vengan de los frentes nuestros camaradas; cuando lleguen a nuestro campo los hombres honrados que equivocadamente luchan en el otro; cuando desaparezcan para siempre la lucha torpe y suicida de lo que el liberalismo llamó derechas e izquierdas, entonces se abrirán nuestros ojos a la luz que en años anteriores había empeñado en ocultarnos. No os queremos marxistas, porque nuestra Revolución ha de ser española y no rusa; pero mucho menos os queremos domesticados, sin vigor ni rabia. Os queremos según el espíritu de esto que escribió José Antonio:

"El socialismo quiere ser materialista y cae casi siempre en un espiritual misticismo confuso y delirante. Las derechas acumulan todas las señales de un espiritualismo aparental, hablando de la religión, la tradición, la patria o la familia, pero el espiritualismo huye por tortuosos caminos materialistas y capitalistas, con su secuela de egoísmo y corrupción moral. Las derechas que quieren ser espiritualistas y caen casi siempre en un materialismo, en un egoísmo obtuso y bajo. Las izquierdas en general son el error, y las derechas la falsificación. Las izquierdas se valen de grandes mentiras para defender el gran fondo de verdad y justicia que se opone a las injusticias sociales; las derechas se valen de grandes verdades para defender el gran fondo de mentira e injusticia que se opone a la verdad y justicia sociales. "

Os llamamos en nombre de José Antonio el que murió sin que le conocierais, y de Franco, el que os ha prometido ganar la misma revolución nacional. Venid a nosotros con el mismo vigor revolucionario de siempre. Para vencer para siempre el capitalismo liberal, ahora que se vence en el campo de batalla al marxismo internacional y deshumanizado, os llamamos a nuestras filas. Para que juntos obreros y campesinos, estudiantes y soldados, para que todos los hombres jóvenes de España podamos hacerla grande y libre, gritad conmigo:

¡Por la Patria, el Pan y la Justicia!

¡Arriba el Caudillo!

¡Arriba España!

LECCIONES DE JOSÉ ANTONIO

JOSÉ ANTONIO Y EL CAMPO

Antonio Tovar

Hoy hace dos años, José Antonio Primo de Rivera caía atravesado por las balas del cobarde pelotón de ejecución rojo.

Al conmemorar hoy con luto nacional su muerte, queremos que tengan vida, y vida continuada y operante, sus consignas, a sus órdenes. Porque las consignas de José Antonio le eran dictadas por la más grande generosidad, por el más profundo amor a España. Y sería la mayor de las tragedias que estas consignas, que estas órdenes de revolución nacional, de liberación de España, se perdiesen. Porque entonces otra vez España se metería en un camino de siglos de inutilidad, de cobardía, de renuncia, de sumisión.

El testamento político de José Antonio es el de nuestra guerra, el de nuestra revolución. Vosotros, campesinos, labradores españoles, lleváis sobre las espaldas demasiado peso de incomodidades, de abandonos, de desventajas. Vosotros, obreros del campo, habéis sido mil veces engañados por los dirigentes marxistas, que en último caso a quien tenían interés en favorecer era a su clientela electoral en las ciudades, a esos obreros que ganaban jornales de tres, de cuatro veces los vuestros y que trabajaban mal ocho horas. Vosotros, labradores, que tenéis una pequeña labranza, habéis sido mil veces explotados por los caciques y los usureros, que también tenían su clientela electoral a quién favorecer y que os esperaban en Madrid junto al gobernador de la capital para que les llevaseis vuestro tributo a costa de alguna migaja de mentido favor que os arrojaban. Vosotros, todos, obreros y patronos del campo, erais las víctimas del capitalismo bancario, que se cobraba un interés superior al de la renta de la tierra, de un Estado que cobraba las contribuciones pero os daba mala o ninguna escuela para vuestros hijos, no se preocupaba de que las plagas del campo destruyesen vuestra cosecha vuestras viñas o vuestros árboles, no se acordaba de las aldeas y los pueblos para hacer llegar a ellos las ventajas de las ciudades, absorbía para la vida proletaria de los bares de la ciudad a los mejores hijos del campo...

Entre vosotros, campesinos, están aquellos de los que José Antonio dijo que " tenían hambre de siglos ".

Y para cumplir el testamento de José Antonio, para que la guerra donde han muerto tantos españoles labradores y campesinos no se pierda, para que la victoria de Franco, nuestro Caudillo, no sea inútil y estéril, tenemos, labradores de España, que conservar y una tras otra ir aplicando las consignas de José Antonio.

A cuento de esto viene esta lección de aniversario sobre José Antonio y el campo.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Cuando José Antonio funda la Falange, desde los primeros días comenzó a predicar en el campo. Pero no con tono de grandes voces y grandes promesas que ha sido siempre el hablar de los políticos ante la gente del campo. José Antonio tenía demasiada vergüenza para hacer promesas que no se pudieran cumplir. José Antonio hablaba clara y sencillamente en los pueblos de España. Abrió su corazón y comunicaba a la gente del campo sus preocupaciones, los mismos temas de sus grandes discursos en las ciudades.

Porque sabía que no bastaba con hablar en Madrid, ni en las demás capitales españolas. José Antonio fue el que dijo " el campo es España ". Y mientras otros políticos os despreciaban o se limitaban a traficar agrariamente con vuestros intereses, José Antonio hablaba en Carpio de Tajo, en Trujillo o en Tordesillas, porque sabía que a quien más interesaba el destino de la Patria era a vosotros, labradores de la tierra, porque tenía la conciencia de que el verdadero primer personaje de la política española, el cultivador de la tierra, se escondía aquí, en los pueblos y en las aldeas.

José Antonio se había entregado al campo y sabía comprender esa desesperación de los labradores de España, que se han visto siempre abandonados y burlados por los políticos. José Antonio se avergonzó una vez de llegar con un buen automóvil y un buen abrigo a una de las aldeas españolas donde la miseria domina.

Y porque sintió esta vergüenza, era capaz de amar como nadie a los labradores y a los campesinos de España. Y por eso pudo decirles con sinceridad que si no cumplía la Falange su promesa de elevar la vida del campo, que cogieran los campesinos su mejor soga, se la atasen al cuello y colgado de un olivo le tirasen de los pies.

Pues José Antonio se había entregado con tal decisión a su obra, que sabía que no saldría de ella vivo. Y podía decir sinceramente estas cosas sencillas, mientras los cucos esperaban, esperaban, como esperan aún.

Por eso, campesinos, labradores de España, queremos una vez más repetiros las consignas de la revolución nacionalsindicalista prometida por José Antonio Primo de Rivera y asegurada al precio enorme de su vida.

Repasemos los artículos, los discursos, los periódicos, los papeles de José Antonio. Y de todo ello sacamos no un programa agrario, no una serie de soluciones concretas, no un artículo atractivo para cazar incautos. De todos ellos queremos que vosotros, labradores de España, campesinos de España, saquéis doctrina para vuestras reclamaciones, enseñanza para vuestro camino, hasta que lleguéis a ocupar en la patria el puesto que os corresponde.

Sentimos nosotros el mismo rubor que una vez sintiera José Antonio de verse bien abrigado y en automóvil mientras aquellos campesinos se quedaban en una aldea hórrida, sin luz, sin escuela, sin iglesia, sin nada de lo que sirve para enriquecer una vida. Y porque sentimos este rubor no vamos a exhibiros el programa de José Antonio para engañaros una vez más. Hablamos aquí para que sepáis lo que podéis exigir y lo que debéis exigir.

Sólo así se hará la revolución nacionalsindicalista.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

José Antonio arrancó la triste verdad de la España republicana. José Antonio se encontró con que el pueblo español llevaba mucho tiempo esperando su revolución, con que el 14 de abril fue una gran estafa de la que se aprovecharon elementos que tenían sobre sí un pasado turbio, vergonzoso y traidor.

José Antonio tenía que estar contra los dos bienios. Contra el bienio criminal socialazañista, que prometió una reforma agraria y lo único que hizo, mientras importaba trigo extranjero, fue una burocracia y un Instituto de reforma compuesto de abogados. Y contra el bienio estúpido de los radicocedistas, que negaron la necesidad de la revolución y no vieron venir en medio del tedio y de la torpeza de sus días de gobierno, la catástrofe de 1.936, que iba a llevarse la vida de José Antonio, como iba a llevarse la de tantos hijos vuestros, la de tantos hijos de los campos de España.

José Antonio venía contra todos. Contra los tinglados de la política parlamentaria de derechas e izquierdas, de republicanos y monárquicos. Contra reformas agrarias y contra los agrarios sin reforma.

Y ahí queda su sentido humano de los problemas del campo, para que vosotros, los labradores, exijáis y vigiléis que estas consignas se cumplan. Nada de acudir a los políticos, nada de esperar las cosas de las capitales, nada de suplicar humildemente para que los políticos se rían de vosotros, la era de los caciques del campo ha terminado. Vosotros debéis ser fuertes. La época de los sindicatos de caciques de derecha y de caciques marxistas ha terminado. Los sindicatos del campo habrán de organizarse por sí mismos como elementos creadores y productores, no como instrumentos de agresión marxista o de defensa caciquil.

José Antonio, en 1.935, dijo: " El campo es España; el que en el campo español se impongan unas condiciones de vida intolerable a la humanidad labradora en su contorno español, no es sólo un problema económico; es un problema entero, religioso y moral... por eso es monstruoso que quienes se defienden contra la reforma agraria aleguen solo títulos de derecho patrimonial, como si los de enfrente, los que reclaman desde su hambre de siglos, sólo esperasen a una posesión patrimonial y no a la íntegra posibilidad de vivir como seres religiosos y humanos."

Y de cerca inspiradas en estas palabras son las páginas de una especie de manifiesto que apareció el mismo año en el semanario de Falange Arriba, en las que se señala un " Esquema de una política de aldea " .

A este manifiesto corresponden estos párrafos, que vamos a repetir:

"Las "grandes capitales" y "los grandes capitales" -superurbanismo y gran capitalismo- siguen siendo los enemigos de la humanidad labradora. El labrador se jugaba con esfuerzo heroico su cosecha a las vueltas del tiempo en la rueda del año. Pero en esta ruleta de las cuatro estaciones, en este tablero al cual pone su vida el labrador, la ciudad y la Banca tienen los ceros. El campo es una víctima de los favores de la ciudad y de la Banca. La mayor parte de la riqueza española y de las fuerzas de resistencia contra la crisis, vienen del trabajo campesino. Luego la riqueza española se reparte con una prodigalidad suicida en las ciudades y con una usura suicida en el campo."

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

... "Pero, ni siquiera en esta política agraria, buena y completa, que realizaremos, se agotará nuestro desvelo por la humanidad labradora, en su humana totalidad hacia la unidad de destino, porque ésta no se agota en problemas técnicos, administrativos y financieros."

... "En el estado nuestro habrá una Carta de las aldeas y pueblos campesinos, una Carta Puebla de las gentes labradoras de España.

"Y allí se empezará por algo que no nos compete del todo a nosotros, al Estado; pero también por algo que el Estado debe regular en su libertad y ayudar en su dignidad y esplendor. En realidad se empezará por la ayuda de Dios, con la organización del mundo moral, por la elevación del orden religioso. Es necesario que el centro espiritual de la idea sea la parroquia, como órgano supremo de su moralidad. Defenderemos las parroquias de aldea con más tesón que las Universidades. "

... "Tras el robustecimiento de la parroquia viene la reforma de la escuela, y de la escuela con Cristo, que debe ser el enlace cordial e intelectual, de la moral y la cultura civiles con la moral y la cultura de la iglesia.

"Esta escuela de la aldea reformada, elevada a un alto sentido moderno y de vuelta a un alto sentido tradicional, se prolonga en organizaciones de tipo premilitar y deportivo, con un complemento de cultura de la juventud. La radio y el cine y las misiones ambulantes de cultura completarán y facilitarán esos objetivos.

"La educación premilitar acaba en una restauración de las milicias campesinas, que formó en su día Cisneros y que en nuestras aldeas se compondrán de la juventud premilitar (antes del paso por los cuarteles) y de los veteranos (después del paso por los cuarteles). No sólo se hará esto por incremento de la potencia de la Patria, sino por su alta función educativa."

... "Ni en eso acabará la política de la aldea. Hará falta además, entre otras cosas, una fuerte ofensiva de sanidad y particularmente una política del niño, una política de infancia."

... "Entonces tendremos la aldea de Falange."

Esta aldea, con religión, cultura, milicia, trabajo y salud, será la base de la grandeza de España el más sano fundamento de la libertad nacional, la seguridad de permanencia en la política nacionalsindicalista. Y no os decimos esto, labradores, del modo como los políticos dicen desde siempre consignas electorales. Os decimos esto porque según sabemos que vuestros hijos fueron los primeros en empuñar el fusil para emprender la liberación de España, serán los mismos combatientes de Castilla, de Navarra, de Galicia, de Aragón, los que defenderán los intereses humanos del campo, el derecho a trabajar por una Patria más grande, el de ser redimidos, vosotros, los pequeños ahorradores, como los pequeños industriales, los pequeños comerciantes, "de las garras doradas de la usura bancaria " y de las garras no tan doradas de los políticos profesionales y los caciques.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Porque os conocía, José Antonio sentía sobre sí algo de vuestros dolores, de vuestras dificultades económicas, de las faltas de respeto contra vuestra dignidad. En su primer discurso de fundación de la falange, José Antonio Primo de Rivera dijo:

"Cuando recorríamos esas tierras y veíamos esas gentes y las sabíamos torturadas por pequeños caciques, olvidadas por todos los grupos, divididas, envenenadas por predicaciones tortuosas, teníamos que pensar de todo ese pueblo lo que él mismo cantaba del Cid al verle errar por campos de Castilla, desterrado de Burgos: ¡Dios, qué buen vasallo si hubiera buen señor! "

José Antonio admiraba " esos pueblos en donde, cada día bajo la capa más humilde, se descubren gentes dotadas de una elegancia rústica que no tiene un gesto excesivo ni una palabra ociosa, gentes que viven sobre una tierra seca en apariencia, con una sequedad exterior, pero que nos asombra con la fecundidad que estalla en el triunfo de los pámpanos y de los trigos ".

Y sentía el dolor de los braceros, de los jornaleros, de esos hombres que "de sol a sol se doblan sobre la tierra, abrasadas las costillas, y que ganan en todo el año, gracias al libre juego de la economía liberal, setenta u ochenta jornales de tres pesetas ". Y José Antonio sentía también la tragedia de los que " han de alquilar, por unas horas, las fuerzas de sus propios brazos, han de instalarse, como yo los he visto, en esas plazas de los pueblos de Andalucía, soportando el sol, a ver si pasa alguien y los tome por unas horas a cambio de un jornal".

Así de generosamente José Antonio sentía vuestros dolores y vuestras angustias. De la misma manera que el Caudillo Franco acudirá a ponerlas remedio; porque Franco sabe lo que es el campo, porque él ha convivido también con los soldados campesinos, porque él ha dormido, como ellos, durante años, en el santo suelo de las campañas de África.

No dejó José Antonio Primo de Rivera un programa acabado para resolver los problemas del campo. Ni falta que hace, porque nosotros no creemos en los programas, sino en los hombres y en el sentido que algunos hombres tienen de las cosas. Para llegar a la reorganización del campo español, a la mejora en la vida de los labradores, de los trabajadores del campo, lo primero que hace falta es tener sentido de la necesidad de esta mejora. Esto es, sentir el dolor de la vida del campo español tal como un siglo de política liberal y los años de marxismo la han dejado.

José Antonio sentía este dolor, partía de él para desear esta mejora. Y así dijo en una ocasión:

"El Estado nuevo tendrá que reorganizar, con criterio de unidad, el campo español. No toda España es habitable: hay que devolver al desierto y sobre todo al bosque, muchas tierras que sólo sirven para perpetuar la miseria de quienes las labran. Masas enteras habrán de ser trasladadas a las tierras cultivables, que habrán de ser objeto de una profunda reforma económica y una reforma social de la agricultura. "

Porque le falta a nuestra economía la reorganización, la modernización, la técnica. Y la reforma de todo esto, la reforma de la economía agrícola española es el primer paso para

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

llegar a la reforma social, a la reforma que satisfaga a los que tienen " hambre de siglos "
".

Esto es lo que José Antonio Primo de Rivera quería para el campo de España. Esto era lo que él, de vivir, hubiera luchado hasta el fin por hacer.

Pero no hemos venido a hablaros de lo que se hubiera podido hacer si José Antonio viviera. Venimos a deciros que estas consignas están vivas que la Falange mantiene en sus Banderas estas consignas y que el Caudillo Franco, al mandar sobre todos nosotros, ha tomado estas banderas con todo lo que significan.

¡Por la elevación de nuestra vida, porque los labradores y campesinos participen de las ventajas de pertenecer a una Patria Grande, porque las aldeas y los pueblos se sientan sin olvido ni desprecio dentro de la unidad de los españoles!

¡Por la Revolución Nacional que dirige Franco, el Caudillo victorioso!

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

CONFERENCIA DE EUGENIO MONTES

(11 de noviembre de 1938. III Año Triunfal)

El próximo domingo inicia la Radio Nacional la Semana conmemorativa de José Antonio Primo de Rivera, por cumplirse en la madrugada del día 20 el segundo aniversario de su asesinato a en la cárcel de Alicante.

Sonará la "radio", con crespones de luto y todas las voces tendrán el mismo eco en esta semana de duelo nacional.

Fue José Antonio Primo de Rivera el índice que puso en marcha la rueda de la nueva Historia de España.

Político: la palabra designa una de sus actitudes, pero no resume toda su abarcadora alma española. La política era para él un modo de realización del espíritu y un cauce por donde podía ir el río de España, no la muerte, sino la vida, pero actitud que él tomó forzado por las circunstancias y obligado por toda la pesadumbre de una decadencia española que llevaba tres siglos echando arena sobre nuestros ojos y echando desiertos sobre nuestro prodigio, en donde su palabra mágica había de hacer alumbrar el agua saturada de alegría de España. " A la alegría por el dolor ", dice el tema de las sinfonías de Beethoven. En esta gran sinfonía que tiene como preludeo el himno magistral de la Falange, fue la voz de José Antonio aquella que hizo adentrar más el alma delicada española en el fondo de nuestra congoja, en lo hondo de nuestra tragedia, para que, empapándonos de pena, pudiéramos llegar todos a la claridad de una alegría colectiva que ahora vamos conquistando a punta de lanza.

Creador del movimiento histórico, lo que es más que uno político, porque la política acaba. Creador de un movimiento histórico, es decir, de un nuevo ser español, y tal vez creador de una nueva época histórica. Apoyado en la necesidad y fatalidad de la política contemporánea, manejando la técnica del Estado en nuestro tiempo, el utilizaba como instrumento aquellas realidades, pero no se dejaba dominar y abarcar por ellas.

Creador de un movimiento histórico, es decir, de una nueva poesía, de un nuevo arte, de un nuevo estilo, en fin, de una nueva manera de ser.

Realmente seremos dignos de él conmemorando su muerte por un modo de aproximación a la ejemplaridad de su vida. Ejemplaridad de una vida sin un momento de desmayo, sin un minuto de duda, que termina en el testamento redactado en esa noche triste para España, menos triste para él porque la hora de la muerte es la hora de la verdad, y él ya la estaba dando plenamente en este testamento, escrito sin solemnidad religiosa y donde una vida joven se despidió de la vieja vida española, sabiendo que al

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

caer sobre la tierra había de hacer florecer con eso, con su sangre de martirio, una nueva España.

¡Cárcel de Alicante! El triste destino de toda la grandeza española encuentra allí su epílogo, pues todo lo grande de España, durante nuestros siglos tristes, ha tenido que salir de la cárcel. El Quijote José Antonio, metido también como un Quijote a novelas de caballerías, a novelas que ahora son carne viva, realidad de historia. Yo le comparé una vez a Amadís de Gaula, porque en él reaparecían innumerables percepciones y a la apostura juvenil de su temple correspondía la apostura esplendorosa del alma y la inteligencia cabal, y la sensibilidad piadosa y la emoción que tan intensa se ocultaba él mismo a veces, a sí propio. Y este Amadís de Gaula con una Oriana sin par, que estaba cautiva como estaba España en la cueva del Frente Popular, significa, con su lanza ideal, el expolique para que nosotros continuemos su labor, y el acicate para que el nuevo Estado sea también una historia de caballería, sea un Estado caballeresco que socorra al indigente, que sea amparo para el humilde, escudo para el necesitado y valiente, decidido y fiero contra la injusticia.

Él glosó más de una vez unas palabras que yo le dije al recordar una expresión de Nietzsche sobre España. Recordaba el pensador alemán aquella escena en que Don Quijote entró en el castillo de los Duques y parecían confederarse todas las envidias, todos los resentimientos, para mantearle. Manteado el también en la vida española por la furia de las izquierdas y la sonrisa lejana de algunas derechas, ascendía, como don Quijote en el castillo de los Duques, hasta esa estrella lejana que le estaba predestinada. Supo de molinos de viento, supo de bacías de barbero, pero supo poner como el caballero andante, en todo, un ideal. Y ese ideal mueve hoy con un viento de victoria las aspas de este molino que es España, bien clavado en nuestra tierra y bien aireado por todos los nuevos ideales.

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

CONFERENCIA DE DIONISIO RIDRUEJO

(15 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal)

Oídos de toda la geografía de las Españas: camaradas de todas las Falanges.

Con el temblor y la fe que se acude siempre a cosas difíciles, acudo yo esta noche, sin más armas y ayuda que un guión vacilante, elaborado en el trabajo, a hablaros de José Antonio Primo de Rivera. Estamos haciendo una manera de ejercicios espirituales para que nos conduzcan en intimidad religiosa, profunda y sincera, al encuentro de aquella fecha triste, de aquella fecha terriblemente definitiva, en que España vio sepultado bajo el polvo el cuerpo hermoso y joven de su primer jefe, el fundador de la era que estamos viviendo. ¡Con el temblor de las cosas difíciles, porque para hacer moldes con la palabra, del símbolo total de José Antonio, histórico y permanente, están aún demasiado cerca aquellas emocionantes etapas de presencia en que nos dejó contemplar la serena limpieza de sus ojos, en que nos permitió erguir el corazón con el ala de su voz! Y porque a través de las inquietudes de una guerra, a través de las inquietudes de una Revolución, está demasiado lejano, se ha hecho demasiada piedra y monumento aquella figura que la amistad y la jerarquía han elevado en el corazón de algunos españoles con ardor tan profundos que a la hora de descubrirse esos corazones sobre la faz de España, toda España se ha levantado tras ellos en una agitación de hembra enamorada, para hacer el canto de nostalgia y esperanza del gran amor de la juventud española.

Era en 1.933 cuando José Antonio Primo de Rivera, liberándose de su incógnita juvenil, liberándose de su apellido, excesivamente popular, alzó la voz de la fundación de la Nueva era española. Hablaba en aquel instante el poeta de España. El poeta formula siempre, hace verbo aquella emocionada sensación de angustia que los hombres tienen en el alma, sin poderla expresar. En el principio fue el Verbo. Antes era el caos, porque Dios no había pronunciado su palabra. Sólo cuando Dios pronunció su palabra, el caos se convirtió en creación. El mundo surgió, la luz alumbró, el agua y la tierra se separaron. Era el caos en España hasta que habló el Verbo, hasta que se alzó la palabra milagrosa, dando forma a la tierra, palidez de astro a las estrellas, separando las tierras y las aguas, porque tierras y aguas en España estaban confundidas. Se oyó casi como voz en el desierto. Pero en el desierto había tiernos y frescos oasis juveniles. Por los rincones más olvidados de la Patria estábamos todos, con nuestra voluntad impaciente, nuestra sensibilidad a punto, con el tremendo antojo de un destino que nos atrevíamos a desafiar. La mayor parte de nosotros no habíamos tenido la fortuna de estar en torno a un hombre, y un periódico; de formar un grupo ni comunidad, de haber encontrado expresión ni poesía. Estábamos sobre la tierra de España, al aire, a la intemperie, solos, abandonados y llenos de pasión. Cuando surgió la voz de José Antonio, el 29 de octubre, desde el Madrid que hoy secuestran todos los piratas del mundo, nuestro corazón encontró la medida, el ritmo exacto con que había de regular la sangre. Desde aquel momento, surgía en España un haz gigantesco y alto, combativo, valiente y alegre; surgía en España la Falange de los españoles; es decir, la unidad de los

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

españoles. Y así, cuando esos pocos que le habían oído y habían sabido encontrar en su voz la brújula que les llevase hacia el mar en su destino; cuando esos pocos españoles que le habían oído y entendido pudieron hablar de España, cuando esos españoles pudieron hablar, toda España entró en la comunidad de la Falange y pasaron de golpe, de ser masa abandonada y estéril, a ser milicia ardiente, disciplinada y operante.

José Antonio no podía hacer otra cosa que la unidad de España. Y así, en una España partida, desgarrada, el alzó la síntesis de todos los españoles. De una parte tenía una juventud que luchaba para salvar aquellas cosas que no quería dejarlas ir de entre las manos para salvar el orgullo de una historia: la expresión de una Patria, la firmeza en una convicción religiosa, la nobleza de las cosas espirituales. En el otro lado, las juventudes de España tenían que acampar en las tiendas de los traidores, porque nacieron a la intemperie, porque vivieron una vida de miseria, porque vivían por el camino de sus propios músculos, por el camino de su ayuno de pan y de justicia que les habían sido negados. Y así José Antonio no se avino a enrolarse, como hubiera sido fácil, en un partido cualquiera. José Antonio vino a España con un destino trágico, para morir crucificado.

Y a esta delicada arquitectura de hombre, a este verbo capaz de fundir todas las Españas, le asesinaron un día, en Alicante, unos pobres bandidos a sueldo de las patrias forasteras. Ellos quisieron matar la unidad. Y ahora el cadáver de José Antonio, el alma erguida ya definitivamente de José Antonio, nos exige tomar aquella tierra que fue regada con su sangre, nos exige tomar a aquellas gentes que no supieron entenderle, para que la obra de los traidores no tenga realidad, para que la unidad que ellos quisieron fusilar se levante otra vez como el ciprés sobre la tumba.

José Antonio tenía, junto a esta calidad de poeta, junto a esta calidad de hombre entero, junto a la calidad caballeresca deportiva que le hacía entender España por entero, una calidad humana de hombre amoroso; todas las pasiones de los hombres que siguen a José Antonio son pasiones de amor.

Porque el amor es la ansiedad de los seres por completarse, por fundir en sí mismos su propia unidad hacia unidades superiores. Y José Antonio nos hace entrar en esta cualidad suprema de hombres para servir la unidad total de todos los hombres, en el destino de una patria.

Y, ahora, camaradas: José Antonio no puede ser un mito inoperante, lejano. En torno a su memoria, a su doctrina, a su voluntad; es decir, en torno a España, debemos estar reunidos, apretados y fuertes los hombres que han conocido su palabra, que han estrechado su mano, que se han asomado a sus ojos, porque no tenemos derecho a hacerle un duelo romántico. Decía José Antonio Machado, el gran poeta traicionado y traidor:

" Quiero un duelo de trabajo y esperanza.

Yunques: sonad. "

Pues bien, camaradas de España: no hagamos un duelo estéril y flojo.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

No hagamos una pantomima de dolor por José Antonio. Que suenen los yunques. Trabajemos, camaradas, para que José Antonio no sea el lucero lejano propicio a la contemplación en las noches tristes. Luchemos, camaradas, para que José Antonio, con su cuerpo y su alma, dé forma y continuidad al cuerpo y alma de España, martirizada. Camaradas: En torno a José Antonio, con José Antonio, porque José Antonio -y uso la misma metáfora de nuestro Caudillo-, camaradas, ha puesto prácticamente arriba el nombre de España. ¡Arriba España!

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

CONFERENCIA DE AGUSTÍN DE FOXÁ

(16 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal)

En un Madrid todavía de España y en un otoño como en éste, bajo este cielo de frío y de melancolía de noviembre, posando estas hojas de los platanales que se abarquillan siempre a la sombra de las estatuas de piedra en la plaza de Oriente de Madrid como en el Espolón de Burgos, descendía yo hace tres años con José Antonio por la calle de Diego de León. Él me dijo:

-La revolución ganará las próximas elecciones.

Le objeté: -¿Y la Falange?

-Ya es tarde. Se han perdido dos años estérilmente.

-¿Qué podemos hacer aún?

Inició una sonrisa amarga y luego con aquella ironía un poco triste que era su defensa contra la incompreensión de todos me aseguró:

-Llegaremos hasta el final. Pero, quienes os salvéis de la catástrofe, celebrad misas gregorianas por mi alma.

Enseguida cambio de tono, porque poseía el pudor del heroísmo. Todo aquello se ha cumplido implacablemente. No imaginábamos entonces que tres años después íbamos a hacerle cristianos funerales, no sus amigos, sino la propia Patria reconquistada con el Caudillo a la cabeza y en esta aérea y voladora Catedral burgalesa que escapaba de la preocupación de la tierra. Así sería como ésta la noche de su muerte. Pero acuciada por el desasosiego vital del mal y la dulce tentación de las palmeras de Alicante. Se sentía joven, vigoroso. Era inteligente, tenía ímpetu, delicadeza, equilibrio íntegro, ternura y coraje. Aún guardaba consignas definitivas. Y era preciso abandonarlo todo. Se le escapó del corazón la frase: "No es alegre morir a mi edad." Y aún ante la muerte encontró el adjetivo preciso, su conformidad, siempre decorosa. Así fue su muerte como su vida. Todo era en él decoro, elegancia. No el rosal romántico, sino el laurel hermano del túmulo y de la estatua. Porque él amaba la sencilla claridad de la luz. Frente a la horda, la milicia. Para el verso, el terceto. Para el agua, el cauce. Tenía aversión por las cosas partidas e incompletas. Como el poeta, pensaba que con el número dos nacía la pena, y buscaba afanosamente la unidad de los hombres y la unidad de España. José Antonio no quiso tomar a la Patria con el brazo derecho ni con el izquierdo, sino con ambos brazos, toda entera, como se abraza a la mujer que queremos, o se levanta al hijo para que vea el desfile sobre la muchedumbre. Antes que él, hombres representativos de nuestra decadencia, con espíritus anticuados, también habían amado a su modo la Patria, pero físicamente, con un fácil costumbrismo cadencioso, sin comprender ni ahondar en el alma eterna y castellana de España. José Antonio inflamó en amor aquel simple deseo, porque entendía el alma metafísica de su país y su segura vocación de Imperio. Por eso, adivinando la virtud de la gaita quejumbrosa, de la guitarra o sardana y los aurrekus y zorzicos que desembocaron en la sangre fratricida del separatismo, él puso

el recuerdo emocionado y diáfano de la Patria como unidad de la Patria, como unidad de destino. José Antonio esculpió en el corazón y la cabeza de su juventud unas cuantas verdades absolutas e invulnerables, al servicio de la negación, y para las que la muerte era un simple acto de servicio. Agudamente decía que los pueblos que son capaces de amor y odio no son nunca sujetos de conocimiento. Sabía que unas papeletas en una urna de cristal no pueden mover la rueda de hierro enorme y hermosamente terrible de la historia, y que hoy, como hace veinte mil años, las patrias se construyen con los signos, con banderas, con rezos, con espadas, con siglos y con muertos. Era portador de un alto y abrumador mensaje y bien denotaba esa pesadumbre en la melancolía de su mirada. Venía a predicarnos el sentido militar y religioso de la vida. A la tarea de una Patria gobernada con diputados, con financieros, con periodistas comprados, él quiso incorporar a los soldados, a los sacerdotes y a los poetas. Por eso figuraron en sus filas gentes hasta entonces, por asco y por decadencia, alejadas de la política. Nació en él un sentido espiritual y religioso que faltaba en la vida española. Los propios partidos contrarrevolucionarios se habían impregnado del materialismo marxista, cuyo evangelio comienza con una tediosa definición de la mercancía. José Antonio creía en la primacía de los valores, porque veinte siglos de cultura no pueden pasar en vano, y el destino del hombre es algo más trascendental que la vida de un animal. Resueltamente, lleno de humanidad, quería liberar de la miseria a un pueblo. Por eso era nacionalsindicalista, y ahí están sus veintiséis puntos. El poeta tenía además, y sobre todo, una vocación. En una Europa en plena decadencia, España iba a decir las grandes verdades definitivas y a inventar la fórmula que hiciera posibles las exigencias de un orden autoritario, con profundo respeto al alma del hombre, portador de valores eternos y capaz de salvarse o de condenarse. A la intoxicación del marxismo, de luchas, de pugnas, de obreros y patronos, José Antonio oponía sereno el imperio de la autoridad y la armonía de las clases. Bien comprendimos sus camaradas de aquellos días que no era un jefe político que hacía una propaganda liberal de su programa, sino una serena apología de una doctrina total.

Porque los afiliados a los antiguos partidos no tenían más nexos entre sí que la relación de su organización, pero la Falange creaba una comunidad entre todos los camaradas y era de una manera de ser y una profesión entera ante la vida y ante la muerte. José Antonio fue el primer político español que afirmó que a los países los hacían los poetas. Él saturó de poesía su doctrina, y sus luceros, sus rosas, entrañas, sangre y vida hicieron que la política se convirtiera en historia. Una vez nos había sorprendido diciendo: "El camino más corto entre dos puntos pasa por las estrellas." Y era verdad. Para navegar es preciso mirar a la estrella polar y tomar la altura. El fogonero del barco no sabe adónde va, porque no ha sentido entre sus manos, tiznadas de carbón, el temblor de la brújula de la rosa de los vientos. En eso se diferencia del capitán. Y España no navegaba porque desde hacía siglos no miraba a las estrellas que saben de rutas y señalan derroteros. Para decirnos todas las verdades, José Antonio creó un estilo maravilloso, una oratoria llena de sencilla y elegante sorpresa. Era un estilo limpio, de justeza arquitectónica y fina metáfora, moderado como una primavera de Castilla, sin retóricas, directo. Ese estilo está en su himno de guerra, que habla de amor, de estrellas y de cinco rosas; está en sus discursos, en sus consignas y en ese Arriba España sorprendente de exactitud, con el redoble metálico de sus erres castellanas, que nos hará ganar la guerra. Con ese estilo y al servicio de su idea, José Antonio puso en circulación todas las consignas que el jonsismo y la conquista del Estado habían acumulado. Milagro del estilo que hizo surgir un ideario de la biblioteca.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Hoy hace dos años, en una noche como ésta, le fusilaron. José Antonio, jefe, camarada, amigo mío, aquí va mi voz emocionada desde esta noche cristalina de Burgos, a tu tumba desconocida, junto al tibio mar de Alicante que tu sangre ha vuelto a hacer latino. Un día tus camaradas pasarán detrás de la espada victoriosa de Franco a reconquistar tu cuerpo. Hace dos años, todavía nos diste la última lección de serenidad y elegancia, en el yeso ya sepulcral de tu celda alicantina. Mientras se desgañitaba, entre trapos rojos, fusiles y puños cerrados, la plebe en torno a tu cárcel, ya torre de fortaleza y de espíritu, tú mirabas, sin duda, con tus tristes ojos, sereno a lo inevitable y católico, construías y forjabas tu testamento con el rasgo y la limpia justeza del más pulido soneto castellano.

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

CONFERENCIA DE SAMUEL ROS

(Día 17 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal)

En los umbrales de este 19 de noviembre y en trance de dirigiros la palabra, debemos tender a lo más difícil, a lo más exigente ante José Antonio y ante nosotros mismos; debemos equilibrar el desequilibrio de nuestros cuerpos en llanto y de nuestras almas en gozo... porque sólo así, trenzando juntos el gozo y el llanto y haciéndolos una misma cosa, serviremos fielmente a nuestra verdad y alcanzaremos la justa expresión y sentido de esta fecha que se salva así misma en cada año, para hacerse de todos los años, que ya está clavado en el tiempo, con la serenidad y firmeza con que se clavan en la Historia de los pueblos aquellas cifras que anclan y echan raíces en lo eterno.

Cara a dos vertientes, la del recuerdo y la esperanza, tiene el 19 de noviembre una faz de desconsuelo y otra faz de alegre júbilo... Tiene dolor en carne viva y gozo también en alma viva... Porque, si el hombre llora al hombre entre los hombres, perdido irremediamente, el español ríe a la gloria de quien hoy es el primer héroe nacional, recobrado inexorablemente en ese paraíso de Dios donde las almas alcanzan el premio de sus propósitos cumplidos.

Propósito de José Antonio fue salvar y recobrar España, y esto es precisamente lo que se está cumpliendo por el genio y la espada de nuestro Caudillo Franco.

Y como este equilibrar el desequilibrio es precisamente el primer secreto de José Antonio y de él tenemos aprendido la lección, debemos poner el 19 de noviembre bajo este signo feliz que conjugue en una misma dirección y sentido lo opuesto y armoniza lo impar. Esta es la fórmula redentora que encontró a José Antonio para los males de España y aun para los males del tiempo y del Universo...

Porque sólo Falange supo hacer la poesía lo mismo que la realidad, y la pobreza lo mismo que la riqueza, y el trabajo lo mismo que la ciencia... y por ello hoy se nos es permitido a los camaradas de la Falange sentir con igual plenitud el llanto del cuerpo, por el cuerpo caído, y el gozo del alma por el alma ascendida.

Cae cada día el Sol para que se levante la Luna y el mundo tiene eterno dolor de no verles jamás juntos en el cielo y así el día añora la noche como la noche añora el día, pero en ciertas fechas, nacidas por el milagro y para el milagro aparecen en el Cielo de los pueblos hombres singulares que consiguen equilibrar el desequilibrio para ofrecer una política donde el sol de la verdad esté junto a la luna del ensueño, donde se atiende a la exigencia del cuerpo con la misma justicia con que se atiende a la exigente superación del alma... este milagro fue José Antonio y este sentido tiene el 19 de noviembre... fecha a la que han de venir a parar de rodillas y en contrición, los que en la otra España pierden la carne por defender el cuerpo, pierden la vida por no creer en la muerte... porque es aquí, en la España de Franco, donde se salva el cuerpo por defender el alma, y donde se gana la vida por creer en la muerte y donde encontrarán nuestros

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

adversarios la máxima generosidad, al devolverles el alma de nuestro propio José Antonio.

El tiempo tiene secretos escondidos entre sus pliegues que sólo con el mismo tiempo alcanzan a ver los hombres. Así, cuando José Antonio soñaba con unos pocos españoles en la salvación de España -enamorado de sacrificio y de poesía a una juventud- sin saberlo armaba el brazo invicto de Francisco Franco. Y en la sonrisa de José Antonio estaba ya simbolizada la victoria que hoy se nos depara.

Fue la sonrisa clave del próximo destino, la forma humana de un nuevo estilo, la actitud que equilibraba las contradictorias tendencias y sentimientos del tiempo actual. Fue la inspiración de Dios para salvar a España en la sonrisa de un hombre que enseñó a sonreír a una juventud.

Es posible que los enemigos de España conocieran nuestra fuerza y esperasen vencernos, pero ignoraban la fuerza infinita de esa clara sonrisa que había iluminado a toda una generación. Sólo dentro de ella se pudo convertir en unidad lo múltiple... Porque la Falange es la ordenación jerárquica de una sociedad en la que cada uno ocupa su puesto exacto, como los astros en el firmamento, sin que unos se estorben a otros, sin que el brillo de unos sea a costa de los demás...

El campesino y el estudiante, el obrero y el sabio, el poeta y el hombre de negocios sonríen con la clara sonrisa de José Antonio y se encuentran hermanados e iguales en la ambición de sus destinos... El secreto estriba en no medir esas actitudes por su valor en dinero, sino por su aportación a la gran armonía de la vida... Pan lo mismo que poesía, trabajo lo mismo que ciencia.

Los jóvenes españoles, en el invierno desolado y triste de una política sin ambición, o con la ambición bastarda del egoísmo personal, aprendieron a morir por el ambicioso sueño que les prometió la Falange... sólo sabe morir quién vivir espera.

¡José Antonio Primo de Rivera!, en este 19 de noviembre, aniversario de tu holocausto por España, allá donde estés, te acompaña la sonrisa amplia e infinita de una juventud enamorada. Nuestro corazón empuja su sangre hacia ti, para mecer la cuna donde duerme tu sueño español. En ese sueño que vigilan cuatro arcángeles con la espada desnuda, los mismos que tú inventaste en las jambas de las puertas del Paraíso.

José Antonio, ayer éramos seis en tu ambición de Historia y hoy se contempla esa ambición por todo el ámbito de las Españas.

En tu recuerdo ponemos juntos el gozo y el llanto, porque de ti aprendimos la fórmula que lo concilia todo.

José Antonio Primo de Rivera: ¡Presente!

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

CONFERENCIA DEL CONDE DE MAYALDE

(Día 18 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal)

Es una empresa de tremenda emoción y de gran dificultad esta que nos han encomendado a seis amigos de José Antonio de escribir en la semana que el Caudillo de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. dedican al recuerdo de su muerte. De tremenda emoción, porque los que hemos convivido de cerca con José Antonio, y supimos de aquella amistad suya, tan entrañable, por muchos años que pasen, lo llevaremos siempre en el corazón. Alguna vez pudimos darnos cuenta de toda la grandeza de su genio. Sentimos, tal vez en alguna hora, flaquear la fe en la certeza de su profecía, pero desde los años estudiantiles, hasta cuando en el duro empeño de la guerra soñábamos con angustia en su ausencia, yo estoy seguro que el amor y la admiración por la belleza de su alma no flaquearon nunca en los que íntimamente le conocíamos.

El amor de José Antonio hacia los suyos era una de las pocas cosas que podían debilitar su imponente autoridad de conductor y jefe. Su generosidad era en ocasiones excesiva, por lo que entero se entregó a la Falange. Otros camaradas hicieron la apología de su figura y de su obra, o hablaron con más autoridad de su doctrina, pero yo quiero ahora tratar de algunas anécdotas suyas y de la transformación que se fue operando en José Antonio a través de su vida ascética y ejemplar. Recuerdo su desvío hacia las luchas de la vida política, su falta de apetencia de poder, y en cambio, su vocación de abogado que le hizo, muy joven, maestro en la profesión que había escogido. Recuerdo en las fastuosas fiestas de los años de la dictadura, cuando estaban pendientes de cómo se apartaba del bullicio para hablar de las letras o explicar cómo aquella copla de canto flamenco tenía un profundo sentido helénico, y cómo aquella otra que barajaba la muerte y el amor, traía un lejano eco del Cantar de los Cantares. Su alma serena de hombre maduro desde muy joven, tenía, sin embargo, una sencillez de niño. Por eso odiaba la maldad, y por eso se sentía feliz en las sierras de Castilla y por eso admiraba a Pascal.

Luego vinieron los años de las traiciones a su padre, y entonces se decidió a la lucha, pero sólo para exigir la justicia a la memoria de aquel hombre grande y bueno. Cubrió su ternura con las corazas de una terrible ironía y aquel ardiente sentido crítico que usó para sí mismo, primero como político y luego como hombre de acción.

Más tarde creó la Falange, que era camino de renovación y sacrificio, cuando más le solicitaban los placeres de la vida, cuando se sentía ya seguro de sí mismo y superior a los demás hombres de su tiempo. Pero no era ambición de mando; la ternura de su alma le ató para siempre a su obra ante el primer muerto de la Falange. Cuando cayó Matías Montero, José Antonio escribió aquellas líneas maravillosas que habían de quedar grabadas en el corazón de los falangistas españoles y que fueron publicadas delante del artículo escalofriante que salió de la cartera del camarada en el juzgado de guardia. Se nublaron sus nobles ojos claros que sabían encenderse con dureza de santa indignación y nos dejó su mandato diciendo: "Ante la figura pensativa de nuestro hermano muerto, nosotros vamos desfilando en silencio hacia el irrenunciable triunfo de España. "

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Ante este acto supremo y definitivo de servicio que es la muerte, José Antonio dio a la Falange la lección de su vida exacta. Nuestro camarada salió para una empresa de la que no se vuelve. Sabía lo que valía la sangre de cada uno de los suyos, y su postrera oración desde la tierra fue para pedir a Dios que su sangre fuera la última que se vertiera en la contienda.

Una noche, en un momento de pasajero desaliento, en 1.934, me dijo que solamente seguía la lucha porque le llevaban a ella los muertos de la Falange. Por eso nuestro homenaje en este aniversario, lo es también a la memoria de aquellos primeros Caídos que condujeron por el camino de martirio a España hacia la mañana triunfal de la grandeza patria. Se decía entonces que España no podía ser nunca objeto de la revolución nacionalsindicalista. Se decía que los obreros habrían de mirar con recelo a un intelectual que no procedía del proletariado. Pero José Antonio era un formidable hombre de acción, y supo ganarse, no sólo la inteligencia, sino el corazón de los suyos, porque era el más fuerte y el más audaz.

En el último año, el 33 de su vida, cuando los hombres capaces de sentir en España van hacia él de vuelta de todos los errores, y cuando las opiniones españolas buscan el cauce de la Falange, perseguida y aparentemente deshecha por el Frente Popular, es cuando José Antonio representa el amanecer de la victoria, y su figura alcanza su dimensión descomunal y sobrehumana. En las largas horas de cárcel, desde donde trata de organizar a los que quieren luchar con él en la cruzada por España, es cuando adquiere la absoluta seguridad en sí mismo y en su obra, y su alma se reviste de inmensa serenidad. El día 15 de julio le vi por última vez y marché para llevar su voz de guerra al otro extremo de la península. José Antonio daba sus órdenes como los grandes jefes en las batallas. Hace dos años, y, sin embargo, aún parece como si escuchara su voz y se percibieran de sus labios las consignas exactas por las que combate el ejército victorioso de España, estos alféreces y estos voluntarios que, sin haberle oído, y algunos de ellos sin haber leído siquiera sus discursos piensan, viven y mueren como José Antonio hubiera querido que lo hicieran. Y mientras nosotros combatíamos sin él, José Antonio tuvo en Alicante la muerte serena de los santos. Y ahora, en estos mismos días en que fervorosamente la conmemoramos, Franco hace el más formidable, el postrero esfuerzo contra los enemigos de la grandeza, la unidad y la libertad de España. El frente asiático y torvo, que él anunció se desmoronaba, y en las ciudades deshechas de la Patria y en sus campos yermos, empiezan a encenderse las luminarias de la victoria final.

Porque tenemos la palabra del Caudillo de recoger el legado sacro de José Antonio, que ofreció que su sacrificio y el de los suyos no sería estéril; porque tenemos la voluntad resuelta de los mejores; porque es la vida de la grandeza de España, sabemos que se hará su revolución nacionalsindicalista.

Camaradas de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.: no pensemos con melancolía en José Antonio más que cuando no estemos seguros de que vamos bien. En las horas de duda, si tratamos honradamente de seguir el camino que él hubiera tomado, acertaremos siempre. Que su recuerdo sea en nuestro corazón canto de esperanza, y en nuestra mente, propósito firme e irreductible de vencer.

¡Arriba España!

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

CONFERENCIA DE JULIÁN PEMARTÍN

(Día 19 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal)

No sólo nos dejó señalados los rumbos, sino que su genio profético, como si adivinara todas las coyunturas, nos dejó normas infalibles. Nos dejó normas exactas unas veces en las consignas exigentes de su verbo imperativo, y otras como si quisiera fraternalmente disimular el magisterio y la capitanía por medio de sus actos.

Y como desde el principio sabía que cumplido el tiempo nosotros tendríamos un día que decir su presente, quiso también desde el principio dejarnos la lección de ese momento, que ya ha dispuesto Dios que nos llegase.

En noviembre del 33 pasó José Antonio por Jerez de la Frontera, patria de su padre, y sus primeras palabras a los jerezanos en multitud fueron para decir el primer presente que salió de sus labios, el presente de vencedor de Alhucemas, el presente de su propio padre.

Allí nos dijo que los héroes no mueren. Y, en realidad, los héroes no mueren nunca del todo por la Patria. Si Dios se los lleva a su lado, desde allí nos miran para que si nos miramos en ellos sigamos su ruta.

Aquel día, José Antonio, nos diste la lección de entereza que ahora nosotros necesitamos. Ya sabemos cómo deberíamos hablar de ti si fuésemos como tú. Pero perdóname ahora que, aunque tratando de obedecerte, a veces se turben mis ojos y mi pensamiento.

José Antonio salvó a muchos, redimió a muchos que, ganados totalmente por el mal, al servicio del mal legislaban; pero también levantó a otros que quizá estuvieran todavía más a punto de perderse para siempre: los que no estaban resueltos al sacrificio del bien o del mal, los que nos creíamos solos al servicio de nuestras propias vidas; los que sin defender ni profesar doctrinas liberales practicábamos el peor de los liberalismos: la tarea de nuestra albedrío, que creíamos totalmente desatado; los que, partidarios de la autoridad, vivíamos en completa anarquía de nuestra libre vocación cotidiana; los que creíamos terminados nuestros deberes públicos.

A todos éstos, tan difíciles de exigir en una rotunda dirección redentora, salvó José Antonio de manera singular con sus palabras y, sobre todo, con su ejemplo. Con su palabra nos enseñó que la vida es milicia y hay que vivirla en perpetuo servicio; que nadie es más libre que quien renunció a una parte de su libertad; que sólo alcanza la completa libertad el que se aviene a formas disciplinadas en el cumplimiento de una gran empresa. Y nos demostró con palabras que la libertad del navío bajo el viento está en sus ataduras.

Y también no salvó con su ejemplo. Este ejemplo que nos dio durante los últimos instantes de su existencia, rosario continuo de renunciaciones contra su propia vida.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Fernández Cuesta nos ha dicho que el testamento de José Antonio es de cálida enseñanza; pero es, sobre todo, armonioso. Su inteligencia singular estaba bien pintada sobre un fondo de sentimientos, buscaba la verdad filosófica, la exactitud científica; pero también escuchaba la voz entrañable de la sangre y de la carne. Su naturaleza era privilegiada por la calidad de sus elementos, pero era el conductor ejemplar de que nace plenamente con una perfecta construcción lógica y también en un rato de juego como un niño. La vida para él era como don maravilloso.

Hace ya muchos años -habían de pasar todavía más de cinco años sin que naciese la Falange-, José Antonio conversaba en una breve reunión. Había allí una persona en que parecían concurrir todas las fortunas, pero que se empeñaba en mantener un criterio pesimista de la existencia.

José Antonio le objetó impetuoso. Para él, en cambio, la vida era tan fecunda que todos los días daba gracias a Dios sinceramente por haber puesto aquel raudal entre sus manos. Pues aquella vida gozosa, sus vocaciones más preciadas, sus predilecciones más sentidas fueron sacrificadas en holocausto.

Bien conocida es ya su inclinación a la profesión que tanto amó, a la que momentos antes de morir todavía dedica palabras de cariño.

Recordemos ahora tan sólo del maestro los emocionantes párrafos en que afirma la tragedia interior entre su propia vocación intelectual y sus servicios a la Patria. Nos decía: "Muchos de los que se alistaron hubieran preferido solo, sin prisa ni arrebatos, la vocación intelectual. Nuestro tiempo no da cuartel. Nos ha correspondido un destino de guerra en que dejar el regalo a la pelea. Todo esto es amargo y difícil, pero no será inútil."

No; no será inútil, José Antonio: aquellos que tú salvaste, todos aquellos que tú metiste con tu palabra y con tu ejemplo en el servicio y en el sacrificio, te juramos que jamás se saldrán de ello, que jamás olvidarán tu lección, que ya nunca nuestras vidas serán del todo nuestras, porque en todo momento, en toda ocasión, obedecerá fervorosamente para cumplirlas las órdenes de nuestro Caudillo.

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

CONFERENCIA DE JOSÉ ANTONIO JIMÉNEZ ARNAU

(Día 19 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal)

Sobre la tierra salada que guarda, los restos de José Antonio, podrían escribirse el epitafio que hizo esculpir sobre el mármol de su tumba aquel poeta húngaro enterrado cerca de las aguas del Balatón: " Sólo el cuerpo."

Sólo el cuerpo fue tocado aquella madrugada de noviembre. Las balas pudieron romper aquella amplia y noble frente; pudieron destrozarse aquellos ojos melancólicos y luminosos; entraron por la boca, de la que salió tantas veces la norma y la profecía; se clavaron en las manos, agresivas unas veces en la lucha viril de la Falange callejera; generosas otras en el caer sobre el hombro del camarada que sentía en aquel peso la mejor recompensa del servicio prestado; las balas, en fin, pudieron morder las piernas cansadas de andar todos los caminos de España, en aquella predicación que durara tres años, ya acabada cuando él cumplía los 33..., pero sólo el cuerpo cayó ante el crimen. Lo que no pudieron las balas, ni la sentencia arrancada por la violencia de una pistola a un jurado hundido en la duda por la elocuencia del defensor de sí mismo, lo que no pudo ni el crimen, ni el plomo, fue rozar el espíritu del Fundador de la Falange Española.

No fue éste, de dar su cuerpo a la muerte, el mayor sacrificio de los que José Antonio hiciera a España. Dar la muerte es quizá más fácil -más corto por lo menos- que dar la vida. Y él había dado. Él -amante como pocos del silencio fecundo- había ido a la calle, a la tribuna y a la popularidad, sólo porque España lo pedía. Él, enamorado de su profesión de abogado, para la que su temperamento y formación clásicas le hacían un elegido, salió a vivir en otros ambientes, en que, en lugar de togas, había chaquetas claras de socialistas en traje dominguero; dejó el discutir profundamente en la rigurosa seriedad del Foro, para lanzarse al escenario sofista y chabacano de un Parlamento en el que sus palabras eran escuchadas con un silencio nacido más de la incompreensión que del respeto.

Él, que deseaba ardientemente ver proyectadas su sangre y su carne en su propia descendencia, tuvo que renunciar a tener otra que la de aquellos hijos del pensamiento. Y una vez que, por conocerlos, los amó, aún tuvo que cumplir para España el duro sacrificio de írselos entregando.

Había renunciado por España a su vocación, a su vida privada, a su silencio y a sus mejores camaradas. Pero España necesitaba aún más y él lo exigió una mañana de noviembre en Alicante, sin ninguno de los mínimos consuelos que, en los demás casos, podrían darse. Murió sin saber lo que pasaba fuera de los muros de su prisión, sin saber si su sangre podía servir para salvar a España, sin saber siquiera si su cuerpo, tras la descarga, iba a caer sobre tierra viva de la Patria, o si la misma Patria era ya un cadáver sobre el que el suyo caía.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Murió en otoño. Nos lo había dicho: " Sea cada uno de vosotros un agujijón contra la somnolencia de los que nos circundan. Esta común tarea de aguafiestas iluminado nos mantendrá unidos hasta que el otoño otra vez nos congregate junto a las hogueras conocidas. El otoño, que, acaso, traiga entre sus rupturas la dulzura magnífica de combatir y morir por España. "

Y el otoño vino. Y había hogueras en España. Desde las posiciones andaluzas que se asomaban al Mediterráneo, hasta aquellas otras de Motrico, o de Orduña o de Aguilar de Campóo, frente al Cantábrico. Había hogueras de guerra en Oviedo y en Huesca. En tierras castellanas de Soria y en la carne misma de Madrid, donde aquel día se tomaba el palacete de la Moncloa. Y había la dulzura de combatir y morir por España. Para que la profecía fuese más cierta, él mismo caía aquella mañana del día veinte.

Horas después, la noticia recorrió España como un estremecimiento. Y junto a las hogueras hubo lágrimas. Llegaron a José Antonio, no sólo los que le siguieron en el fiel apostolado de aquellos tres años, sino también quienes le conocieron después del 18 de julio, a través de los cálidos retratos hechos por boca de Viejas Camisas. Le llegaron todos: el que le había seguido como el que le había llorado; el de corazón tierno, como aquel que había jugado cien veces la vida a cara o cruz por las calles hostiles; el que combatía al aire limpio, como el que, escondido o encarcelado en la zona roja, parecía haber apurado el límite posible de padecimiento humano. Llegaron los hombres y las mujeres, en un llanto sordo, que apagaba la voluntad de no creer la noticia o de querer otra vez la resurrección de Lázaro.

Desde el Pirineo al estrecho, de la prisión de José Antonio, entre limones y palmeras, hasta la misma agonía del Tajo, entre vides y olivos, las lágrimas calladas de la nación que perdió a su héroe, rezaban de nuevo los mejores elogios de la lengua de Castilla:

“ ¡Qué amigo de sus amigos!
“ ¡Qué Señor para criados y parientes!
“ ¡Qué enemigo de enemigos!
“ ¡Qué maestro de esforzados y valientes!
“ ¡Qué seso para discretos!
“ ¡Qué gracia para donosos!
“ ¡Qué razón!
“ ¡Cuán benigno a los sujetos!
“ ¡Y a los bravos y orgullosos un león!”

El cuerpo había cedido a las balas criminales de los narradores de España. Pero su espíritu seguía vivo. Sigue vivo. Lo notamos dentro de nosotros mismos en ese íntimo descontento que cada noche nos acompaña. Ese descontento constructivo que nos acusa el fallo diario, la debilidad o la negligencia que los venciera a través de una jornada.

Su espíritu sigue vivo. Es el que, ante la tentación demagógica, repite la frase honrada y exacta: " El jefe no debe obedecer al pueblo. Debe servirlo, que es cosa distinta: servirlo es ordenar el ejercicio del mando hacia el bien del pueblo, procurando el bien del pueblo regido aunque el pueblo mismo desconozca cuál es su bien; es decir: sentirse acorde con el destino histórico popular, aunque se disienta de lo que la masa apetece. "

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Es su espíritu el que, ante el miedo humano a tirar por un camino honesto que puede conducir a la imputación de traición advierte así: " Los días de un movimiento revolucionario tienen obligación de soportar, incluso, la acusación de traidores. La masa cree siempre que se la traiciona. Nada más inútil que tratar de halagarla, para eludir a la acusación. "

Es su espíritu el que, ante la fatiga, afirma: " Nos ha correspondido un destino de guerra, en el que hay que dejarse sin regateos la piel y las entrañas. "

Es su espíritu el que nos manda no sestear en el camino y avanzar siempre, el que nos manda adivinarla, que no copiar ley; el que nos lega algo más, mucho más que un programa; nos deja un modo de ser, una manera de entender la vida, al lado de unos imperativos concretos, que claman la unidad de España, en la tierra y en el hombre, en el pan y en la justicia.

Por eso fracasaron los engendros aquellos que, al romper la vitalidad, la juventud y la promesa de José Antonio, creyeron enterrar con él el signo más destacado de la revolución pendiente.

Francisco Franco lo tiene en sus manos y España lo tiene en su voluntad. Nos quitaron el hermano mayor que sabía hacer de padre y de confidente y de guía, pero su espíritu, el más grande que hace tres siglos conociera España, continúa vivo y operante.

Sobre su tumba pudiera escribirse: " Sólo el cuerpo ", que su espíritu escribirá otras cosas, grandes cosas, en el largo y fértil futuro que la sangre de los Caídos conquistó a tan duro precio.

Por eso, camaradas de España, en el eterno renovar de nuestro llanto, el 20 de noviembre de cada año, pensad que llegamos a la muerte de un cuerpo. El alma de José Antonio sigue impasible peregrinando por los campos de España. Y así ha de continuar por siglos, llenando páginas gloriosas de nuestra Historia y ganando las mejores batallas, como Rodrigo Díaz después de la muerte de su cuerpo.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

CONFERENCIA DE ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

(Día 20 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal)

¡Ha muerto el Rey! ¡Viva el Rey! -clamó siempre el pueblo, en las supremas horas monárquicas de sucesión a un cetro: a un bastón de mando.

¡Ha muerto un Caudillo! (¡Oh José Antonio!) ¡Viva el Caudillo! ¡Franco! -proclamo yo hoy en nombre de nuestro pueblo; y en esta hora que no es de muerte sino de resurrección. Que no es de duelo sino de aclamaciones. Y en que el grito de guerra español ¡Viva la muerte! -se acaba de hacer símbolo nacional: el de la muerte viva.

* * *

Hasta el 20 de noviembre de 1.938 José Antonio había sido para España una Ausencia. Es decir: algo así como un misterio dantesco y alucinante. En el que sentíamos, sobrecogidos, vagar su cuerpo y su alma y rápidamente, como por las zonas crepusculares e inciertas de un purgatorio. Entre la tierra y el paraíso. Sentíamos su cuerpo y su alma sin despejarse de lo terrenal, en una lejanía misteriosa, como si tuviera en su alma y su cuerpo trabadas las despegadas uñas egoístas de los que querían convertir su abnegada ausencia en una presencia práctica y política.

Durante dos años el sacrificio puro de José Antonio ha permanecido como semivelado: en esa zona purgatorial y oscura donde no llegó ni una sola misa, una honda patria, una simple oración fúnebre, ofrendadas a su sangre de cristiano.

* * *

El 20 de noviembre de 1.938 ha sido el día de la liberación nacional de José Antonio, de su ascensión española al cielo de nuestra inmortalidad.

Franco -que con toda su ansia magnánima no pudo llegar a tiempo de liberarle de su cárcel terrenal- pudo, al fin, ser ese día 20 de noviembre de 1.938, su liberador hacia las regiones inmaculadas y divinas. Y España, al fin, pudo convertir por José Antonio, sus lágrimas en estrellas de altos cielos: sus bayonetas en cirios ardientes: sus suspiros en incienso: sus plegarias en voltear de campanas: su sangre en bandera alzada para siempre. Y hasta las cinco espadas de Virgen Dolorosa clavadas en el corazón simbólico de Pilar, ese día pudieron ya transverberarse en flechas de oro y luz sobre su pecho dolorido de paloma que camina hacia la santidad.

* * *

Mientras la más jerárquica voz de nuestra iglesia leía el testamento de José Antonio ante la faz de Cristo y de España -y todos de rodillas entrecortábamos nuestros sollozo- yo vi a Pilar cerca de mí, como la imagen del dolor hecha mujer, también extática pero sin llegar. ¡Qué bella estaba! Parecía traslúcida. Con una belleza interior, alabastrina y

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

transparente. Sin llorar. Sometida con resignación beatífica al trágico destino de su estirpe. Esa estirpe de los Primo de Rivera creada por Dios para servirle a su mayor gloria y a la mayor lealtad de España.

Yo vi a Pilar volver de vez en cuando sus ojos extáticos hacia la figura del General como si en aquel momento viera en el General la figura de su propio padre, la figura de su propio hermano.

* * *

En cambio, yo vi humedecerse los ojos del Caudillo. Yo vi llorar a Franco mientras rezaba por José Antonio junto al altar y mientras la obra de José Antonio descendía en forma de Espíritu Santo sobre la testa del Caudillo urgiéndole de continuidad y de bendición.

* * *

El día 20 de noviembre de 1.938 José Antonio ascendió -por la voluntad y las oraciones de todo un pueblo- a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Ascendió beatificado por la gratitud de todo un pueblo conmovido hasta las entrañas por su martirio de héroe nacional. Ascendió a presidir ese día la Falange española de todos los Caídos. Que es hoy la suprema Falange de España: la inmortal. Pues la otra, la nuestra imperfecta y terrena, es la de todos aquellos que aún no hemos logrado morir como él, por Dios y por España. Una Falange que sólo por sus obras y abnegaciones habrá de hacerse perdonar el regalo de la vida. De una vida que únicamente podrá tener ya como ideal el camino de perfección señalado por la muerte de José Antonio. Y el señalado por la conducta ejemplar de su sucesor: Franco.

Porque si la conducta de Franco resulta ejemplar en España, es gracias a haber recogido la consigna abnegada de José Antonio, con alma religiosa y militar de soldado.

Sin ambiciones, sin torpezas, sin intrigas, sin miserias: en un acto sublime de servicio.

Y ese es el secreto del triunfo de Franco. Y esa es toda la clave de lo que significa para España el 20 de noviembre de 1.938.

El 20 de noviembre de 1.938 ha significado -militarmente- el remate de la campaña del Ebro. Y con ello el derrumbamiento de toda la vastísima y feroz maniobra urdida desde este verano por los seculares enemigos de España y de Roma. Ha significado, que la maniobra del Manchukuo para retener a Alemania de su intervención en Checoslovaquia ante una Rusia amenazadora y para retener en el Ebro a la España romana y católica, se desbarataba definitivamente.

La victoria del Ebro obtenida por Franco -a quién guiaba el alma celeste de José Antonio- ha sido la victoria más fundamental de esta guerra de tantas otras victorias.

Nuestro pueblo no se ha dado aún cuenta de la magnitud histórica y hasta universal que supone la victoria del Ebro. Pues allí el enemigo internacional había jugado la carta más atroz y más felizmente preparada. En el Ebro el enemigo quiso romper el eje España-

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Roma-Berlín y precipitar al mundo en algo indescriptible. Para eso acudió a las armas, a la intriga, a la propaganda de una paz mediadora; y apuntando a lo más alto.

Sólo la serenidad sublime de Franco -guiada por Dios y por la memoria de José Antonio- ha sido la fuerza milagrosa que destruyó el dragón diabólico.

No tendremos los españoles besos bastantes para besar el aire por donde pase el Caudillo; para agradecerle la liberación definitiva que ha logrado al destino de España con la victoria militar del Ebro.

* * *

Como tampoco tendremos bastante cariño para bendecirle ese día 20 de noviembre de 1.938, por rematar su victoria bélica con el triunfo espiritual y político que significó el presentarse ante la memoria funeral de José Antonio ungido con la camisa azul, la boina roja y el uniforme militar; ungido de Unificación; recogiendo en su figura de Caudillo que actúa y no habla, todas esas corrientes históricas de esta causa, que el enemigo había querido hasta entonces, desviar, enfrentar y corromper.

* * *

Por eso hasta el 20 de noviembre de 1.938, yo había visto, como triste, perdida y angustiada, la mirada de José Antonio en sus retratos de Ausente.

Pero el 20 de noviembre yo vi a un retrato iluminarse. Y avivarse sus ojos y enardecerse su faz, allá en las alturas del cielo castellano a través del oro y del incienso, del marfil, las vidrieras, las campanas y los rezos de la Catedral.

Yo vi ese día a José Antonio serenarse en el rostro de sus hermanas -nuestras hermanas- que no lloraban. Traslúcidas y bonitas como Vírgenes de la Piedad en la hora de la Resurrección.

Yo vi ese día a José Antonio brillar como un sol de primavera, entre banderas que ya volvían triunfales, al paso alegre de la victoria, con flechas como rosas clavadas en sus jirones acribillados.

Yo vi, el 20 de noviembre de 1.938, a José Antonio sonreír. En el milagro católico de una resurrección de la Carne. Vi su sonrisa encarnada milagrosamente, y rediviva, en la sonrisa del Caudillo y en el clamor de la juventud que vitoreaba.

* * *

No son horas de duelos sino de aclamaciones, ¡españoles!

No de llantos, sino de enterezas y esperanzas.

El 20 de noviembre de 1.938, si, ha muerto el Caudillo José Antonio. Pero para resucitar con sonrisa y alma en el Caudillo Franco y en una Falange Nacional de Combatientes.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Por eso, al gritar hoy yo -en nombre de nuestro pueblo- ¡Viva Franco!, es que grito:
¡Vive ya en él José Antonio! ¡Viva España! Aquí abajo sobre la tierra. Y allí ¡arriba!
en la Gloria de Dios.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

DISCURSO DE EL EXCMO. SEÑOR MINISTRO DEL INTERIOR DON RAMÓN SERRANO SÚÑER

(Día 20 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal)

A través de la gran emoción de su recuerdo, José Antonio nos ofrece motivos de evocación en agolpada multitud. Y es que los 33 años de su vida -de esa vida magnífica como su muerte- tienen tal riqueza de rasgos y tal fecundidad de acción y de pasión, que no es empresa fácil encerrarlos en una fórmula simplista.

Y, sin embargo, a poco que se recapacite sobre su breve y denso caminar por la tierra, se alza perfecta, sin sombra, perfilada con trazo seguro y acabado, la figura del hombre, con su unidad entera e imborrable, en la incontestable consecuencia de un teorema.

JOSÉ ANTONIO, TEMPERAMENTO CLÁSICO

Fue José Antonio -muchos hacen mal en hablar de él sin saber cómo fue- todo autenticidad, rigor y disciplina mental. Por ello era un temperamento clásico que conjugaba en una línea de armonía y plenitud los más finos matices del análisis (que sólo una reflexión fríamente intelectual sabe captar) con los más brillantes cuadros sintéticos para los que hace falta, además, el ímpetu y el calor de lo vital.

Este hombre que proclamaba la dialéctica de los puños y de las pistolas como réplica necesaria a la pérfida dialéctica de los votos, empleada por los augures de la política como instrumento para traicionar, hasta desmembrarla, una Patria tan cara, sabía manejar el escalpelo agudo de su razón sobre el embeleco secular de Juan Jacobo.

LA UNIDAD DE ESPAÑA COMO UNIDAD DE DESTINO

Y porque fue un temperamento clásico, supo concebir la unidad de España como una unidad de destino con esa visión definitiva de la Patria, sublime conquista de un pensamiento robusto, que ya nadie osará arrebatarse a los sentimientos y a los corazones jóvenes de la España recobrada.

Esta ponderación, este sentido de la medida y esta percepción de lo cierto y lo real, que Dios sólo otorga a sus elegidos, culminó en el momento decisivo de su tránsito a la otra vida.

Quizá no exista en la lengua castellana, por otra parte de léxico tan rico como una palabra que con justeza y exactitud exprese la virtud humana de dominar los propios resortes anímicos hasta un límite de serenidad superada, pues esta virtud es la que resplandece en la muerte de José Antonio. Siempre a punto, valorando los instantes con precisión matemática, vio la llegada de la muerte en una actitud de ecuánime grandeza. Sin exaltaciones teatrales ni depresiones, dando al supremo paso la importancia que tiene, emprender el viaje a lo infinito en ese estado de gracia que transparenta su disposición testamentaria.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

VIVIÓ LA JURISPRUDENCIA CON DECORO INSUPERABLE

Espíritu clásico, que, por serlo, sintió la justicia como virtud cardinal y como vocación, porque el derecho, ciencia y arte que a cada uno da lo suyo, no arraiga sino en quienes tienen del peso, de la medida y del número un sentido exacto y humano. El vivió la jurisprudencia con el decoro insuperable de los que visten la toga sin mancharla porque saben que la justicia es una emanación de la Divinidad.

Este culto suyo para el Derecho es una lección que no podemos arrumbar como lastre molesto de su herencia, porque el derecho que es rémora detestable y odiosa cuando como reloj parado marca una hora inamovible en su esfera, es la garantía insustituible para los valores personales cuando marcha a compás del tiempo y cuando sirve para abrir cauce a la concepción del mundo y de la vida que tiene la generación que ha de cumplirlo.

Por ello urge acometer la tarea positiva de crear el derecho de la Revolución Nacional Española: la norma que encuadre el orden nuevo, la que le de sistema institucional, claridad y rigor, y con su fuerza nos lo defienda de la codicia, de la incomprensión y de la ruindad de toda suerte de malvados.

"He aquí la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los amores antiguos de la norma y el pan. Hacerles ver que la norma es mejor que el desenfreno. Que hasta para desenfrenarse alguna vez hay que estar seguro de que es posible la vuelta a un asidero fijo."

JOSÉ ANTONIO, GRAN ABOGADO, GRAN DEFENSOR DE ESPAÑA

Precisamente por esta vocación hacia la justicia salió José Antonio al palenque de la vida pública a despertar a la juventud española, única fuerza capaz de levantar a la Patria cuando se hallaba en trance de desplomarse en el fondo último de su decadencia. Y fue a esta lid como abogado, redimiendo así a la política nacional de los males que había sufrido como consecuencia de otro abogadismo, el abogadismo pernicioso y rabulesco que aún profesan gentes sin conciencia ni emoción creadoras y que todavía muchas veces vestido con la hipocresía de las artes menores, pugnaba por imponerse. Por ello se constituyó José Antonio -en el Parlamento, en el Foro y en el ágora hispana- en el gran abogado, en el gran defensor de España, de sus esencias históricas, de su destino y de su ser, de su unidad en ocasión casi irremediable de fractura y de muerte; en defensor de su gran patrimonio moral para cuya recuperación puso en juego la acción reivindicada que se dispuso a esgrimir con la pericia de un técnico en patriotismo, resuelto a vencer o morir con el ímpetu ardiente de su sangre jerezana y la fe encendida de las juventudes que acudieron entonces, y las que acudirían más tarde, a sentir en su corazón la noble llamada del gran precursor.

" SÓLO EL TIEMPO LE FALTÓ "

Gran precursor, a cuyo plan perfecto en la inteligencia y en el propósito, sólo el tiempo faltó.

Por eso en aras de angustias supremas, José Antonio, descendiente de soldados, hermano de soldados, sangre militar en sus venas y aliento militar en su alma, acudió a

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

quien simbolizaba sin mancha las virtudes inextinguibles del ejército para comunicar su ansiedad y la desproporción entre sus medios y la magnitud del peligro -inminente y terrible- que sólo el poder de las armas podía en aquella hora conjurar.

Desde la tribuna de su vida ejemplar, José Antonio nos envía el mensaje de sus enseñanzas y de sus consignas. Pero es preciso que, al recibirlas, para seguirlas -no sólo para vocearlas, ni para especular con ellas- no agrandemos desmesuradamente la distancia que de él nos separa, porque, si bien le va la categoría de héroe de romancero, precisa esquivar el riesgo de que se desdibuje su figura entre las nieblas impalpables del mito.

DEBEMOS CONTEMPLARLE CON CÁLIDOS ANHELOS DE PROXIMIDAD

Es necesario que su personalidad no se deforme en fuerza de abstracciones y simbolismos. Él que tenía afán de lejanías y que veía a España sub specie aeternitatis debe ser contemplado por nosotros con cálidos anhelos de proximidad. No sustituyamos su presencia cargada de humanidad, por barrocas metáforas e indignas de la elegante sencillez que él tanto amaba. Conservemos en sus dimensiones precisas el vínculo de hermandad que nos uniera con José Antonio. Sólo así evitaremos ese peligro de profanar su memoria en que fácilmente se puede caer al desviar la intención de sublimarla. Y huyamos también del tópico, porque éste la entrañaría con el humo espeso de la vulgaridad.

Tú ofreciste, José Antonio, la vida por la salvación de España, y bien se nos alcanza que sólo ésta será consuelo para todos los que contigo se nos fueron.

Por tierras de Castilla y del Aragón, de Cataluña, de Andalucía y de la Mancha que fueron por ti hasta su entraña amadas, la juventud que despertaste de su sueño o de su error, recorre, con la sola tristeza de tu muerte, los caminos difíciles de la España heroica, y al cantar tus canciones todos los días grita: ¡Arriba España!

LA SEMANA DE JOSÉ ANTONIO EN LA RADIO NACIONAL

DISCURSO DE SECRETARIO GENERAL DEL MOVIMIENTO, RAIMUNDO FERNÁNDEZ-CUESTA

(Día 20 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal)

En el anochecer de este día de dolor y de luto, de alta recordación hacia el hombre que hoy hace dos años dejara de existir físicamente, me dirijo a vosotros, españoles todos, los de aquí y los del otro lado, a los que le amasteis y le comprendisteis, a los que le mirasteis con indiferencia y a los que no le quisisteis también, para pedir a los primeros que ese amor nunca se entibie y a los últimos que aparten de sí la indiferencia o el rencor y despojados de estas tareas psicológicas piensen y mediten sobre si la vida y la muerte de José Antonio no tiene un valor auténtico de ejemplaridad, suficiente para dar a su doctrina, a su obra, caracteres de pureza y de fuerza proselitista bastantes para hacer tambalear nuestras antiguas convicciones y abrir una brecha que permita la entrada a la conversión y al arrepentimiento.

PARA LOS AMIGOS, PARA LOS CAMARADAS Y PARA LOS ENEMIGOS

Mis palabras, pues, en estos momentos, van dirigidas no sólo a los amigos y camaradas, sino a los enemigos también dondequiera que se encuentren, porque entiendo que el mejor homenaje que podemos rendir a José Antonio en este día, cuantos nos sentimos identificados con él y somos modestos continuadores de su empresa, es tratar de incorporar a ella, a los incrédulos, a los descarriados, a los enemigos, en fin. Recordemos los méritos, el heroísmo, el genio de José Antonio, su clarividencia de juicio al discurrir sobre los males de España y el remedio para ellos, pero hagámosle no sólo como homenaje póstumo a su memoria, sino también como razones que emplear contra la sin razón, como verdades que oponer al engaño, como rosario de amor que enfrenar a la sarta de odios y rencores que tanto mal han hecho.

Los que le conocimos y quisimos y los que, sin conocerle, han aprendido a quererle después, le hemos dedicado hoy nuestra oración más fervorosa y nuestra plegaria más íntima y hemos afirmado y robustecido más, si ello es posible, en nuestra fidelidad hacia todo lo que él representa. Pero siendo esto mucho, no es bastante, porque no debemos ni queremos desperdiciar momento ni ocasión -y ninguna mejor que la presente, por el aire grave y sincero que ha de tener cuanto hoy digamos, si no queremos caer en irreverencia- para hacer resaltar sobre todo el amor de la Falange hacia los que se consideran perseguidos por ella, amor que envuelve en una atmósfera de cordial atracción las palabras de José Antonio, y que es en realidad el impulso determinante de sus actos y el que hace abandonar su vida anterior y dedicarse a eso que vulgarmente se ha llamado política y que él entendía como empresa mística casi religiosa, de verdadera conversión de los españoles hacia la unidad y hermandad de todos ellos, destruyendo cuanto pudiera impedir su realización. Y es por eso por lo que esta fecha, que si es jornada de rencor y maldición hacia nuestros enemigos, hacia los que nos arrebataron el bien perdido, en recuerdo de José Antonio, y porque él era todo generosidad y olvidó todo odio en nombre de España y porque estamos ciertos de que él lo quiere así, es, sin embargo, tan solo día de advertencia hacia aquellos y de llamamiento a la razón.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Y tan lo quería así, que en su Testamento nos dice cómo en el acto de la vista del proceso ante el Tribunal Popular que había de condenarle a muerte, se ocupa con afán de explicar lo que es la Falange, para ganarle adeptos y atraer hacia ella el respeto, cuando no el convencimiento de sus enemigos, y nos dice también como esa explicación produjo tal efecto en los jueces que le escuchaban y que el haberla conocido de antemano, quizá se hubiera evitado la matanza entre los españoles, y cómo anhela sea su sangre la última que se derrame en contiendas civiles.

AMÓ AL PUEBLO, NO A LA PLEBE

Y es que José Antonio, que jamás halagó las pasiones de la masa, ni buscó su aplauso, ni hizo la menor concesión que repugnara su conciencia o le apartara de la línea de conducta que se había trazado, amó al pueblo, no a la plebe. A ese pueblo realizador de las grandes empresas de nuestra historia. Conquistadores de América: hidalgos sin solar, labrantes que trabajan la tierra. Guerrilleros de la independencia y de la tradición: rurales, campesinos y populares. Combatientes todos en la epopeya actual, vencedores de tantas batallas, que no defienden interés material alguno y sí a la patria contra el marxismo internacional, merecedores, no ya de nuestro agradecimiento, sino de nuestra veneración.

Y porque amó al pueblo, quiso liberarle de la tiranía de los que le utilizaban como pedestal o como campo de ensayo de doctrinas o elucubraciones, y que fuesen hombres libres y no piezas de maquinaria monstruosa quienes lo integrasen. Pero lo amó no sólo para mejorar su vida económica, sino también con amor de historia, para devolverle su capacidad creadora.

EL MITO DE LA DEMOCRACIA

Él no creía en la soberanía popular ni en el mito de la democracia rusioniana, ni que la verdad saliese de los votos, ni en la fuerza del número, ni en la razón de los demás, ni que los hombres sean realmente libres porque se diga en un papel, pero creía, en cambio, en la fuerza cósmica del pueblo, y sabía perfectamente que éste nunca puede quedar reducido a ser mero espectador de los grandes acontecimientos de la historia sino sujeto de los mismos conducido por el hombre, que señalado por el dedo de la Providencia acierte a recoger y expresar sus anhelos, los encauce y le sirva de guía hacia su destino.

José Antonio siempre contó con el pueblo y de ahí el sentido social de su doctrina. Pero porque contó con él, quiso rescatarlo para España, extender su concepto, que no quedase cerrado en los límites reducidos de una clase, sino diluido por toda la nación. Por eso, a los que al amparo de estrecho criterio clasista, se aferraban en sostener diferencias, en mantener privilegios o a alcanzar otros nuevos que sustituyeran a los que ellos pensaban destruir por la fuerza, opuso siempre normas y actos de hermandad y comunidad nacionales, convencido de que los peores enemigos del pueblo son los que tienen un concepto parcial de él y quieren dejarlo reducido a un grupo más o menos amplio, pero grupo al fin de españoles, y que ese grupo disponga de los demás.

LA TAREA A LA QUE CONSAGRÓ SU VIDA

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Y, sin embargo, los antecedentes sociales de José Antonio, el medio en que viviera, su profesión y su formación intelectual, fueron la causa de que unos dudasen de la sinceridad de sus propósitos, otros de su acierto en plantearlos y otros, incluso algunos que luchaban a su lado y que luego volvieron a él contritos y confesos de la equivocación que habían sufrido, de su capacidad revolucionaria para llevarlos a la realidad. Los que así pensaban no le conocían. Ignoraban en absoluto el caudal de lealtad que en sí encerraba, su total incompetencia para el más pequeño fraude, la grandeza de su genio, su férrea voluntad, el renunciamiento que había hecho a cuanto pudiera distraerle de la tarea que emprendió y a la que, desde el primer momento, había consagrado su vida. Consciente de la enorme responsabilidad que sobre él pesaba, se quemaba en una ansia de perfección y, en asombroso y diario afán de superarse, luchaba consigo mismo por vencer sus defectos y mantener en máxima tensión sus mejores cualidades.

EL PROPÓSITO INSURRECCIONAL DE LA FALANGE

De aquí la diferencia entre el José Antonio del acto fundacional de la comedia y el José Antonio que va después por esos pueblos de España predicando la buena nueva entre peligros y asechanzas, molestias y escaseces, o el que el 2 de febrero de 1.936, en pleno corazón del Madrid marxista, anunció el propósito insurreccional de la Falange de no acatar el resultado electoral si era contrario a España. El valor intelectual es siempre el mismo, genial y único precisamente por serlo.

El discurso del 29 de octubre es quizá el mejor, el más clásico y perfecto de los muchos buenos que pronunciara, el que tuviera, si queréis, más valor absoluto y menos circunstancias, pero el 29 de octubre José Antonio no ha llegado todavía a desprenderse, aunque ya atisbara la precisión de hacerlo, de su estilo de hombre formado en el estudio y el bufete y un poco también en el cenáculo literario, del comedimiento propio de ese espíritu aristocrático y de hombre poco avezado a las luchas callejeras.

EL TONO POPULAR Y HUMANO DE SUS PALABRAS

En cambio, después, con ese afán de superarse de que os hablo consigue añadir a sus extraordinarias cualidades intelectuales, cada vez más estilizadas, otras que él comprende son necesarias, también, para llevar a cabo un movimiento del tipo del que él dirige, de carácter eminentemente revolucionario. Y vence su timidez y adquiere gesto de jefe y da tono más ardiente, más popular y humano a sus palabras, que guiadas por la lógica del razonamiento impecable y el calor de su entusiasmo penetran como agudo estilete en el cerebro y el corazón de cuantos le escuchan arrastrádoles enardecidos y convencidos.

Y es que José Antonio se ha puesto en contacto con la realidad, se ha curtido en la pelea, ha luchado en la calle con los marxistas, ha sufrido atentados, ha visto caer acribillados por las balas sus mejores camaradas, ha empuñado un fusil para defender del asalto el local de la Falange, ha encabezado con riesgo de su vida manifestaciones populares, ha hablado ante públicos hoscos que le han saludado con gestos de hostilidad, se ha enfrentado con la pobreza y la necesidad, que hasta entonces no había contemplado cara a cara, y ha sufrido también los ataques de los que se decían sus amigos y no acertaban a explicarse por qué no se sometía a sus mandatos o a las conveniencias, fuesen o no justas, de la clase a que por nacimiento pertenecía.

LA MODESTIA Y EL VALOR DE JOSÉ ANTONIO

Hasta el último momento de su vida se debate entre su modestia y su valor. Aquella le hace dudar de tener los merecimientos necesarios para arrastrar a la juventud española a la imponente batalla que se acercaba y que él mismo se esforzaba en provocar, éste le inspira actos y decisiones que encienden el entusiasmo de esa juventud, que se confía a él con fe que desvanece sus temores y le empuja de manera inexorable hacia su destino de mártir y profeta.

José Antonio aspira nada menos que a cambiar la manera de ser de los españoles, destruyendo los fundamentos, las bases sobre las que esa manera de ser se montaba, las causas a las que obedece: la duda, el pesimismo, la abolía, el desaliento, el hastío, la falta de alegría y de fe en una empresa colectiva, el sentido sanchopancesco de la vida, el desprecio a cuanto signifique riesgo, disciplina y jerarquía, pero quiere también evitar las únicas afirmaciones, las únicas actitudes resueltas que en España existía y que a veces se derivaba de la desesperación de muchos hombres o de la injusticia con que eran tratados, pero que siempre estaban impregnadas del odio y de todas las pasiones del materialismo marxista, fuesen las que calificasen o determinasen esa manera de ser de los españoles que había de sustituir a la anterior.

LA FALANGE, ESCUELA DE EDUCACIÓN HUMANA Y POLÍTICA

Por eso sueña con restablecer el equilibrio, llegar al término medio clásico, que no es eclecticismo débil, sino síntesis salvadora, formada de todo lo bueno de los extremos. Quiere que la Falange sea escuela de educación humana y política al servicio de la Patria, y quiere aliar de tal manera tan alto sentido tradicional con otro nuevo de España, que los españoles sean capaces de morir por defender una Iglesia y los fundamentos del Sindicalismo Nacional.

En definitiva, quiere crear un Movimiento que mueva, que traslade a los españoles con paso resuelto y de milicia, de la realidad que tenía a otra totalmente distinta, en la que conservándose íntegras las características de nuestra Historia y Tradición, se resuelvan los problemas nacionales con análogos sistemas a los que otros países han empleado y que la experiencia en ellos demuestra que han venido a superar al liberal que el mundo conocía, castrado y caduco, sin necesidad de caer en un comunismo antihumano y antirracional.

José Antonio quería también que los hombres que le ayudasen en su tarea estuviesen unidos por estrecha hermandad, que fuesen austeros, legales y disciplinados, que pecasen de ingenuidad y de rectitud de conducta, antes que caer en la intriga o en la trapacería, que fuesen claros y no hábiles y que si algún día llegaban a puestos de mando o de responsabilidad, no creyesen podían ya descansar, o que esos puestos eran la recompensa a sus antiguas virtudes o sacrificios, sino fuente de otros nuevos y mayores, y que los desempeñasen con espíritu de servicio y no de beneficio. Y si esas virtudes han de tenerlas cuantos vistan la camisa azul, los que convivieron con él, los que tenían como mejor regalo y la más preciada recompensa un gesto suyo de aprobación y como deshonor el menor reproche que les hiciera, y conocieron directamente su pensamiento y el entendimiento que tenía de la Falange, han de constituirse en guardianes de ellas y servir de ejemplo su conducta a todos los demás.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

LA VIDA DE JOSÉ ANTONIO, MARAVILLOSA ARMONÍA

José Antonio consigue hacer de su vida armonía maravillosa; de la materia y del espíritu, de lo individual con lo colectivo, de la lógica con la fantasía, de la precisión en el concepto con la lírica en la expresión, de refinamiento con la sobriedad, del afán de vivir con la resignación ante la muerte, y hasta después de ésta sigue siendo armonía entre la eterna ausencia de su cuerpo reseco y la constante presencia de su recuerdo y de su doctrina. El quiso implantar en España ese equilibrio roto por los partidos y las clases, y pagaron su afán con una moneda vil; de odio y de escepticismo, unos criticándole con finas ironías, valorándole deliberadamente mal, otros encerrándole entre rejas primero, para matarle a tiros después. Y si mucho le ofendieron los que le quitaron la vida, acaso no le hayan ofendido menos los que antes no querían que su pensamiento se convirtiera en realidad, y ahora quieren que su muerte sea infecunda. Pero los que sabemos de tu amor a España, te decimos, José Antonio, ni los unos ni los otros vencerán. La armonía y unidad de España, de sus hombres y sus tierras, la está haciendo, con el estilo militar que tú querías, la espada de un Caudillo, que no dudo de ti, que creyó en tu razón y como tú ama a España; la están haciendo los que combaten a sus órdenes desde el primero de sus generales hasta el último de sus soldados y los que a sus órdenes trabajan con él, porque todos están decididos a que el sacrificio de tantos españoles, que el tuyo simboliza y representa, no resulte estéril.

PARA LOS ESPAÑOLES QUE LUCHAN EN EL OTRO LADO

Y por eso, a vosotros, españoles de buena fe que lucháis al otro lado, me dirijo ahora en nombre de esa unidad y recuerdo de José Antonio para reprocharos vuestro sacrificio inútil y vuestra credulidad en unos dirigentes que, al empezar la guerra, os enseñaron a gritar ¡Viva Rusia! y a odiar a España, y que ahora adoptan actitudes nacionales porque así conviene a su medro personal o a su táctica política, y que son actitudes que carecen en absoluto de la más mínima autenticidad. Y por eso os digo que a él le dolería en el alma, como a nosotros nos duele, el hambre física moral de nuestros hermanos de la zona roja y de los que luchan en ella engañados o forzados, y el ver a España rota, desfigurada en parte, y en parte en poder de los hombres de Moscú con sus retratos y efigies por calles y paseos. Y os digo también que él no renunció ni en el último momento de su vida, como no renunciamos nosotros, al deseo de haceros nuestros, incluso contra vuestra voluntad presente, incluso a costa de nuestra sangre, como él derramó la suya por redimiros a vosotros, que permitisteis y anhelasteis su muerte, que José Antonio nos decía muchas veces, con tono que trataba de disimular, la tristeza de su pensamiento y el dolor de verse incomprendido: "Cuando comparezcamos yo y los que me odian ante el Divino Tribunal que ha de juzgarnos a todos tengo la seguridad que reconocerán la tremenda equivocación en que se hallaban y me pedirán perdón. "

" QUE DIOS TE DE SU ETERNO DESCANSO "

Por todas esas cosas y por otras muchas más que siento y no acierto a expresar en este momento de emoción sin igual, con la voz quebrada y el corazón latiendo con premura, me despido de ti, José Antonio, repitiendo las palabras que mejor pueden reflejar nuestra gratitud, nuestro deseo y nuestra voluntad, y que tú dijiste en ocasión, también, de dolor y de pena: " Hermano y camarada. Gracias por tu ejemplo. Que Dios te de su eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que ganemos para España la cosecha que siembra tu muerte."

FUNERAL A JOSÉ ANTONIO

LAS CEREMONIAS DE BURGOS

Agustín de Foxá

Novena de ánimas en la Iglesia de San Lesmes, abad, patrón de Burgos. Y en la fachada de la pequeña iglesia, viejecitas con manto y librillos de cera amarillenta, la orla negra de la Cofradía de Difuntos de San Francisco.

Tristísimos cielos blancos, de nieve, de noviembre, cuando los cuadros con llamas pintadas y la Virgen del Carmen del Purgatorio se iluminan con velas taciturnas en todos los altares.

Árboles sin hojas, sobre el morado del atardecer. El Arlanzón corre escaso, turbio, con hojas de álamos de lejanas carreteras, entre el hierro y las bolas de piedra del Espolón. De noche, bajo el puente, en el mismo cauce, se oyen los cencerros de las vacas y terneras que pastan sobre unas praderas que pronto sumergirán las crecidas; y se hielan, sin gorriones, las estatuas de los reyes de piedra con herrumbrosas espadas en la mano y cabezas cortadas bajo los pies...

Toda la ciudad está perfectamente seria para recordar a José Antonio.

Y hay colgaduras, con negro crespón, en los miradores -que son los ojos de Burgos-, con listones de papel para evitar la vibración que quiebra el cristal cuando los bombardeos aéreos. Su joven retrato, de ojos serenos, en la joyería de las cruces floreadas y los alfileres de plata, con la silueta del " Baleares "; en la algarabía de los mercados, en las panaderías, hasta en esa humilde tienda de cestos de mimbre con espejos empolvados y aviones de madera que en la próxima Navidad serán el juguete de los niños pobres.

Luto en la ciudad; anoche, en el Ministerio, mientras llovía en los cristales, las muchachas de la Falange han estado hasta la madrugada (la hora fría de su fusilamiento), poniendo cordones de seda negra a los recordatorios de José Antonio. Y algunas han apagado la luz para que no se las viera llorar.

Ya está hecho el plano del funeral; y la prosa de los itinerarios se ha perfumado con los nombres -siglos de cultura de la vieja ciudad- de plazas y calles. Así los moros de la guardia jalifiana no estarán frente a la puerta del Sermental. Y hay que verter arena en la calle de la Paloma, donde el pasadizo ojival de la Catedral forma todavía un refugio con sacos terreros. ¡Palomas y sarmientos bautizan estas calles a las que la democracia del XIX dio nombres de concejales!

Unos obreros desmontan un andamio cubierto, aplicado a los viejos muros grises de la Catedral; raspan las piedras seculares y gravan el nombre de José Antonio. Arriba, cuerdas, picos y cal viva. Y hay algunos, acostumbrados todavía al concepto laico de las catedrales consideradas como joyas heladas o como museos de catálogo, que lo lamentan amargamente.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Pero es que cuando hay fe las catedrales entran de nuevo en el torrente circulatorio de la vida del pueblo. Y en ellas se cavan nuevas sepulturas, se graban nombres y en sus fachadas nocturnas los actores, vestidos de Ángeles o demonios declaman los versos teológicos de los autos sacramentales.

Así nosotros hemos representado en las catedrales de Segovia y Compostela el drama de Posé de Valdivieso, y hemos pintado, con el ocre de los estudiantes, un Víctor a Franco, en las piedras doradas de la de Salamanca, y ahora ponemos el nombre de José Antonio en la de Burgos, junto a los epitafios borrados de los viejos héroes.

Emoción de los andamios en la catedral; visión que únicamente contemplaron los burgaleses de hace siglos cuando la construyeron y todavía eran blancas y húmedas las piedras y aún olían a muerto los sepulcros recientes.

Campanadas con lluvia a las once de la mañana.

Los moros, con guerrera azul y capas blancas, limpios turbantes de lino, presentan sus fusiles de correajes amarillos bajo las acacias.

En la escalinata gris del gobierno, la Junta política, los consejeros nacionales, los diplomáticos extranjeros. Boina roja sobre cabello blanco de un ministro. Camisas de falange. Fajines rojos, y los azules de Estado Mayor, la gorra galoneada del almirante y el granate de los obispos.

El clamor del pueblo anuncia al Generalísimo; la camisa azul -de juventud, de fábrica, de milicia- asoma por el cuello de su guerrera de capitán general y la boina roja, guerrera, religiosa, alegre de Navarra, cae hacia su sien derecha por la pesadumbre de la borla de gala.

Se abren lentamente las puertas de la Catedral. Allí están las autoridades, los grandes de España, los caballeros de las órdenes, las jerarquías del partido. Y se organiza el cortejo por los claustros góticos luminosos, bajo las vidrieras que son una geometría transparente de estrellas y rombos de vidrio verde y naranja. En la galería, trípticos de madera con ojeras y tenazas de martirios y tapices con Reyes, profetas, Torres y ríos y cirios burlados con un hilo de oro. Hace frío. En la sacristía, un gran brasero de bronce con sus brasas encanecidas por una polvorienta ceniza. Allí se calientan unos canónigos. El claustro es un bello desorden de capiteles mutilados sobre troncos de madera, de imágenes arrinconadas, de sepulcros, de Cristos sin brazos.

Negra fila del Cabildo, de la Capilla de músicos; y bajo el Palio, cuyas varas son como caña de bambú recubierta de concha con aplicaciones de plata, pasa el Caudillo de España.

Los monjes de Silos cantan en la Capilla del Corpus Christi con sus voces cristalinas, puras, refrescadas por el gregoriano de miles de maitines conventuales, entre las cigüeñas, el ciprés y la fuente del claustro de Santo Domingo. Fray Justo, el monje-poeta que luce sobre el escapulario de San Benito su estrella de alferez provisional, ha compuesto en latín sus aclamaciones al estilo medieval. Y la música empolvada de los pergaminos del XIII suena nueva y resucitada.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

De la melodía durísima emergen las palabras. Es una salutación a Franco:

" Catholico Hispaniae Duci, l'atriae, Justitiae Vindici. "

Y un recuerdo " al llorado José Antonio, príncipe de la juventud "

" Hispaniae Phalangis Magnanimo Conditori. "

Se apagan los laudes, arde el tener horario de oro sobre el sepulcro de alabastro de un caballero, tan realistamente modelado que parece un muerto tirado en el suelo.

En la Sala Capitular se ha reunido el Consejo Nacional. Allí hay cuadros de Mateo Cerezo y de la escuela burgalesa, cornucopias del siglo XVIII, sobre damascos con galón de oro y una tabla de San Jerónimo, sobre una frágil calavera amarilla.

El cortejo vuelve a la Catedral. La luz eléctrica que ilumina indirecta da un frío rosa de atardecer a las galerías altas. En cabeza, el artillero de terciopelo rojo, el sombrero de teja bajo el brazo y el cetro de plata. Luego los maceros con vivos escarlatas y azules de vallet de baraja francesa y la mesa temblorosa de los timbales suspendidos sobre suelo, y detrás los monjes enpalidecidos por tantas madrugadas.

El señor arzobispo de Burgos, todo de violeta, con la larga cola recogida por un sacerdote, sube al altar. Bajo el dosel se arrodilla el Generalísimo.

Cuelga en el centro el blanco pendón de Las Navas.

Es una noble y triste escena de guerreros laureados, de prelados, de monjes y de abades mitigados, que recuerda los cartularios medievales, escenas de hace más de diez siglos, como aquella de la constitución del cercano infantado de Covarrubias, cuando el conde Fernán González, caudillo de entonces, cerraba los pergaminos con su sello de cera adornado de cintas.

En el centro de la Catedral, entre el olor de colmena derretida de los hachones, el túmulo altísimo de José Antonio; y sobre la tumba del Cid. ¡Qué enorme profundidad de siglos! El joven héroe -muerto como Rodrigo en tierras de levante- enraiza su cuerpo en el subsuelo de nuestra Historia. Entre ambos -tan juntos- ochocientos años de la vida de España.

Allí, de oro fúnebre, la severa heráldica, o solemne liturgia, el Yugo y las Flechas de José Antonio, que dibujó con infantil alegría entre nosotros, y que lucía alegremente -excursiones y mítines lejanos- en la solapa de su abrigo. Junto a las flechas, la Cruz Roja de Caballero de Santiago, símbolo de su espíritu que unió, en bella armonía, lo aristocrático y lo popular. Jóvenes falangistas con cascos de trinchera dan guardia al recuerdo de su cuerpo. El cielo nublado llena de melancolía las vidrieras, mientras suena fúnebre el órgano.

Desde el púlpito, el señor arzobispo de Valladolid lee su testamento.

" Murió -dice- no como un estoico, sino como un cristiano. "

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Y luego, las palabras de consuelo de la Iglesia:

" Duerme un sueño secular, pero no eterno, porque existe la resurrección de la carne. "

Termina el funeral; fuera, en la escalinata, himnos y aclamaciones.

El Caudillo ha colocado su corona de flores en el lienzo gris de la fachada, bajo el nombre de José Antonio, escrito en negro con iniciales rojas, como las páginas de un Misal miniado. Luego otras coronas, las de sus hermanas, la del gobierno, la de Fernández-Cuesta, y otras, redondeles de rosas, de crisantemos, de flores de Castilla, tan bellas y humildes que no tienen nombre.

El pueblo trae su ofrenda; muchachas, estudiantes, obreros; y picos del trabajador rodeados de flores, capullos mojados por la lluvia, pétalos que se desprenden.

Funeral al cuerpo de José Antonio; no a su alma, que Franco y la juventud que le sigue guardan en su corazón.

Ya desaparece la noble silueta del Caudillo, rodeado de sus moros, cuyos caballos llevan el casco dorado, bajo el arco de Santa María.

Llueve con infinita melancolía y ya no hay golondrinas en el Ángel sin cabeza de la entrada, ni en el águila ni en el toro con alas del sarmental. Estoy solo, dolorido, junto al tablado con flores.

¡Qué perfume a primavera mojada bajo el nombre del héroe!

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

FLORES SOBRE ALICANTE

UNA CARTA DEL DUQUE DEL INFANTADO.

LAS ÓRDENES MILITARES DE ESPAÑA RINDEN HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA COMO CABALLERO DE SANTIAGO

Excmo. Sr. D. Ramón Serrano Súñer.

Ministro del Interior.

Mi distinguido amigo: Pues ostenta usted el doble carácter de autoridad de nuestra Falange Española Tradicionalista y de testamentario de D. José Antonio Primo de Rivera, tercer marqués de Estella, me dirijo a usted para hacerle, con el máximo interés, un ruego.

He leído en la Prensa que el próximo domingo se ha de dedicar un homenaje a este glorioso Mártir y que el lunes se han de celebrar en todas las parroquias nacionales, solemnes funerales por su alma, que aprovecharán a la Comunión de los fieles, ya que, seguramente, no ha de necesitar de ellos quien hizo el más grande sacrificio, el de su propia vida, por Dios y por su Patria. Los que fueron sus compañeros en la creación de la Falange tienen en la publicidad y las funciones de sus cargos públicos sobradas tribunas que nos hacen llegar a diario las pruebas de afecto y admiración que le procesaron en vida, agrandados y purificados en la muerte.

Pero no ocurre otro tanto a los que fuimos sus compañeros en otras instituciones menos numerosas. En efecto, diezmos por el crimen o por la Cruzada que sostenemos contra los sin Dios, sus hermanos de la Orden de Santiago, a la que rindió con fervor su constante y entusiasta asistencia, y cuya cruz llevaba en su pecho, y dispersos los ochenta caballeros supervivientes, cumpliendo sus deberes militares o cívicos -sin que conozcamos sus domicilios-, no podemos asistir corporativamente, como fuera nuestro deseo, al homenaje proyectado en honra de quien para nosotros es aún más que camarada... hermano.

Para suplir esa imposibilidad, yo me atrevo a impetrar de usted y del señor Fernández-Cuesta, de las autoridades que proceda y de la Falange Española Tradicionalista (de la que formo parte como coronel honorario de Infantería), que en la forma que estimen ustedes oportuno hagan pública la manifestación del cariño y del orgullo con que sentimos la hermandad con José Antonio (así como con su hermano Fernando y los 37 caballeros muertos en esta Cruzada) los que, como él, nos honramos llevando sobre el corazón las gloriosas cruces que guiaron la Reconquista y que todos aquellos habrían ostentado en la mortaja de sus hábitos si el robo y el alegre asesinato no les hubiera privado de cumplir esa consoladora obligación postrera de sus reglas tradicionales.

En su sustitución pido a ustedes también que, al lado de las flechas y el yugo, símbolo nuevo y felizmente escogido por la juventud heroica, que han de ornar la bandera de

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

España sobre el túmulo funerario del último marqués de Estella, no deje de cubrir éste, en representación de los que hicieron la España una, y a los que él debe su sangre, la cruz que tanto apreció de la Orden Militar de Santiago.

Siendo yo la dignidad mayor de la misma que en este momento se encuentra en nuestra Patria, les ruego a ustedes, dándoles anticipadas gracias en nombre de los caballeros de todas las Órdenes hermanas y seguramente también del mismo José Antonio.

Suyo affmo. amigo s. s. q. e. s. m. – El Duque del Infantado.

Presidente del Consejo de las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa.

Zarauz, 16 de noviembre de 1.938. III Año Triunfal.

JOSÉ ANTONIO

Agustín de Foxá, Conde de Foxá

Franco ha dicho a su Consejo Nacional que ha muerto José Antonio. Por vez primera, le ha temblado la voz serena e imperiosa que ordena y gana las batallas.

¡Cómo amaré esta claridad, esta dura certeza de la muerte, su alma clásica, a pleno sol, enemiga de la niebla!

Porque durante muchos meses sus camaradas le llamaron bellamente " el ausente " por piadoso romanticismo. Pero él no era romántico.

Porque el romanticismo es liberalismo en la literatura. Es el individualismo que lleva a la anarquía. Porque el romanticismo no ha sido nunca umbral de hierro de los Imperios, sino marco de rosas de las decadencias.

José Antonio amaba la unidad, la meditaba, la norma.

A la lira semita oriental, colgada del sauce de Babilonia, que canta, alocada, con todos los vientos, él opone la firmeza pitagórica de los números.

Por eso, desdeñando el folklore, el musgo, el prado nativo, la gaita añorante, el concepto romántico de la Patria, la definió como unidad de destino, por que él sabía que el prado se agosta, pero que desde el principio del mundo dos más dos han sumado siempre cuatro.

Por eso también en el paraíso católico de la Falange no existía una anarquía de nubes y de arpas, sino ángeles verticales con espadas.

José Antonio amó la claridad y la disciplina. Para el agua, acueductos; para el verso, sonetos.

Frente a la horda, el Ejército; frente a la masa, la Jerarquía.

Pero una profunda y entrañable humanidad salvó siempre su pensamiento de la frialdad de las normas.

Quería que el agua conducida no perdiera nunca la alegría de la espuma y el vigor del torrente. Para someter no es preciso esterilizar. Se puede canalizar con inerte cemento, pero también con piedra viva.

No quiso nunca que la política muriera en la Administración, ni en los sueños, las ilusiones de un pueblo, terminaran en burocracia.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Porque no bastan las estadísticas, el orden material o los Códigos. Es preciso medir, pero con hermosas medidas. Es cierto que él numeró sus muertos, pero no lo hizo con cifras, sino con astros luminosos.

José Antonio es el primer político español que afirma que los pueblos son construidos por los poetas; que hay que oponer a la poesía que destruye la poesía que edifica.

Él es, en realidad, nuestro primer poeta.

Acaso su frase más genial sea ésta: " El camino más corto entre dos puntos pasa por las estrellas. "

Y por las estrellas, salpicándolas de sangre, ha tenido que pasar la juventud de España para salvar la Patria. Que nada en el mundo es más eficaz que la gallardía.

José Antonio, ese joven, enérgico, tribuno ardoroso, combatiente resuelto. Poesía, fantasía, delicadeza, ímpetu y finura. Atesoraba las condiciones de un joven César. Mejor aún, de un paladín cristiano. Un día me decía, certeramente Eugenio Montes: " es el Amadís de Gaula de nuestra generación. "

Se sabía portador de un tremendo mensaje y aquello daba a sus ojos la tristeza de los profetas que mueren siempre antes de pisar los viñedos de Canaán. El dolor incomprendido de los que avizoran el futuro.

Terrible tragedia del que ve claro y está rodeado de ciegos, del que anuncia como un centinela el amanecer, mientras los otros duermen todavía.

Todo alto destino es absorbente y exige una total renuncia. Y para José Antonio era aún más difícil renunciar, porque amaba apasionadamente la vida y apreciaba, en su valor, la alegría de su sangre.

Era marqués de Estella, tenía un gran bufete, los amigos de su padre, sus periódicos, le saludaban como príncipe heredero de la Dictadura. Así hizo su aparición en nuestra vida política.

Dejarse llevar por aquella amable corriente era lo cómodo, pero él, como verdadera espíritu selecto que era, amaba lo difícil.

A su padre le habían odiado muchos que hubieran podido comprenderle. Los intelectuales, la juventud universitaria conducida por ellos, habían bautizado de indignos aquellos siete años de paz y honor militar. Y era preciso ganarlos. Cada generación posee un idioma propio que no comprenden las generaciones anteriores. Él lo hablaba perfectamente.

Comienzan sus tanteos hacia la gloria. Se funda el " Fascio Español " y aquello fracasa. Y él se dio cuenta que no se podían carbonizar los viejos partidos cambiándoles el apellido.

La hora era propicia. Ortega y Gasset va a desautorizar a la República; la juventud se cansa de Américo de Castro, de Fernando de los Ríos, del laicismo y de Ginebra; con su

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

mechón rebelde Ramiro Ledesma Ramos capitanea ya por cafés y tertulias, ateneos callejuelas, el ímpetu jonsista y edifica todo un cuerpo de doctrina, Giménez Caballero ha escrito " Genio de España " y alborea, hacia Valladolid, Onésimo Redondo, castellano rural y religioso, como un granero en un claustro romántico.

El cielo está cargado de presagios. Ha sonado la hora; va a nacer la Falange. Y allí está el hombre.

Los eruditos futuros estudiarán la formación cultural de José Antonio, las fuentes que le nutrieron, la influencia de Sánchez Mazas, los antecedentes de su doctrina, lo que debe a las J.O.N.S. y a Ortega. Yo no he de intentarlo. ¿Quién se para a recordar la composición química de la obra cuando ésta nos arrastra irresistiblemente?

Yo sólo sé que estábamos ignominiosamente tranquilos, resignados y escépticos, y que su voz potente nos despertó a todos, nos zarandó violentamente, nos incendió de arriba abajo. Nos dio intranquilidad y coraje.

No niego que antes de él se hubiera atesorado grandes verdades, pero José Antonio acuñó aquel oro, lo puso en circulación, lo hizo saltar del olvido de los libros a las revistas, a la sangre, a los sesos, al alma de la juventud. Los profetas que traen el mensaje, cogen los Viejos Testamentos de unos grupos y los convierten en religión universal.

José Antonio creó un nuevo estilo, definió genialmente a la Patria dando argumentos definitivos para preservarla de todo separatismo, e incorporó el gran sentido católico de nuestra cultura a su gran obra de reconstrucción nacional.

Al internacionalismo, al materialismo, a las luchas de patronos y obreros de los marxistas él opuso, sereno, el Imperio, la catolicidad y la armonía de las clases.

Se dijo de él, interpretando mal su elegante comprensión, que en el fondo era liberal y rusioniano. Pero José Antonio clavó en lo alto de nuestro pensamiento verdades intangibles, que no podrían derribar el vaivén de los sufragios y para cuya defensa debía emplearse, si era preciso, la dialéctica de las pistolas. Una y mil veces le hemos oído decir "que el pueblo que es capaz de amor o de odio no puede ser nunca sujeto de conocimiento".

Lo que sí pretendía José Antonio era encontrar una fórmula que hiciera compatible las exigencias de un régimen autoritario con su profundo respeto católico al alma del hombre, portadora de valores eternos y capaz de salvarse o de condenarse.

La brevedad de un artículo nos impide hacer historia. En un Madrid, en una España estéril llena de mentiras y de artificio, donde sonaban grises las tediosas palabras de "escrutinio", "quorum", "comisiones" y "votaciones nominales", él nos dijo palabras milenarias y eternas, de luceros y de lucha, guerra y amor, amanecer y entrañas.

A la juventud miope de oposiciones y de institución libre, todavía con la amargura del 98, él le entregó himnos y banderas. Cuando languidecíamos sin fe él nos dio el sentido religioso y militar que salva a los pueblos.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Después vino la lucha, los muertos en las esquinas, el paréntesis populista que quiso enjaular a las Águilas, el triunfo marxista y la viril rebelión de Franco. José Antonio se nos ha ido para siempre, pero aquí está su voz congregándonos.

En nuestras montañas su bandera; sobre el mar y en el aire su himno y sus 26 puntos luminosos, que transformarán a España, a la sombra victoriosa de las espadas.

En una tarde lluviosa de San Sebastián he leído la confirmación de tu muerte, que desgarrándose el corazón ya nos había anunciado hacía meses Fernández-Cuesta.

José Antonio, jefe, camarada, amigo mío, desde mi lluvia y mi tristeza vayan estas líneas hace tu tumba desconocida, bajo las ardorosas palmeras de Alicante, y que ese mar, hoy ruso todavía, helado por los aceites soviéticos de los barcos de Ordesa, vuelva pronto, por la gracia de tu muerte, a ser español y latino, con la columna, el panal y el racimo de la vieja cultura mediterránea.

(Diario Regional, Valladolid, 20 de noviembre de 1938).

EL SENTIDO DEL HOMBRE EN JOSÉ ANTONIO

Luis Legaz

En las ideologías que se llaman totalitarias existe una cierta propensión a negar el individuo. Esa es una de las razones -dejando a un lado todas las de índole política- de la hostilidad con que son acogidas por todos los sectores, hoy muy numerosos, influidos por el humanismo. Es verdad que esa negación tiene distintos grados, obedece distintas motivaciones religioso-filosóficas y, en último término, cabe preguntarse si con esa negación padece en realidad lo humano: si lo que, visto de un lado, parece su negación no es, en el fondo, cuando menos, un intento de exaltar y sublimarlo. Pero no faltan ocasiones en que se tropieza uno con afirmaciones más o menos autorizadas en que se niega realidad al individuo. Tengo a la vista un antiguo documento jonsista en el que se dice que el individuo es sólo "un ente de razón fruto de la revolución judío-masónica-burguesa", por lo que el Nacionalindicalismo no puede reconocerle realidad ni relevancia alguna.

Es verdad que ese documento no expone el pensamiento oficial jonsista; es verdad también que ni Onésimo Redondo ni Ramiro Ledesma pensaron nunca en concepciones de esas que hoy llaman "panteístas" los mismos que en el siglo pasado aplicaban igual calificativo a las doctrinas liberales. Pero fue sobre todo José Antonio el que infundió al Nacionalindicalismo ese sentido humanista, del que he hablado más largamente en otra parte.

José Antonio, en efecto, elevó el Nacionalindicalismo de plano de una teoría económico-social al nivel de la filosofía. Por algo era un intelectual magnífico; no sólo porque era magnífico intelectualmente, sino porque fue más que intelectual: hombre integral, que es lo que nunca han sido los simples intelectuales. José Antonio nunca incidió en el pecado de convertirse en espectador inteligente de la tragedia española; sino que su lucha por la redención de España hizo el sentido de su vida y de su muerte por eso se dio en él esa difícil armoniosa unidad vital entre su acción como hombre y su pensamiento como intelectual. José Antonio es uno de los más felices ejemplos de "humanismo integral", realizado egregiamente en su persona.

José Antonio era humanista en el mejor sentido de la palabra: en el sentido del eterno humanismo español que en él, hombre del siglo XX se resolvió en una concepción moderna como adecuada a la época totalitaria, y que tiende, sin embargo, a salvar ante todo al individuo; por eso vemos en ella la palabra definitiva que España tiene aún que decir al mundo, el primer jalón en las nuevas rutas del Espíritu trazadas por España, según profecía que se hizo el 29 de octubre de 1.933.

José Antonio ensalzó precisamente al individuo, y ni siquiera se cuidaba de llamarlo con otro nombre lo mismo. "La construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo, como occidentales, como españoles y como cristianos." (Discurso 19-V-1.935). Y meses más tarde hablaba de formas más duras que las de los actuales Estados totalitarios, formas en que tampoco se resuelva la

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

disformidad entre el hombre y su contorno, que es la Patria, anulando al individuo, sino que uno y otro vuelvan a hermanarse por la "reconstrucción de sus valores orgánicos, libres y eternos , que se llaman el individuo, portador de un alma, la Familia, el Sindicato, el Municipio, unidades naturales de convivencia ". (Discurso 17-XI-1.935).

José Antonio se considera, pues como occidental, español y cristiano, y eso le lleva a comenzar la revolución, la construcción del orden nuevo, por el individuo, que es un valor libre y eterno. Por esto, basándose en su pensamiento, ha podido decirse más de una vez que la misión de España en esta hora es imponer un humanismo totalitario, y que en éste se halla el fundamento del Estado ético, totalitario y nacionalsindicalista que se está forjando.

Y esto sin perjuicio de los valores de la Patria, que dan sentido a ese estado; pues sin tener en cuenta esa dimensión, el humanismo totalitario no existe. La Patria es consustancial al hombre. Es una síntesis trascendente, con fines propios que cumplir, pero no es algo ajeno al hombre. El hombre sin Patria es un hombre mutilado. Pero José Antonio dio de la Patria la versión más alejada de todo sentido organista y naturalista. Su general concepto de la "unidad de destinos en lo universal" es la interpretación más justa, más certera y más humana que cabe dar a la patria. Con ese concepto es cierto hasta la evidencia que la libertad y grandeza del individuo son inseparables de la grandeza y la libertad de la Patria. Por eso podía pedir José Antonio la identificación de los destinos del hombre de la Patria, como condición precisa para la existencia de un Estado que sea fuerte sin ser tiránico y que sea capaz de ordenar la economía sobre bases más justas, que hagan efectiva en el plano de las realidades cotidianas la dignidad y la libertad del hombre.

Ramiro Ledesma decía que somos hombres cabales y plenos en tanto somos cabales y plenos españoles, no a la inversa. Pero si eso es verdad, es porque en el fondo de lo español radican los más puros quilates de lo humano; y porque somos el pueblo más "humanista" y más "personalista" y, al mismo tiempo, el menos "individualista", a pesar del tópico de nuestro individualismo, porque España es el pueblo en que las "unidades naturales de convivencia" tienen más arraigo. Eso lo vio certeramente José Antonio y de ahí su profundo españolísimo sentido del hombre, y su cristiano humanismo, que rodea como una atmósfera vital su Nacionalsindicalismo.

En esto José Antonio es maestro indiscutible de doctrina política. Su magisterio no sólo tiene para nosotros, nacionalsindicalistas, el valor dogmático de que fue enseñado con su Palabra y con su Acción, sino que es la expresión más pura de la verdad de España. A esa verdad se la motejó de "panteísmo estatal" por los que no sabían ni lo que es panteísmo ni lo que es Estado. Pero en este amanecer de España se presiente que sólo por la conjunción íntima del Hombre y del Estado se llegará a la apoteosis del Imperio de que José Antonio será siempre César, porque lo hizo posible con su Vida, y por la eterna presencia de su Verbo.

(El Pueblo Gallego, 20 de noviembre de 1938)

EN MEMORIA DE JOSÉ ANTONIO

CLARIVIDENCIA, GENIO...

Melchor Fernández Almagro

Es notorio que en ningún hombre de las antiguas izquierdas se dio nunca, ni siquiera en grado mínimo, la asombrosa clarividencia que fue prenda característica de muchos de las derechas. Y es natural que así ocurriese, porque cabe suponer, en hipótesis benévola, que quienes hubiesen podido percibir las consecuencias terribles de sus ideas o de su conducta, habían rectificado a tiempo, salvo casos de monstruosa contumacia, que han abundado ciertamente.

Los hombres de izquierda, con tanto padecer la obsesión -puramente verbalista- de lo que ellos llamaban "progreso", no supieron jamás ver, ni entrever, el mañana próximo. Mucho menos, el pasado mañana, algo más misterioso. Los hombres de la derecha, por el contrario, movidos por el espíritu tradicional de la nación, podían inferir del pasado el futuro, sin grandes probabilidades de error. Paralelamente, por ejemplo, a un Nicolás María Rivero que pronosticaba el triunfo para siempre de la "ciudadanía democrática", o de Salmerón, que auguró a plazo corto la "República Ibérica", Donoso-Cortés o Vázquez de Mella -y Aparisi Guijarro, cronológicamente entre ellos- veían venir sobre el e las disciplinas en que ejercitan su talento y su voluntad, se proyectan en el tiempo, anticipando las horas, los meses, los años... Toda la obra del estadista -si lo es de auténtica manera- se cifra en conquistas del porvenir; esto es: en acelerar el proceso histórico de un pueblo. Las cosas, abandonadas a sí mismas, sólo vienen por sus pasos contados. Cuando las impulsa un político clarividente, un estadista de genio, nos llegan en vuelo aquilino. Y esto, no sólo porque las traiga el afán reflexivo y fuerza dinámica de un hombre extraordinario, sino porque éste empieza por tener misión certera del futuro, descubriendo la clave de la historia en la entraña palpitante de su patria...

No basta talento. Hace falta también sentido poético y, a la vez, desinterés, para que un político se adueñe del porvenir, mediante su clarividencia. Tales prendas muy raramente se juntan en una misma persona. De ahí lo peregrino del caso... tanto, que no es posible encontrar otro, ni parecido siquiera, al de José Antonio. En él pensamos cuando establecemos la íntima relación que es propia del poeta y político. Estos dos tipos de actividad -y en cierto modo, de contemplación- se enlazan por lo que ambos tienen de vates, de adivinos. Fue así como José Antonio, en contraste con los que hacían política bajísima -o se agazapaban, resueltamente, en el fétido subsuelo de la vía pública- acertó a abrir horizontes de luminosidad sorprendente.

Prescindió José Antonio de la actualidad y de todos los pretextos que pudieran convertirse en motivos de adaptaciones indecorosas o ineficaces, para fijarse en la posibilidad que nunca falta: la que alienta en el fondo, no de los intereses, ni aun de las ideas, sino del espíritu mismo. El espíritu nacional estaba en sazón de dar de sí todo lo que apenas nadie se figuraba siquiera; José Antonio lo supo ver con claridad, agudeza y decisión. España no merecía la República que flagelaba sus espaldas con el látigo de los

más terribles escarmientos. Y si algunos jefes de la opinión nacional se limitaban a desear que el azote moderara sus golpes, José Antonio descubrió en la víctima una admirable capacidad de réplica y desquite. El español acabó por revolverse contra sus victimarios, poniendo en tensión unas energías que había estado a punto de perder. José Antonio fue zahorí. Conoció la existencia de esas fuerzas, y las alumbró en una juventud gallardamente sustraída a la conformidad mezquina del mal menor.

No era eso lo práctico, ciertamente. Pero la hora de los hombres prácticos no suele sonar casi nunca, dígame lo que se quiera. A lo más que pueden aspirar esos hombres prácticos, en el orden político, es a servir de técnicos. Pero los técnicos hartos hacen con colonizar las tierras que los políticos conquistan y los poetas descubren. "Cuando el mundo se desquicia -dijo José Antonio el 3 de marzo de 1.935- no se puede remediar con parches técnicos; necesita todo un nuevo orden. De este orden ha de arrancar otra vez el individuo. Oiganlo todo los que nos acusan de profesar el panteísmo estatal: nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, porque éste es el sentido de España, que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos." Este humanismo, de raíz genuinamente clásica, conduce a plantear la lucha contra el marxismo es su verdadero terreno. Porque no se trata de oponer una técnica a otra, ni una ley a otra, ni se resuelve la feroz discordia con una emulación puramente mecánica, en lo económico o en lo social. La trascendencia de la gran pelea de nuestro tiempo emana de los conceptos fundamentales que se ponen en tela de juicio. Nunca tan fundamental como el del hombre, considerado en su función terrena y en su destino sobrenatural. Lo demás es Sociología, y de la más barata.

Por ser clarividente José Antonio se dio perfecta cuenta de lo que se iba, de lo que tenía que irse, de lo que venía, de lo que debía venir. Su desinterés -el tercer don al que antes aludimos- depura su visión, porque muchos renuncian a ver aquello que les perjudica o disgusta. José Antonio venció, evidentemente, cuantas solicitudes pudieran distraerle del cumplimiento de su misión; incluso renunció a esa parte de patriotismo que parece convencionalismo o artificio. "Nosotros amamos a España -declaró en otra ocasión- porque no nos gusta... Nosotros la amamos con una voluntad de perfección." El patriotismo, a esta luz, se engrandece, iluminando el quebrado ámbito de los problemas nacionales. Y porque José Antonio reconocía en el hombre y en España su eterno e inmovible significado, pudo darse cuenta exacta de que la próxima lucha no se dividía en torno a unas urnas electorales. "No se planteará alrededor -afirmó otra vez- de los valores caducados que se llamaron de derecha o de izquierda; se planteará entre el frente asiático, torvo, amenazador, de la revolución rusa en su traducción española y el Frente Nacional de la generación nuestra, en línea de combate."

La predicción se ha cumplido. Pero el poeta y político, precisamente por serlo, arbitró en el alma de las juventudes españolas la reservas morales que, llegado el momento, había que movilizar. Movilizados están. Franco las conduce a la victoria. Y por un camino duro, pero ascendente, llegamos a la cumbre que soñó para su Patria el hombre a quien todos hemos visto transfigurarse en símbolo fecundo y puro.

(F. E., 20 de noviembre de 1.938.)

JOSÉ ANTONIO, EL POETA

Manuel Machado

Porque yo puedo hablaros de esto -oh, muy brevemente- y hasta contaros algo, al propósito, que poca gente sabe. Y en la vida de nuestro Ausente -hoy tan presente a través de la inmortalidad- no hay detalle ni fecha que deba pasar inadvertido.

... Fue por estos mismos días de noviembre del año 1929, y fue una de las primeras, acaso la primera vez, que -aparte de sus alegatos forenses- hablaba en público José Antonio. Se celebraba un suceso artístico y la magnífica sala de fiestas del hotel Ritz, de Madrid, estaba llena a rebosar de todas las aristocracias españolas: desde la de la sangre hasta la del cante hondo. La cálida palabra de joven orador, impregnaba ya de un dulce misticismo y como de un aura de profecía, penetraba candente en los espíritus y captaba, irresistible, no ya el difícil entusiasmo, la emoción cordial y sincera de aquél selecto auditorio. Cuando José Antonio descendió del estrado, entre ovaciones delirantes, don Miguel Primo de Rivera se acercó a su hijo. Y, al abrazarse aquellos dos hombres -muy hombres- había también lágrimas en sus ojos.

He recordado este acontecimiento -como contribución al homenaje rendido hoy a José Antonio- principalmente porque allí, en sus palabras, estaba ya a mi juicio, el primer eslabón de "la recia cadena intelectual que forjara el genio prodigioso y la capacidad "poética" de José Antonio", según la admirable frase -y exacta- de Raimundo Fernández-Cuesta.

Fue aquel su primer discurso un arrebatado panegírico de la Poesía como norma cardinal de la Vida.

Conocía de sobra José Antonio toda la noble y benéfica influencia que en el mundo y en la misma naturaleza ejercen el número y la rima, cual es el prestigio irresistible de la música. Y hubiera sido, de proponérselo, un admirable poeta del verso, un gran lírico.

Pero él sabía también que en su más alto concepto la palabra "poesía" significa "hacer", "acción", "creación". Y que en este sentido Dios mismo es el sumo Poeta por cuando el Hacedor supremo.

Y a esta poesía, creadora y activa de signo positivo, fue a la que José Antonio se entregó -cuerpo y alma- en una vida clara, toda belleza, desde el principio al fin y que no conoció la fría vejez. Y aparte en plena juventud le alcanzaron el martirio y el sacrificio por su España idolatrada... pero antes ya nos la había el inundado de "azul" y había dicho:

"A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ay de aquel que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete."

Y esas palabras -que son todo José Antonio- se han de grabar, con hora, en la portada de la Nueva Historia de España.

(A B C, 20 de noviembre de 1938)

JOSÉ ANTONIO Y EL SENTIDO DE LA HISTORIA

Pedro Laín Entralgo

Cada vez que la guerra trae un giro nuevo o la vida de la retaguardia muestra un lance político que contraería deseos o previsiones, dibújase en muchos de los españoles dos posturas ante la Historia, por encima de las cuales -a mi entender- debe estar el Nacionalsindicalismo. Tal vez valga la pena hablar un poco sobre ellas ahora que todos sentimos sobre nuestras cabezas el viento tremendo de una decisión histórica sin precedentes.

Una de las actitudes consiste en atribuir consecuencia rigurosamente lógica -pensando con la lógica ideada por los hombres- al acontecer histórico. Unas veces, el hombre atribuye a su voluntad la influencia determinante sobre los sucesos de la Historia. Otras, piensa y cree en una voluntad superior a él, pero por él conocida. La historia adquiere entonces una especie de consideración matemática y los siglos se convierten en teoremas gigantescos dentro de los cuales son los acontecimientos como períodos obligados de una demostración rigurosa. " Tales " premisas históricas deben dar lugar a " tales " resultados. Así ocurre en las épocas de racionalismo exclusivo o dominante, aun cuando tal racionalismo vaya a veces disimulado bajo la palabra Providencia. Cuando Boussuet escribió su " Discurso sobre la Historia Universal ", cuyo entronque con la " Ciudad de Dios " agustiniana no puede hacerse sin ninguna reserva, todos los acontecimientos parecían influir por canales predestinados hacia el término final de la Monarquía absoluta de Francia. Max Schéler ha escrito sobre esto algún sabroso y agudo comentario. Del mismo modo, cuando Carlos Marx, racionalista al fin en su materialismo dialéctico, predecía la dictadura del proletariado como término final de su concepción de la Historia, los hechos se irían a los hechos con la apariencia de un rigor análogo al de todas las leyes nacionales. No es que yo, católico, mida por un mismo rasero estimativo a Bossuet y a Carlos Marx, es que yo, nacionalsindicalista no admito que la Historia tenga la Times New Roman">Otra postura equivocada, seguramente más peligrosa, consiste en pensar que la contingencia o el acontecimiento históricos poseen absoluta originalidad. Entonces, la Historia -en lugar de aparecer como sucesión matemática- es a modo de torrente de acontecimientos regidos por las falsas leyes del azar. En definitiva, esta es la posición del revolucionario puro, el cual se acerca más que ningún otro al anarquista. Pero el germen de una creencia tal, existe en muchos que distan leguas de considerar anarquistas. Para todos ellos, la libertad humana alcanza monstruosa hipertrofia y cada generación, por el hecho de actuar sobre su tiempo, cree poseer la clave y el dominio de toda la Historia que ha de seguir tras ella. Cualquiera que recuerde la significación histórica del movimiento que en Alemania se llamó Sturm und Drang, advertirá claramente que, dentro de su romántica belleza, encerraba como núcleo ideológico la improvisación en lugar de la norma. Esto es, una deificación monstruosa de la libertad humana. En tal caso, no rige la tradición ni el ejemplo de los mayores, cuya ejemplaridad es referida a " otro mundo ", y en consecuencia reconocida inválida. Si pudiese darse en la realidad la democracia perfecta -lo cual es imposible; todo el mundo sabe que las llamadas democracias liberales son tan sólo sucias mistificaciones de lo que proclaman ser- tendríamos una imagen de ese modo de

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

entender la conducta de los pueblos, con un plebiscito electoral para cada posibilidad histórica.

La verdad humana está sobre una y otra de dichas actitudes: sobre la fatalidad y la improvisación. El hombre es libre, pero no absolutamente, sino sólo dentro de sus posibilidades. Los pueblos son también libres -a través, desde luego, de sus hombres conductores-, lo mismo en las llamadas democracias que en las épocas cesáreas, pero únicamente dentro de ciertos límites. La historia tiene grandes esquemas de validez universal, pero el pormenor de los sucesos que forman la trama menuda de tales esquemas está sujeto a contingencias humanamente interminables. He aquí unas cuantas verdades a las cuales debemos atenernos cada vez que nos situamos ante sucesos históricos, nuestros o ajenos. Este es el sentido que alienta en las mejores lecciones de José Antonio. Cuando, por ejemplo, nos prescribía buscar ejemplo en nuestros mayores -cuando ellos fueran ejemplares-, con ánimo de adivinación y no de plagio. Cuando dijo: "Queremos que los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino"; enlazando con magistral sabiduría la voluntariedad del querer con la providencialidad del destino. Cuando, en fin, escribió estas otras palabras: " La revolución no es el pretexto para echarlo todo a rodar, sino la ocasión quirúrgica para trazarlo todo de nuevo con pulso firme, al servicio de una norma." Lo que en la palabra revolución hay de libertad violenta y ambiciosa, se coloca en José Antonio al servicio de un católico destino, de una norma integralmente humana. Y no otro es el sentido que alienta en la entraña de todos los dichos y todos los hechos del Caudillo. Tales son las verdades por las cuales nosotros, los nacionalistas, superamos la disyuntiva entre fatalidad e improvisación, con las cuales hacemos impetuosa y pacientemente, como con palabras del viejo Platón dice nuestro juramento, la historia de esta hora española.

(Patria, 20 de noviembre de 1938.)

JOSÉ ANTONIO: EL HOMBRE

JOSÉ ANTONIO O EL REALISMO ESPAÑOL

José María de Areilza

No es seguramente el mejor sistema para obtener de las figuras señeras de la historia enseñanzas de ejemplaridad, convertirlas en ídolos, mitos o dioses. Gana con ello acaso la belleza legendaria de los grandes hombres que fueron en los siglos del paganismo y se enriqueció la mitología con un nuevo miembro. Pero las lecciones de singular trascendencia que puedan derivarse de la vida excepcional de los españoles insignes que fueron se hallarán en riesgo de ser ineficaces o por la distancia a que su exaltación colocaba la normalidad media de la vida cotidiana o porque de su interpretación, hecha acaso de un modo caprichoso, puedan deducirse consecuencias adulteradas. Ocurre con esto como con las páginas del santoral cristiano. Un relato demasiado sublime de la figura del Santo es, a veces, por suprahumano, ineficaz del todo y arroja sobre el lector el volumen de la desproporción inalcanzable y con ello desanima a la virtuosa imitación.

Decimos esto en la propia fecha en que toda España, la nacional y, a través de los resquicios que el terror rojo deje libres, la otra se viste de luto para conmemorar el aniversario del fusilamiento de José Antonio en la cárcel de Alicante. Cuando las más altas jerarquías del Estado Nacional, del Movimiento y del Ejército le rinden el público y justísimo homenaje debido a su memoria. Cuando en el cuartel y en la fábrica, en el taller y en la escuela la silueta del fundador de la Falange Española sirve de tema central a la meditación de todos los españoles. Y lo decimos porque si acaso se quisiera atinar con la más característica de las virtudes del que fue guía y capitán de la juventud española, habíamos de señalar como fundamental la de su profundo sentido humano, la de su íntima y alta fórmula de la ponderación. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que no hirviera su alma en pasiones altas y nobles, a las que se daba en servicio generoso. Tenía, además, la irresistible fuerza de la exaltación fría y racional. Era, en suma, "un hombre que dentro de sí mismo había superado, en un soberano sometimiento espiritual, la inclinación al arrebatado intransigente o al desequilibrio pasional, que tan frecuentemente son con la envidiosa maledicencia, los vicios característicos del español.

A una figura así, enemiga de todo romanticismo, sereno, decorosa, elegante en la más noble acepción de la palabra, no se la puede servir después de muerta sino en actitud imitativa ante la propia historia, ante el pasado, ante el porvenir de España. Convertir en lo futuro el culto a su memoria en una Orden semireligiosa, consagrada exclusivamente a evocar episodios de su vida política, es caer precisamente en el pecado romántico, en la morbosa delectación, que agosta las mejores energías, y que él tanto combatía. "No interesa tanto, mirando al pasado, lo que hicieron nuestros reyes o nuestras grandes figuras históricas en esta o aquella coyuntura, lo que importa es adivinar lo que hubieran hecho de ésta o la otra circunstancia contemporánea"- dijo él mismo a los que se quedaban vueltos de espaldas, como la estatua de Lot, mirando con nostalgia al pasado. Adivinar también cómo habría él de razonar si viese, ante cada problema que la guerra

actual y la revolución nacional futura nos presenta, ha de ser la primera obligación y consigna de este homenaje perenne a su memoria.

Porque José Antonio era también y sobre todo, hombre moderno, hombre de su tiempo. "Amamos a España porque no nos gusta", repetía constantemente en oposición al patriotismo lírico y chabacano, que se olvidaba de los problemas reales de nuestra Patria. "Porque no nos gusta." El mismo grito de Larra, hace un siglo, y de Jovellanos, unos años antes, y de Cadalso, y de Saavedra Fajardo, y aún de Quevedo. José Antonio sentía la conciencia de España proyectada ante el universo, pero conocía tan bien, con su aguda clarividencia, la magnitud de nuestras propias limitaciones. Singularmente, la realidad dolorosa de nuestra independencia como pueblo, de nuestra despoblación como país, para defender nuestra libertad en el mundo. Por eso su patriotismo era un concepto total por encima de banderillas, partidos o grupos, superior a intereses de clase, comarca o región. Por eso también, como hombre moderno que era, se percataba de los problemas vivos, auténticos, del país, y su contemplación a la fría luz de los hechos nacía su gesto disconforme, como ya en la historia se había asomado a la pluma de otros españoles insignes. José Antonio comprendía perfectamente que para que España realizara su unidad de destino en lo universal había que capacitarla con la técnica moderna, había que elevar el nivel de la población, singularmente de la campesina, había, en una palabra, que modernizar el país, ya que no en su espíritu, que era heredero de la mejor posición espiritualista ante los problemas del mundo, si en los medios instrumentales para defender y afirmar su personalidad en el concierto de las naciones. Profunda enseñanza de realismo político. En esto se situaba en la gran trayectoria del pensamiento, de la cultura y de la tradición española. Que realista fue nuestro arte desde los bisontes de la Cueva de Altamira hasta los retratos sarcásticos de Goya pasando por las momias que pintaba Valdés Leal. Realista nuestra literatura desde las estrofas de Mío Cid, que huelen a campo y a paisaje, hasta los bocetos en relieve del Quijote. Realista nuestra filosofía, desde Vives y Vitoria hasta las angustias de la resurrección de la carne, de Miguel de Unamuno. Y realista, en fin, nuestra mística, desde Santa Teresa, con su minuciosidad casera, hasta Iñigo de Loyola, psicólogo implacable y conocedor profundo del corazón humano. También de Fernando el Católico hasta José Antonio hay esta continuidad de pensamiento político, la de invertir los términos vulgares y en vez de soñar la España imposible, pensar, apasionadamente, en la realidad de la España posible.

José Antonio fue asimismo creador de lo que se ha llamado, acaso con excesiva insistencia, un estilo. Pero, ¿qué es un estilo? Nosotros creemos que es, sobre todo, manera de ser, idiosincrasia propia. José Antonio, poseedor de un excelente gusto literario, fue el indiscutible creador de una porción de fórmulas nuevas, que eran como las futuras máximas del nuevo patriotismo. Éste fue, acaso, el más considerable de sus aciertos: el estilo nuevo. Goethe, en uno de sus diálogos con Eckermann, se preguntó: "¿Qué es lo nuevo?" Y se contestaba, acto seguido, diciendo: "Lo nuevo no es sino mirar desde un punto de vista distinto las cosas eternas." Así, José Antonio, con su estilo propio, al afirmar su propia fe en los destinos de España y en el quehacer común de los españoles al hablar de cosas eternas de nuestra vieja y gloriosa Patria, exhumadas de nuevo en un lenguaje en que la justeza y el dolor de muchas nobles ambiciones nacionales malogradas ponían sus matices. Aprendamos, pues, hoy, de su modo de ser, la lección de sobriedad literarias que nos ofrece. Seamos parcios y no tratemos de envolver en retórica o en mala literatura la falta de resolución o el desconocimiento al acometer los problemas de España.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

La providencia nos reserva a veces singulares destinos en nuestra historia. A José Antonio Primo de Rivera lo eligió para fundador y guía, pero también para morir en los umbrales de la Patria renaciente que él profetizara. Nada parecía augurar en él la terrible condición de predestinado al sacrificio. Recuerdo haber oído de sus labios, cierto día, la declaración espontánea e íntima de que veía con absoluta nitidez y perfecta seguridad las grandes líneas del futuro Estado español y el desarrollo de los principios que formaban su programa de revolución nacional. "No veo, en cambio, con tanta claridad el camino para la conquista del Estado", afirmada. Su pensamiento, ya en sazón, se concentraba en la articulación de unos quehaceres urgentes y llenos de plenitud nacional para España. El camino para llegar a la meta no le seducía tanto como tema de meditación, como todo hombre que está seguro de poseer la fuerte convicción de su propio triunfo.

Una guerra de magnitud colosal, vinculada al panorama internacional europeo, nos ha sido necesaria para la redención definitiva de España. En cambio, le exigió el destino el sacrificio máximo de su existencia, dejando a la juventud española la estela de su heroísmo para añadir a las virtudes ejemplares de su vida.

Pero él, realista en política, nos hubiera dicho, señalando a Franco, Generalísimo y Caudillo: "Ahí tenéis a vuestro capitán que alcanzará con la victoria por las armas días de bienestar y de justicia para nuestra España."

(El Correo Español. El pueblo vasco, 19 de noviembre de 1938)

JOSÉ ANTONIO: EL HOMBRE

FALANGISMO Y TRADICIÓN EN JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

José Pemartín

Hablar o escribir de los muertos y me ha parecido siempre algo de profanación o de sacrilegio. Sólo el lenguaje interior, el que añora en el sagrario del recuerdo, es puro y digno de ellos. La literatura, que todo lo falsea, debiera detenerse ante la muerte, clave de la vida. Pero ante una muerte excepcional que conmueve a una nación entera e influye tan fuertemente sobre la herencia de nuestros muertos sagrados, cabe tal vez la excepción y puede entreverse religiosamente la puerta secreta de la memoria.

Para mí, José Antonio es José Antonio Primo de Rivera. El quitarle su apellido puede que convenga a otros, a la política o a España; yo no lo sé hacer. Estirpe ilustre y nobilísima, con el sello de los grandes destinos, soldados, labradores, monjas, gobernantes, héroes... el nombre Primo de Rivera queda clavado en la Historia de España con nobleza y gloria insuperables; quede así para mí. De este joyel de gallardía, de bravura, de heroísmo, de abnegación, de simpatía, de generosidad, de inteligencia, que es la familia Primo de Rivera. José Antonio surge como una valiosísima piedra preciosa, de luces puras, aristocráticas, exquisitas, con las finas aristas de una inteligencia clarísima, que a fuerza de clara llegaba a ser triste, tallada delicadamente por el cincel de Dios.

¡Tristeza de José Antonio Primo de Rivera! Príncipe de los altos y melancólicos destinos. Pesadumbre de adolescencia sin madre, de hijo de gran hombre, herida filial de la ingratitud de España, herida intelectual de los miserables enanos, universitarios y periodistas pedantescos, herida sentimental de amores románticos...

Y por encima de este ser de exquisito, aristocrático, refinado, amante de mesa delicada y de cuidada literatura, de paradojas intelectuales y de realismo clásico, de castillos confortables ingleses y de ásperas elegancias castellanas, aquel salto de pantera en el hemicycle de las viles Cortes de la vil República, para abofetear a los insultadores de su padre. Y aquel salto a la intemperie en la noche oscura y sin luceros aún en el negro abismo vespéral del Destino de España...

Hubo un José Antonio fino, melancólico, inteligente, algo escéptico, elegantemente estoico, caballero de la mano al pecho, de ojos azules -el azul de los Sáenz de Heredia-; hubo otro José Antonio fuerte, enérgico, amante de la vida y de la acción, ferviente, audaz, ambiciosamente aventurero -lo moreno de los Primo de Rivera, la llama de sol andaluz.

Yo conocí, sobre todo, íntimamente, largamente, al primero; al aristócrata, al intelectual, al exquisito. Al segundo sólo a rasgos, en ya cada vez más raras y cortas veces...

La última vez pasó toda la tarde conmigo, solo a solo. Fue, creo, por mayo de 1935, recién venido de Inglaterra. Los dos José Antonio forcejeaban en uno. Hablábamos de

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

los castillos ingleses, de la tradición española, de Trento, de la oscuridad del Destino, de la decadencia de Occidente, del fascismo, de los estudios en Alemania...

"No se puede -predecía- en el siglo XX, aceptar la decadencia y sumirse en una nueva Edad Media como en el siglo XV: esta "no aceptación", es el fascismo."

Después... La despedida en la estación, con Sancho Dávila, Servando Meana - vicepresidente de Renovación Española en Sevilla y valiente abogado defensor de los falangistas entonces- y después no lo volví a ver más...

Si José Antonio viviera estaría en el frente, mandando la primera línea Falangista y Requeté, sin otra preocupación que la guerra, la guerra y la guerra...

Porque era José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, tercer marqués de Estella, Caballero de Santiago y Grande de España. Era la viviente y nobilísima Unificación de la Tradición y el Falangismo español.

(Diario Vasco, 22 de noviembre de 1938.)

JOSÉ ANTONIO: EL HOMBRE

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, ABOGADO

Antonio Goicoechea

I

Lo fue y de cuerpo entero. No se atribuía tal afirmación a la intención de aventurar un póstumo elogio, sino más bien al deseo de reconocer la evidencia de un hecho, expresivo para muchos de defecto grave. Los abogados, como tales, no han solido tener un conjunto de plumas devotas o simplemente propicias, dispuesto, a convertir los fracasos en éxitos, a cantar las hazañas, apenas realizadas, o presumirlas antes de que se realicen.

Los literatos no han solido, en efecto, mirar con simpatía a los que ejercen el magisterio del foro, al que Cormenin no quería llamar ni siquiera profesión. No es caso aislado el de la sátira despiadada contenidas en Les Plaideurs de Racine: se trata de un viejo rencor, gracias al cual, los abogados aparecen en la vida novelesca situados siempre en las vecindades del patio de Monipodio y después de la muerte en aquel octavo círculo del infierno que Dante reservaba para los embaucadores, los falsarios, los charlatanes y cuantos de la justicia hicieron ilícito comercio.

En España, después de 1898, fue moda compartir el laborismo. El escritor quizá más original de aquella época, Ángel Ganivet, habla de las demás profesiones con respecto; de la de abogado, con ira. Cuando los enumera, hace siempre preceder la cita, de un " hasta ", despreciativo... " Hasta los abogados "...

Henri Robert, una gran figura del foro francés, hace un año desaparecida, al tratar de penetrar las causas de tal malevolencia, las hallaba, en la igualdad de asuntos y la desigualdad de móviles que obligan a literatos y hombres de ley a ocuparse de las mismas cosas y a tratarlas de manera diversa. En un conflicto pasional o en un problema psicológico íntimo de los que suelen salir a la luz en las novelas o ser objeto de confidencia en voz baja en los despachos de los legistas, el literato y el abogado no pueden estimar y considerar de igual manera idénticos asuntos. Sería para ello necesario que la finalidad perseguida no fuera opuesta: en el uno, crear belleza; y en el otro, servir el interés de un cliente. La literatura es una gran fuerza de impulsión; una gran fuerza conservadora, espíritu jurídico. Como una novela, en una oración forense, ofrécese a los lectores o a los oyentes, trozos o episodios palpitantes de la compleja y heterogénea vida humana: así la enemistad y el recelo han nacido de una inevitable competencia. El prevalimiento de la toga, necesario y saludable, no depende, en definitiva, más que de la toga misma. Los hombres de ley que se sienten valerosos y dignos, se envuelven en su vestidura profesional como en un manto real; los acometidos de malas pasiones o de invencible cobardía, la llevan, en cambio, sobre los hombros como una librea de lacayo.

II

José Antonio, muerto alevosamente en plena y espléndida juventud, cuando aún no había podido corresponder a las esperanzas en él depositadas, y rendir a la Patria el fruto revelador de la potencialidad suprema de su esclarecida inteligencia, se esforzó y se complació en hacer de su profesión, más que un modo de vida, un ideal, una especial complejidad espiritual; una compañera eterna para los buenos como para los malos días; un vehículo elegido para exteriorizar y mostrar al mundo lo mejor de su espíritu.

Su testamento es, a tal respecto, de una ejemplar y confortadora enseñanza. No hace en las vísperas de su muerte, referencia a su profesión para renegar de ella ni siquiera lamentarse de haberla abrazado. Sino para reverenciarla con delicado y casi filial homenaje. " Me defendí -dicen aludiendo a su proceso- con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. "

Sólo una mirada superficial podrá descubrir contradicción entre la postura gentil, romántica, acometedora y gallarda de un jefe revolucionario y la ecuanimidad y el reposo característicos y tradicionales en el hacer jurídico.

No descubriría tal contradicción un conocedor despierto del corazón humano y de la especial textura mental que engendra la práctica diaria del derecho. El abogado que, como José Antonio, anhela y sabe de verdad serlo, no suele convertirse, en lo íntimo de su alma, en esclavo de la ley escrita, sino, por el contrario, en rebeldía contra el excesivo localismo, reputado por él como cinturón opresor que le ahoga y le priva de libertad de acción y de desembarazo en los movimientos. En el ánimo del varadero jurisconsulto, lo que se forma y a diario se robustece, no es un criterio de sumisión ciega a lo escrito, sino un ideal de justicia absoluta que sobreviva a las variaciones de las leyes y a la natural inestabilidad de las reglas más sólidas y seguras. Nadie mejor que los perfectos conocedores de lo que es, experimentan la necesidad de su reemplazo y sabe enseñar, con lo que debe ser, cuyo sabor de mieles paladean a diario.

Tampoco podría en justicia reputársele, juzgando de él por sus informes y por sus discursos parlamentarios, como un orador romántico, dentro de la clasificación literaria, un tanto convencional que define el romanticismo como una rebelión de la inspiración contra las reglas; de lo espontáneo contra lo artificial; del colorido natural contra los afeites; el espíritu contra las formas.

José Antonio procuraba y logró ser, como orador, no un romántico, sino un clásico. Sus fórmulas políticas, las definiciones sintéticas, generalmente afortunadas, en que consiguió encerrar "el substrátum" de sus pensamientos, responden fielmente al deseo de obtener, con una depuración constante de la forma, la sobria y concisa gravedad del estilo forense.

Enamorado de la elegancia en el decir, fue en sus escritos y discursos un consumado horaciano. Don Juan Valera, en el notable prólogo con que enriqueció el admirable estudio de Menéndez y Pelayo sobre los imitadores españoles de Horacio, dirigía al lírico latino una censura no exenta de justicia y de verdad. Sin regatear sus elogios al arte, primor y severa concisión de la manera horaciana, hallaba, sin embargo, que, sobre todo, debían resplandecer en la obra literaria (y aún más en la oratoria, singularmente en la política) la pasión y el entusiasmo, y que en Horacio faltaban los más limpios y fecundos manantiales de ese fuego. Horaciano, sin duda, José Antonio, en su manera de

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

expresar y de concebir lo expresado, no debe alcanzarle en estricta justicia el reparo que a los escritores y oradores de su escuela dirigía Juan Valera.

Exquisito en la dicción José Antonio fue, como orador forense y como orador parlamentario, consumado y selecto artista. Gracias a serlo consiguió verter sus ideas en estilo claro, definido y seguro, sin decisiones y sin brumas, y eludir la general característica del pensamiento contemporáneo, a menudo enamorado del ensayismo en las formas, por estarlo también del pragmatismo en los conceptos.

Jamás prostituyó su forma de expresión con una concesión siquiera a la novedad del estilo, a la extravagancia de pensar o la grosería del ambiente. Jamás fue su lenguaje balbuceo revelador de la indecisión o del embarazo para escoger entre ideas opuestas. Supo revestir su palabra de la elegancia natural que consiste en la propiedad del verbo, en la precisión y justeza del adjetivo y en el empleo de un léxico de alcurnia, adaptado en sus matices y tonos a la especialidad de cada asunto.

Y su sistemática manera de vestir con austeridad castellana su pensamiento; su deliberada renuncia, en la arquitectura oratoria, y a todo atrevimiento incompatible con la rectitud de las líneas y la sencilla curvada de medio punto en los arcos, no estaban para advertir en su espíritu un lado romántico y una fuente de pasión a menudo torrencial y desbordada. La fuente no es otra que el patriotismo, un patriotismo pretérito y tradicionalista, un culto pleno de admirativa devoción a los " Caballeros de la Cruz " que en España nacieron y lucharon: un rescoldo de sincera sentimentalidad, medido con estrecha y escrupulosa conciencia, sin desenfreno fanático ni ciegas y desbordadas hipérbolos.

El horaciano llegaba entonces a ser, frente al magno asunto de la Patria, altísimo poeta, con sentimiento hondo, no entregado a sí mismo y a los vaivenes desordenados de la expiración, sino depurado y sometido a la selección, a medida y a regla...

(Diario Vasco, 22 de noviembre de 1938.)

JOSÉ ANTONIO: EL HOMBRE

PRIMO DE RIVERA EN EL ESCAÑO PARLAMENTARIO

Francisco Casares

No creía José Antonio Primo de Rivera en la institución parlamentaria. En la concepción de la falange no cabían ni la idea de sufragio ni la de la inútil polémica. Era, en su interpretación y en su anhelo, el parlamento, la quinta esencia del régimen liberal que los nuevos conceptos, por Él estimulados, negaban. Y sin embargo, fue Parlamentario. Y actuó con tenaz asiduidad en el Congreso. ¿Por qué? La explicación, sencilla y clara, la dio el mismo Primo de Rivera muchas veces. Para el creador de innovaciones políticas, para el que formula una doctrina y toma sobre sí el quehacer de llevarla a la práctica, los instrumentos de la que ha de desaparecer, son aprovechables. Para el jefe de la Falange el Parlamento no podía nunca ser un fin. Pero era, sin duda, un eficaz medio.

Había que dar la batalla a las viejas ideas. Era preciso enfrentarse, para demolerlas, con las antiguas doctrinas. Y, para ello, el mejor procedimiento era el de tipo directo: el de acudir al terreno en que el adversario se emplazaba y plantear allí la batalla que, por el momento, sólo podía liberarse con las armas de la dialéctica. No había contradicción entre el pensamiento y la actitud. Para batir al enemigo, cuando éste se hace fuerte en sus propios baluartes, no hay otro arbitrio que el de exaltarlos. Y fue en el Parlamento mismo, en el teatro de la farsa democrática, donde se lanzó, fina y sutil en la forma, vigorosa y certera en el contenido la palabra impresionante de aquel hombre singular que se señaló la misión de enderezar los mejores ataques polémicos contra todo un sistema tristemente enquistado en el espíritu y en la vida de España.

Fue, además, Primo de Rivera un buen parlamentario. Ello no es, ciertamente, nada extraordinario. Su claro talento, su perspicacia, la rapidez de comprensión el prestigio de una expresión elegante y rica en el concepto, la autoridad moral desprendida de una ambición plenamente nacional, el refrendo de sangre de sus amigos y de sus camaradas en la lucha simultánea de la calle, el acelerado ascenso a las zonas de la popularidad, la identificación con los mejores anhelos de una juventud, le daban una excepcional dotación de facultades y elementos para imponerse sobre el conjunto gregario y de escaso nivel de aquella Cámara, que simbolizaba los más acusados descensos morales del país. Hasta sus enemigos tenían que inclinarse frente al fenómeno infrecuente de una voz sazónada de razón española, y empleada como vehículo de la más noble pasión. Cuando José Antonio pedía la palabra, recorría el hemiciclo ese rumor sordo como casi incoercible, pero perfectamente típico, que precede a los momentos emocionales. Cuando se ponía en pie, ante su escaño, para decir sus definiciones y construir sus réplicas, se producía el característico y silencio con que las asambleas evidencian un interés y una curiosidad. Los escaños se poblaban. A las puertas y a los espacios cercanos a la mesa presidencial, acudían en tropel los diputados de las más diversas tendencias. En las tribunas se acallaban las charlas distraídas que acusaron indiferencia o desgana. En los pupitres de los redactores de prensa se advertía la atención y la vigilancia de lo que podía elevar en dignificación -aunque el hecho inspirara notorias mortificaciones- del debate vulgar, o la discusión emplebeyecida.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

José Antonio hablaba en nombre de un sentimiento español. Llevaba allí el pensamiento de esas mismas multitudes que luego han sido cimiento y base de la más fecunda reacción popular. Sin minorías compactas que le respaldaran; sin votos copiosos que sirvieran, en el trámite práctico, su idea o a su actitud; aislado en la incomodidad de un ambiente matizado por sensibles hostilidades; con la gallardía de su razón impecable, no silenció una estimación, ni ahorró un peligro. Y la misma heterogénea agrupación de sectarios, de advenedizos, de egoístas, tuvo muchas veces que dejar paso a la impresión invencible que producía la voz joven y certera de quien, fuera de los arbitrios clandestinos y de las subterráneas preparaciones, no llevaba al recinto parlamentario otro designio que el de clavar en la conciencia de España, por medio del altavoz inexcusable, las convicciones de la compostura próxima, la sensación aliviadora del remedio cercano, y la respuesta precisa al desenfado de los detentadores.

Fue un orador parlamentario de singulares condiciones. No se dejó ganar por el ambiente. Ni se entregó a las normas habituales. Ni quiso compartir los modos de una escuela en vejez esterilizadora. Habló con su propio estilo, que fue acaso uno de los factores decisivos de la sorpresa, primero; del respeto, después, y de la admiración inevitable, por último, en vencimiento de propósitos y prevenciones. Su palabra fue, como en el discurso ante los auditorios cuantiosos, elegante, recortada, persuasiva. Nunca el recurso oratorio vulgar, ni la frase procaz, ni la teatral exaltación. El recogimiento, más espontáneo que amable, de la Cámara, facilitaba un tono quedo, sin descomposturas. La vivacidad constructiva daba acceso, en el momento oportuno, a la réplica aguda, frente a la interrupción de intenciones malévolas. En cada discurso - generalmente breves estas intervenciones parlamentarias del fundador de la Falange- un pensamiento capital, una fijación certera de criterio y una pieza de perfecta continuidad en el engranaje progresivo de una línea política. Los enemigos de José Antonio -y no lo eran, en el área del Parlamento y de la política, sólo los de la avanzada extremista- tenían que rendirse. Y la confidencia, que no tenía la gallardía de la pública exposición, se esmaltaba frecuentemente con el elogio para quien, fuera del ambiente de sus predilecciones y adentrado en las parcelas de su mayor hostilidad, buscaba al enemigo en su propio campo y aprovechaba el vehículo posible para comunicarse en frecuencia, que de otro modo se le presentaba en interdicción gubernativa con España y con sus juventudes.

No creía en el Parlamento. Lo utilizó como recurso. Pero en él, en todos los acotamientos de la vida nacional que pudieran ser útiles a su afán -quebrado en sangre hoy hace dos años- supo alcanzar las cotas de mayor elevación. Aquéllas cuya altura miden mejor que ninguna otra unidad de dimensión, el odio implacable, el natural recelo, y la explicable aversión que despertara en los medios mefíticos quien representaba nada menos que el impulso que supo iluminar los horizontes históricos de España.

(Diario Vasco, 22 de noviembre de 1938)

JOSÉ ANTONIO: EL HOMBRE

LA IMAGEN QUE SE AGIGANTA

José María Salaverría

Si sus enemigos, al matarle, pretendieron hacerlo desaparecer y liberarse de un rival poderoso, la equivocación fue ruinosa, porque José Antonio Primo de Rivera está hoy más vivo que nunca, y precisamente en el mundo de las almas. Su presencia ilumina y llena la región de los espíritus; se le siente moverse entre los españoles, presidir su afán, enardecer sus pechos, y aumentando cada día en su torno la muchedumbre numerosa de sus fieles, en realidad está ganando las mayores batallas, y las más eficaces.

Yo le conocí personalmente en una circunstancia bien curiosa. Eran los tiempos malos de la República, cuando José Antonio, en los tormentosos preliminares de la organización de la Falange, tenía que andar poco menos que a tiros por esas calles de Dios. Empezaba a ser una personalidad famosas y yo le pedí en una carta que me concediera el favor de una interviú para una revista de Buenos Aires. Pero con gran asombro mío y rompiendo con las costumbres usuales, en lugar de llamarme a su casa, se presentó él mismo en la mía, prestándose a facilitarme el artículo en una conversación libre, animada, sencillamente amistosa. Aquel movimiento suyo de modestia y gentil deferencia me conmovió profundamente.

Entonces comprendí hasta qué punto el joven luchador se hallaba armado con las mejores excelencias: cultura, facilidad de palabra, maneras distinguidas, cordialidad y discreción. Pero es que además trascendía de su persona un don de simpatía, una virtud de atracción que era acaso la fuerza principal con que contaba para atraerse las muchedumbres. La primera vez que se presentó en el Parlamento, cuando las intemperancias y brutalidades de la República hacían peligroso el ambiente en las Cortes, todos le vieron aparecer con respeto y curiosidad, y los más impetuosos izquierdistas, los más desvergonzados y canallescios “jabalíes” escucharon en silencio su discurso. Había conquistado la beligerancia de sus enemigos sin emplear ninguna deliberada astucia; nada más que con su talento y su franca juventud y con su cautivadora simpatía.

Este es el don que los políticos estiman particularmente, y que hacen grandes sus esfuerzos por poseerlo. Pero lo poseen de precario y con los recursos de la simulación. Sobre todo en la última época del régimen parlamentario, nuestros políticos fingían una virtud simpática que al fin no engañaba a nadie; era un modo de simpatía que se limitaba a repartir distinciones, empleos y sobres cerrados de los cómplices y compinches.

De esta farsa estaba ausente, desde luego, José Antonio. El político que finge simpatía suele ser un escéptico, y por eso se le descubre enseguida la frialdad de la falsedad; y lo contrario ocurría en José Antonio; le saltaba tan espontáneamente al rostro la nobleza y el calor del alma, que la simulación del fingimiento hubieran parecido en él absurdos. Aquel rostro que, por demasiado juvenil, casi semejaba añorado; y al mismo tiempo, sin embargo, lo cubría con una expresión varonil nacida de una grave responsabilidad. El

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

recuerdo de su padre imponía gravedad a su vida, y acaso también la adivinación como religiosa de sacrificio trágico que su destino le marcaba.

Era de un linaje de señores. Su padre tenía gran señorío y, por consecuencia, el temperamento y el don natural del hombre de marido. Esta cualidad se decantaba o refinaba en José Antonio por su mayor cultura literaria, y también por un punto de mayor humanidad, fruto de su precoz entrada en los contrastes y experiencias de la vida. Armado así tan excelentemente, se presentaba en el turbulento escenario español con una esperanza feliz y como una promesa cierta de un gran conductor y disciplinador de muchedumbres. Prometía sobre todo convertirse en el estadista y el hombre de gobierno y a un mismo tiempo idealista y realista, cuando las pruebas y las responsabilidades del poder le hubieran facilitado la especial sabiduría del político y el gobernante en función de práctica actividad. Pero unas estúpidas balas cortaron en flor aquella promesa de una gloriosa madurez... Las balas aquéllas, sin embargo, no consiguieron herir su espíritu, ni borrar su memoria, ni impedir que su personalidad y su vida se agranden cada día ante nosotros con la aleccionadora dimensión de un magnífico ejemplo.

(A B C, 20 de noviembre de 1938.)

JOSÉ ANTONIO: EL HOMBRE

ACERCA DE JOSÉ ANTONIO

APORTACIÓN DECISIVA DEL CREADOR DE LA FALANGE

José Félix de Lequerica

Alguna vez he recordado como vi transfigurarse a José Antonio Primo de Rivera y pasar a mis ojos del joven grato, brillante prometedor político, a sujeto iluminado y capaz de obras excepcionales. Era almorzando en un Club de la calle de Cedaceros y al tercer comensal -éramos tres- hombre maduro y enemigo del Dictador, no procede ahora recordarlo. Debía ser hacia el año 33, antes de la fundación de Falange. José Antonio, apacible y de buen humor, habló de política durante toda la comida. Entonces, ante el horror de la República, sostenía José Antonio la tesis de que sólo procedía almorzar o comer, para frotar ideas e ir poco a poco preparando las fórmulas definitivas de oposición nacional. Pero al final del almuerzo se encendió, se puso en trance y con la terrible voz nasal de sus grandes cóleras nos dijo, poco más o menos: "Es preciso reunir tres o cuatro mil jóvenes decididos a morir, y atacar Madrid. Vosotros vendréis conmigo, y si retrocedéis os mataré a tiros. Nos apoderaremos de la capital. No hay otro recurso."

Era ya otro hombre el que hablaba. El viejo compañero de su padre y yo nos miramos con sorpresa, pero muy impresionados. No bromeaba nuestro joven amigo brillantísimo, mundano, grato. Aquella voz extraña que yo hasta entonces no la había oído y ninguna otra gran ira volví a escuchar, anunciaba propósitos formales. Era, además, difícil resistir a José Antonio, dotado de un decisivo poder de captación personal. Hombre más condescendiente, considerado y atento a las opiniones ajenas que él, no he conocido nunca, pero una vez metido seriamente en propósito de ejecución era inflexible y la amistad de la confianza cedían al imperio inevitable de superioridad, cuando se le veía dedicado "a ello". Así, pues, nos fuimos del Club, pensativos y con la impresión de haber encontrado -en la hora del más ridículo y condescendiente "inmediatismo"- un político español capaz de ver lejos y con el temple de alma adecuado a lo descomunal de sus propósitos.

Y ahí estuvo su fuerza. José Antonio, para emplear un galicismo, "vio grande ". Vio todo lo contrario de la inmensa mayoría de sus contemporáneos políticos, metidos en reformas, adaptaciones, aprovechamiento de lo existente, la necesidad de una nueva espiritualidad. El patriotismo estaba gastado, las fórmulas necias de disociación, en su apogeo. La resistencia noble de las clases sociales superiores, todavía fieles a los eternos valores, muy debilitada, no por falta de heroísmo personal, sino carente de fórmulas de comunicación verbal adecuadas al momento. Se empezaba el remedio por arriba en medios puramente de cultura, y era espléndido encontrarlo y triunfadora a la larga su acción sobre España. Pero quedaba por ganar la parte activa de las clases medias y cultivadas españolas, que tanto aportó al 14 de abril. Gentes de El Sol, de la Revista de Occidente, de la F.U.E., del desengaño republicano puro, del desengaño

populista al final. El elemento más difícil de atraer a una fórmula de reconstrucción española por su enfado casi personal con la monarquía, y con la Dictadura, abundante en sujetos hábiles y perspicaces, realidad, más que contable electoralmente, de una decisiva presión sobre el pensamiento medio español.

Y ahí sí que supo hacer prodigios José Antonio, centrado su esfuerzo en esa zona y alguna vez quizá sacrificándole mucho. Lo genial de su obra, la aportación capital del creador de la Falange, es haber conseguido, con la magia indiscutible de sus fórmulas y la grandeza atractiva de su figura, dominar ese mundo durísimo, arrancárselo a la República y la negación antiespañola. Hacer que los hijos de los fantasmas satisfechos del 14 de abril anduvieran a tiros en los pasillos de la Universidad contra los jóvenes republicanos o en las calles de Madrid contra los "chiviris" socialistas. Crear una elegancia hecha de cultura y heroísmo, capaz de arrastrar a quienes ya sólo veían la figura de España a través de inutilidades y apariencias políticas, económicas, guerreras, religiosas, caducas al parecer definitivamente el 31, y cedían sonrojadas ante la superioridad en distinción y gusto -parecía- de las posturas de izquierda o de sección catalanista. Frente al patriotismo de "Mari Focela" y la "banderita" modernizó sencillamente el culto a España.

Operación prodigiosa y que le justifica todos los homenajes perennes de su pueblo. Los ultras jóvenes que sólo han alcanzado el periodo de convulsión no pueden medir el esfuerzo de José Antonio. El sí, porque había vivido, a la época revuelta en que, al fin y al cabo, todo andaba en litigio, sino la consolidación y distribución definitiva -e inocua- a uno y otro lado del Padre de los justos y los precitos. A un lado lo académico, lo seco y acartonado, los uniformes de ceremonia que arrancan comentarios socarrones a los taxistas del libro de Foxá, lo caduco: entre el bric à brac España y su historia. Al otro, fórmulas ágiles y refinadas de comprensión para las sesiones y los socialismos y los anarquismos. Y perfectamente instalada entre la elegante quincalla, la revolución auténtica envuelta en flores de gusto depurado.

Que además este milagro pudiera hacerlo el hijo del "Dictador", enemigo de Unamuno, víctima de sus letrillas mordaces y todas las hojas clandestinas, bestia negra de los medios intelectuales, el mismo grande de España, título del Reino, gentilhomme con ejercicio, supera lo imaginable. Y da la medida de la enorme figura política de José Antonio.

Y es que tenía la grandeza clásica. Al aficionado a bucear en el mundo griego romano, al lector de Plutarco sencillamente, al gustador de las tremendas reconstrucciones antiguas de Shakespeare, se puede invitar a la busca de la vida paralela a la de José Antonio en la mejor antigüedad. Me parece, sobre todo, localizable en Roma. El mismo caso de Patricio joven, lanzado a la política sobre base popular, creando un tipo de demofilia que no es demagogia, pero dista ásperamente de las posturas senatoriales conservadoras y resistentes sin perjuicio de pactar con ellas sometiéndolas y sirviéndose de su poder, luego llegado a las cimas del mando y dando fórmulas renovadoras para ganar siglos para su Imperio, se da entre las siete colinas. Sila -el auténtico, no el de la leyenda-, Julio, Antonio, Octavio... no sé. Hay otros varios, además, donde elegir. Pero el perfil y aun la estatura toda de José Antonio son Roma pura. (Me gustaría una estatua suya vestido al modo militar imperial, como se hacían a los príncipes en el Renacimiento). Era un clásico. Innatamente, sin proponérselo. No por tener más

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

formación humanística que la desdichada de sus contemporáneos. Eso no sería un clásico, sino un erudito o un imitador.

Él era clásico por dentro. El testamento parece una de las grandes páginas de la antigüedad. Su contención de lenguaje, su administración sabia de las pasiones, su modo político de sofocar lo real y lo ideal, y ampliar la esfera de lo posible sacándolo del estanco de la vulgaridad son romanos sobre todo. Por eso a veces en la historia española, más que un continuador de las líneas de mando históricas nuestras, toma aire de precónsul que por un milagro hubiera evitado a España a las invasiones del Norte para salvarla como otro pedazo de Imperio, pendant en Occidente del de Constantinopla, sólo que más puro, más sin ornamentación.

"Historia es lo que ha pasado en Roma ", gustaba mucho de repetir Bainville, quien atribuía la frase al poeta catalán Morera, un señor mayor, fino y grato, que conocimos en el Congreso, hermano del pintor algariteño adoptivo. José Antonio, su gesta realizada, la previsible sobre todo sin la gran noche prematura, parecen haber pasado en Roma.

Por eso son historia.

(El Correo Español. El Pueblo Vasco, 19 de noviembre de 1938.)

JOSÉ ANTONIO: EL HOMBRE

JOSÉ ANTONIO: PERO TODO JOSÉ ANTONIO

José María Pemán

Luto nacional. Gasas negras en todos los balcones y dolor en todas las almas. No creo que habrá todavía quien se pregunte por qué. Sería villana la sola pregunta frente al caso palmario, frente a la evidencia dolorosa, de este muchacho que en la flor de la vida se lo da todo a la Patria: su santa cólera, su pensamiento claro, su decisión de servicio. Él metió rebeldía en muchos corazones jóvenes. Él dio a la violencia un sentido último: la apartó definitivamente de todos los sentidos cortos, ochocentistas -"pronunciamiento", "golpe de estado", "restablecimiento del orden"- y la disparó en un novísimo sentido de ímpetu estable, constructivo, hacia un recobro total de España.

¿Qué son muchos los que colaboraron a esta obra total y compleja que se llama el Movimiento Nacional? Ciertamente; y esta es su máxima garantía: lo que le asegura la plenitud de su objetivo "nacional", sin peligros de enfoques laterales o partidistas. En otros países los movimientos totalitarios han tenido, con geniales esfuerzos, que "nacionalizarse"; y en España, el Movimiento nació desde el primer momento "nacional"... pero en ese reparto de aportaciones a la gran síntesis nacional que es el Movimiento, a José Antonio le tocó una parte que, necesariamente, por su carácter de fermento, de ímpetu operante, de levadura, estaba destinada a dar a su creador categoría máxima de símbolo nacional.

El ejército, sin el que no había rebeldía nacional posible, necesitaba para la gloriosa decisión una seguridad de ambiente civil que la Falange de José Antonio le dio. Necesitaba algo que devorase todo escrúpulo de "pronunciamiento". El glorioso tradicionalismo español era, en su parte activa, un cuerpo de ejército más, que necesitaba la sublevación del resto del ejército; en su parte intelectual, una doctrina eterna, que necesitaba para ser del todo operante unirse a un estilo vivaz y realista. La magna obra cultural de los mártires de Acción Española -Maeztu, Pradera- era una construcción perfecta que necesitaba ágiles ruedas para caminar. A Maeztu le oí mil veces su preocupación por el "enganche" de sus ideas con la calle, o al menos con la elite en marcha. Le asustaba el hermetismo inoperante de todo cenáculo. Temía demasiado lento, para la urgencia de España, el paso de rodeo solitario de L'Action Française o del integralismo portugués.

Frente a este panorama certísimo, única verdad desapasionada y serena, ¿cabe actitud más pueril que hablar de "tuyo" y "mío" en ese glorioso colectivismo nacional del Movimiento, y presentar cuentas medir servicios y comparar muertos? Todos necesitaban de la Falange como la Falange necesitaba de todos; esa es la única y feliz verdad. La Falange fue para todo lo demás, complemento último, puesta en marcha. Se dice que "eran pocos". Naturalmente. Eran los que tenían que ser: pocos, jóvenes y rociados por toda España; como la sal, como la levadura.

Para no ver esto que es lo que explica la preeminencia nacional, simbólica, que hoy se da en la figura de José Antonio, hay que tener la mente nublada de prejuicios. Si se deja

uno llevar por una ingenua intuición política, todo parece claro, natural. A mí me basta leer los magníficos libros doctrinales de Maeztu o Pradera y los Discursos de José Antonio, para ver de modo evidente cómo se necesitan y se reparten la tarea. Aquellos son la doctrina; éstos son el manifiesto. En aquellos hay toda una arquitectura de ideas; en éstos una veintena de consignas agudas y decisivas. En aquellos libros, como en los cuarteles, como los centros políticos de la extrema derecha, se preparaba la sublevación. José Antonio estaba sublevado ya.

El instinto popular de los primeros días fue más certero que toda posterior disputa de méritos y prominencias. Dio a "cada uno lo suyo" con una magnífica precisión disyuntiva. Desde el primer momento se puso las fechas en la solapa, recortó de un diario el retrato de José Antonio, vitoreó con delirio al ejército y a Franco, exigió la bandera roja y amarilla y pidió la vieja Marcha Real. Esta fue la legislación espontánea del pueblo, seguida luego por la sabia legislación del Caudillo. Esta decisión homogénea, totalitaria, instintiva, donde a cada uno, Ejército, Falange, Tradición, se le reconoció lo suyo. Sin traicionar el 18 de julio no se puede poner pleito a esa exacta y espontánea partición.

Y en esa partición, desde el primer momento, a José Antonio le correspondió el retrato recortado y pegado con amor en la pared hogareña. Nacional fue, espontáneamente, su exaltación: como hoy, legislativamente, lo es su luto. Su puesto de profeta, de precursor, no se lo tuvo que inventar nadie. Se lo dieron todos el 18 de julio. Pero se lo dieron porque con inequívoco instinto percibieron todo lo que la figura y la obra de José Antonio tenía, con el Movimiento, de eso: de síntesis nacional.

Muchos no conocieron y admiraron de José Antonio más que lo más visible y ostentoso de él: el gesto, el brinco valiente, el puño duro. Ahora, al irse reconociendo sus ideas, van viendo que en ellas estaban, en consignas agudas, todos los fundamentos que hacían su puño, brinco y gesto, vehículos de una exacta síntesis nacional. Basta su definición del hombre como "portador de valores eternos" y de la Patria como "un quehacer en lo universal", basta su deseo de cimentar toda la política sobre el "respeto a la persona humana" que fue redimida por Dios, para hacerla, no sólo compatible con todos los elementos de esa síntesis, sino empuje operante de todos ellos". Estará ciego quien no vea que la idea de José Antonio está a cien leguas de todo estatismo, de todo nacionalismo, de todo paganismo: de todos los peligros de los regímenes totalitarios laterales y parciales. Por la fuerza secular de la tradición cristiana española, aséptica y limpia, por obra de inquisidores, reyes y teólogos, nace teniendo resueltos los problemas que van solucionando lentamente los otros movimientos totalitarios. Suyas son desde la primera hora todas las difíciles armonías: la armonía de lo universal con lo nacional; de la Cultura y el Espíritu, con el Estado fuerte y creador; de la libertad de la persona con la disciplina castrense y servicial.

Y esto fue así, pudo ser así, precisamente, porque la figura de José Antonio llevaba en sí todos los componentes de facetas de esa armonía. Al servicio de su síntesis ideológica, él era una vigorosa síntesis humana. No falta quien he creído que esto, que es precisamente su mayor excelencia, era su mayor peligro. Obsesionados por modelos extranjeros piensan que el caudillaje de estos movimientos tiene que ser obra de figuras primarias, elementales y acaso proletarias. Creen que entorpecía su misión lo que José Antonio tenía de jurista, de intelectual, de marqués, de hombre de libros, de hombre de mundo. El mismo se preocupaba a veces y se ponía en lucha interior: quería disimular la

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

propia riqueza sintética de su persona; quería simplificarse. Luchaba con su sentido crítico. Y no: de ese sentido crítico, de esa complejidad de su ser nacía toda la amplitud comprensiva que hace su obra "nacional" y la pone de un brinco sobre todas las visiones laterales, partidistas y polémicas.

Por lo que tenía de jurista, por lo que tenía de intelectual, salvó desde el primer momento su idea de todo aplastamiento estatal y hegeliano. Por todo lo que tenía de hidalgo jerezano, de buen Orbaneja labrador, comprendió profundamente al pueblo. Por lo que tenía de aristócrata, no cayó en demagogia. No reneguemos de ninguna porción de su figura. No hagamos un José Antonio de lado, de busto o de perfil: sino de cuerpo entero.

Porque Dios le dio calibrada y dosificadamente todo, para que fuera Profeta y Precursor "nacional". Por eso "nacional" ha de ser su luto. Luto de todos: sin cabecera de duelo ni mayores dolientes. Yo, el 20 de noviembre, con la cabeza, porque le admiraba; con el corazón, porque le quería, llevaré luto por José Antonio. Pero por todo José Antonio: por el precursor, por el patriota, por el valiente. Y también por el jurista, por el intelectual, por el poeta. Y también por el marqués de Estella, grande de España.

(A B C, 20 de noviembre de 1938)

JOSÉ ANTONIO: EL HOMBRE

JOSÉ ANTONIO EN LA VIDA DE LA MUJER DE FALANGE

Mercedes Werner

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Ante esta realidad trágica de la muerte de José Antonio, surge con más fuerza que nunca, con la fuerza de su trascendencia, la intensa realización de su vida.

Porque José Antonio, que fue el descubridor de la auténtica vida del hombre español, ha realizado puntualmente, plenamente, ese modo de vida señalado por él a toda nuestra juventud. ¡Y que revalorización de la vida, la que nos enseñó! Fue el mentís de un hombre con alma y con sangre al tentador y suicida " vivir ya detrás de todo, al otro lado de todo "; esa fórmula de vida pública y privada y hasta sentimental, que en los días tristes de España parecía a todos los cobardes la única posibilidad de escapar a la incomodidad de una situación angustiosa.

Pero José Antonio halló la otra fórmula, la humana, la varonil, la que España exigía, que consistía en vivir en las cosas, en las gratas, en las bellas y en las dolorosas y hasta en las mezquinas, pero en éstas será preciso vivir sobre ellas deshaciéndolas, aplastándolas con el peso de todo nuestro edificio espiritual, que al subir cada vez más alto iba hundiéndolas cada vez más hondo en el polvo que era su único elemento de existencia. Y José Antonio, llevando tras de sí a los suyos hasta la muerte, los volvió, por una extraña, pero en el fondo simple paradoja, a la vida y de tal modo fue esto cierto que ellos convirtieron a la muerte -que es negación y fin de todo gesto- en un " hecho ", en un acto de servicio.

Si él no hubiese sido un genio político simplemente hubiese vivido en tiempos más tibios, su fuerte personalidad, su ingenio y la finura de sus observaciones, le hubiesen llegado seguramente a crear, en un mundo imaginario y como elemento de expansión, ese hombre que se sitúa sin responsabilidad en las páginas de un libro y como autor, hubiera soportado con dignidad los halagos o las impertinencias de los críticos y lo que es peor aún, la admiración agobiante pero superficial de un público femenino. Pero José Antonio conoció su propio genio político y vivió en un tiempo de crisis, en un momento en el que la actitud de un hombre como él tenía que ser extrema y sobre todo, era demasiado hombre, demasiado profundo, demasiado cristiano, para convertir en una obra de diletanti, la masa maravillosamente maleable de la juventud española, esa juventud inteligente, enfebrecida, locamente disparada a todos los puntos cardinales de la política, y por todo ello José Antonio empleó su fuerza creadora en la vida misma.

A la vida de España del 33, con sus luchas de partidos y de clases, con su juventud reseca por los odios o por la frivolidad, extrajo el jugo fortalecedor de un mandato de heroísmo, de un imperativo de gloria, de una bandera violeta que había de ser defendida poéticamente, y todo eso entró hasta lo más hondo de la vida de cada uno con toda la fuerza de su peso que era de siglos, que era de siempre.

Y por eso, cuando José Antonio se volvió por vez primera hacia las mujeres para pedirles una colaboración abnegada, se encontró con que ellas habían acudido solícitas y encontró en ellas no sólo admiración, sino naturalidad en la misma exaltación, porque el hombre ideal, el arquetipo que él había creado, no era un hombre lejano y seductor que acechaba sus horas de aburrimiento -las de ellas- desde las páginas de un libro; él había acercado a sus vidas mismas de hermanas, de hijas, de esposas, a su vida de hogar, de estudios, de paseo, el héroe cotidiano, al hombre que con su propio valor las revalorizaba en ellas, porque era imposible no hacerse mejor y más buena y más bella para él.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Es cierto que en cualquier hora de peligro, la mujer española hubiese acudido a donde se la hubiese llamado, es cierto que en el momento de la lucha, los hombres de España siempre hubieran sido héroes, pero sin José Antonio sin su revelación de nuestro auténtico destino, sin su doctrina, no hubiesen llegado los hombres a adoptar esa actitud " humana, profunda y total " que él les exigió, esa actitud que les hace ahora conquistar, con un heroísmo guerrero, la gloria de España y que les hará luego, en la paz, soportar con gracia y con gallardía el peso de esa gloria. Y sin esta revalorización del hombre no hubiésemos logrado nosotras lo que han logrado tantas, lo que es nuestra norma y está en estas consignas, no hubiésemos sido capaces de conservar en nuestros puestos de lucha la gracia y las virtudes de nuestra feminidad. Y no hubiésemos sabido conservarla porque no nos hubiese interesado excesivamente, porque nadie se hubiese preocupado de esperarla de nosotros. Porque para Dios y para nosotros mismos hemos de procurar ser puras, valerosas y bellas, pero es destino y gloria humanos de la mujer el serlo también para el hombre, y el hombre, para poder exigirlo, ha de ser hombre en toda su vida.

Hoy que los hombres vienen de a nuevo nosotras con el laurel de la gloria, hoy que han alcanzado su medida de españoles hemos de procurar ser perfectas. Por la memoria de José Antonio que no se volvió a ellos y a nosotras nuestro auténtico destino hagamos desaparecer de nosotros el " color moreno " de la mezquindad y la pobreza de espíritu de aquel " color moreno " por el que pedía perdón con graciosa humildad la esposa mística. Y cuando logremos la blancura ideal de la rectitud y la gallardía podremos decir como allá a los que nos han hecho mejores

" Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste
Qué gracia y hermosura en mí dejaste. "

(Sur, 20 de noviembre de 1938.)

EN LA VIDA FAMILIAR

Nieves Sáenz de Heredia

Mi casa estuvo en constante relación con la de José Antonio y ambas familias hemos vivido en frecuente vecindad. La madre de él, hermana de mi padre, y la mía, habían vivido en la misma casa desde pequeñas y se querían como hermanas.

El nacimiento de José Antonio constituyó un acontecimiento familiar. Creo recordar que fue su ama "Celes" quien nos inclinó a que durante una temporada le llamáramos Josechu o Josecho. Pero nuestra abuela quiso que se le llamara José Antonio, como el bisabuelo, pues Josechu no lo recordaba el nombre del padre de ella. Por cierto que años más tarde, uno de los últimos días que fuimos a visitar a José Antonio a la Cárcel Modelo, nos acompañó, a María Primo de Rivera y a mí, el ama "Celes".

Por su carrera militar, tío Miguel cambiaba frecuentemente de destino; y tan pronto estaba en Madrid como en Barcelona o África. Más tarde, estos traslados obedecían a otras causas. José Antonio lo comentaba con gracia. "Cada vez que nuestro padre pronuncia un discurso, tenemos que trasladarlos de sitio." Cuando tía Casilda y tío Miguel vinieron a Madrid desde Barcelona, animó éste a mis padres a que nos fuésemos a vivir a un piso que se alquilaba encima de un bajo que ellos habían tomado en la calle Montesquiza, 11, y allí nos fuimos. Hicimos una vida de relación muy íntima: nuestras amas y niñeras nos llevaban a los mismos paseos y realizábamos nuestros juegos en comunidad. En aquella casa nació Miguel, en una noche de verano, en la que por tener los balcones abiertos y ser el piso bajo, penetraron unos rateros y se llevaron algunos objetos de plata y cuadros del comedor y de la sala.

Hubo una nueva separación al ser destinado tío Miguel Algeciras. De vez en cuando venían a casa de los abuelos y siempre que tía Casilda iba a tener un hijo. Pilar y su gemela, que murió muy pequeña, nacieron en casa. Cuando murió la abuela, vino a visitarnos tía Casilda con los tres hijos que entonces tenía. José Antonio, al ver llorar a su madre, no sabiendo cómo consolarla, le decía que no llorase, porque se le iba a poner la cabeza grande.

Una de las aficiones de José Antonio era el dibujo, para el que tenía una feliz disposición. Mi padre se admiraba de la seguridad con que manejaba el lápiz y de su facilidad para enfocar los objetos, cualidades poco comunes en niños a esas edades.

Cuando murió su madre, a los 28 años, al nacer Fernando, se vinieron a vivir a Madrid la madre de tío Miguel con sus tres hermanas, para cuidar a los niños. Se instalaron en la calle de Orfila.

José Antonio, desde su infancia, daba muestras de gran serenidad y aplomo. Un día su abuela y su tía nos contaron unas travesuras de los pequeños en su ausencia. Cuando entró José Antonio hicimos una alusión irónica a lo sucedido. El, sin inmutarse, contestó rápidamente: " Ah, ¿se ha comentado? "

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Sus dotes de mando y organización se manifestaron desde los primeros años. El ama de una de mis hermanas se indignaba creyendo que los padres de José Antonio establecían diferencias entre él y sus hermanos. La buena mujer solía exclamar: "A ése siempre le llevan en butaca de orquesta", manera gráfica de mostrar las injustas predilecciones que en realidad no existían, sino que era una simple imposición del niño, cuyo talento y espíritu superior se sentían complacidos en ver realizados sus deseos.

A los diez años escribió, dirigió y ensayó un drama histórico, en verso, titulado la Campaña de Huesca, cuyos primeros versos eran, aproximadamente, como sigue:

" Ya la noche... Cuánto tarda
en volver el mensajero
que envié con una carta
para el Abad del convento!
De fijo que Fray Clotardo,
que fue mi sabio maestro... "

Ramón López Montenegro, al hacer la reseña de la fiesta en A B C, después de encomiar al autor actor y su compañía, observó que debía de ser muy agradable el ser decapitado, ya que cada vez que uno de los pajes traía la cabeza de un noble en una bandeja, ésta tenía una expresión jocosa. La explicación era que como ninguno de nosotros estaba dispuesto a dejarse cortar la cabeza para aparecer como noble decapitado, tuvimos que echar mano de cabezas de cartón rellenas de trapos. La persona encargada de su compra, no se paró en las contradictorias expresiones que el observador cronista apuntó.

También solía formar parte del programa otra obra titulada Los Buñuelos de la Reina, del mismo estilo histórico. Se representaron así mismo obras de otra clase, dirigidas por mi madre, tales como Azucena, Tocino de Cielo, etc. Yo ya no me dignaba trabajar por considerarme mayor y hacerlo peor que todos ellos, sobre todo que José Antonio, Chapalo, Pepa, Angelita y Lula. Pilar y Carmen también actuaban, así como todos los demás primos y algunos amigos.

Para los más insignificantes detalles José Antonio tenía salidas gráficas y originales. Después de haber estado trabajando toda una mañana intensamente, llegó a casa con apetito, y como se demorase la hora de comer, exclamó a grandes voces: " ¿Es que en esta casa se ha perdido la honesta costumbre de almorzar? "

Muchos días, al sentarnos a comer, yo no recordaba que era día de ayuno o vigilia. El se indignaba conmigo, sorprendiéndose del imperdonable olvido. Me disculpaba diciéndole que como yo no era la encargada de organizar las comidas, no me preocupaba de tan importantes fechas, pero que estaba dispuesta a ayunar con mucho gusto. Entonces empezaba a darme puñetazos y llamarme monja exclaustada y otras cosas por el estilo.

Cómo salía a cenar muchas noches fuera de casa, por si no ayunaban donde debía ir, hacía la colación al mediodía.

No faltaba un domingo o día de precepto a misa y no trabajaba los días festivos.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Un padre con quien él hizo ejercicios, ha escrito a María, y entre otras frases de admiración, dice que está seguro de que José Antonio era un alma predilecta de Dios.

La carrera de Derecho la había estudiado con mucho entusiasmo y se dedicó a su ejercicio con verdadera vocación. Una vez le oí decir que estaba molesto con un pariente, porque siendo él abogado no le había llevado un asunto de poca importancia. Consideraba un descrédito para él que la familia no le confiara sus pleitos. Yo le dije que si no lo hacían era por no molestarle y no interrumpir sus múltiples ocupaciones. En tiempo de la Dictadura, trabajaba con éxito, a pesar de que tuvo que esperar a tener la edad legal para doctorarse. No defendía un pleito en el que no tuviera la seguridad de que su cliente estaba asistido de razón.

Ganaba con su bufete más dinero que su padre siendo presidente del Consejo de Ministros, a pesar de ser muy modesto en sus honorarios. Se daba el caso de que muchas veces le hacían regalos espléndidos o le aumentaban la cantidad pedida en concepto de honorarios. En una ocasión me propuso: "Te voy a dar 500 pesetas para tus escuelas y dime de Órdenes religiosas que estén necesitadas, para darles alguna cantidad." Aunque quería hacer creer que los donativos no procedían de él, acabó por confesarme, ante la insistencia mía, que aquel dinero no lo conceptuaba como suyo, puesto que le habían pagado de más y que él lo administraba de esa manera.

Por último, quiero dejar aquí constancia de una anécdota significativa.

En cierta ocasión, el padre de José Antonio envió a mi padre unos retratos que habían hecho los chicos. Tío Miguel ponía un comentario al pie de cada uno. En el de José Antonio decía: "Este será un hombre del que hablará mucho la historia."

JUEGOS

Lula de Lara

Turbulento y alegre, ingenioso, imaginativo, lleno de vida y de savia infantil, ¡qué bien se jugaba con José Antonio! Aún recuerdo los últimos lugares que le vieron niño... Calles de Piamonte, de la Magdalena, de Serrano... los cinco hermanos Primo de Rivera, estrechamente unidos, y su inseparable compañero polín, hijo de Polo, el fiel ordenanza y servidor de don Miguel, paseaban de casa en casa la algarabía de una infancia feliz.

Había siempre mezcladas en sus juegos, bajo la influencia de José Antonio, el mayor, una gracia especial y una inquietud que brotaba en medio de las travesuras, dando a aquella cuadrilla de diablos un tinte heroico y fantástico, trasunto ya del que había de ser luego su destino... Y así, tan pronto se descolgaban unos a otros, atados con cuerdas, desde la altura del tejado, en trance de terribles aventuras, como se les veía muy callados y afanosos, sentados detrás de una mesa, confeccionando cada uno un periódico propio en que vertían sus personales idearios. La Campanilla se llamaba el de Pilar, con gracioso y femenino título; La Fuente Negra el de Fernando, aficionado a misterios y truculencias. No puedo recordar, y es lástima, los títulos de los demás. Sus tías María e Inés eran después las compradoras únicas, pero seguras, de los cinco periódicos, que les vendían a buen precio.

Del afán de heroísmo que ya alentaba en el ánimo infantil de los hermanos Primo de Rivera fue víctima una tarde su primo, Sancho Dávila, cuyo valor habían decretado José Antonio y Miguel que era necesario probar. Y una tarde -vivían entonces en el caserón de la Magdalena- le bajaron a los sótanos con ellos. Eran unos sótanos, de muy antigua construcción, terriblemente lóbregos y enrevesados. Pasadizos, escalones, recodos, huecos... y cuando el pobre Sancho, repentinamente sólo y no muy tranquilo, se aventuraba por una de aquellas revueltas, buscando salida, vióse de pronto envuelto entre relámpagos de luz fantasmagórica y en la presencia pavorosa de un espectro, que daba grandes saltos ante él, agitando un sudario... eran, claro está, José Antonio y Miguel, que con magnesio y una sábana habían organizado toda una puesta escénica destinada a temblar debidamente el ánimo de Sancho.

Sin embargo, a través del chiquillo travieso y en pasmoso equilibrio surgía la madura gravedad de su cerebro, así como luego la gravedad viril del jefe había de verse inesperada y deliciosamente cruzada por desplantes de chico travieso. Los libros de estudio pasaban ante todo para José Antonio, que lloraba desconsoladamente, ansioso ya de perfección, si alguna vez, entre sus notas brillantísimas de estudiante, se deslizaba un sencillo aprobado.

Otro juego favorito de los hermanos eran los "Museos de Pinturas", que formaban clavando con chinches en la pared de una habitación dibujos hechos por ellos, dotados todos de gran facilidad para este arte. Y era, además, tal la fecundidad de los "artistas", que hubieran de establecer un reglamento por el que se prohibía presentar más de quince

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

" cuadros " diarios cada uno. Aún así, las galerías adquirirían velozmente, como es de suponer, dimensiones fantásticas.

Un día, cuando vivían en un piso bajo de la calle de Serrano, y al pasar un colegio entero, formado, por la calle como de vuelta del paseo, José Antonio se abalanzó al balcón, lo abrió de par en par y asomándose comenzó de repente a improvisar una arenga dirigida a los colegiales: " ¡Niños! Escuchad... " El colegio entero se detuvo, sorprendido, ante los balcones, con profesores y todo. Y sólo al cabo de un buen rato, cuando José Antonio, muy divertido de su hazaña, se retiró saludando con grandes gestos, el colegio, silencioso y atónico, se puso en marcha otra vez.

¡Infancia de José Antonio...! De sus rasgos, sacados de las fuentes vivas familiares, sabrán hacer un día biógrafos e historiadores luz que ilumine, ya proyectada en sus primeros pasos, la figura gigante del Ausente.

Yo ahora sólo así, en el tono menudo de la anécdota, evocación sencilla y sin respeto de un alegre compañero de juegos, puedo atreverme a trazar con mi pluma, sin que la emoción la paralice, el nombre de aquel que más tarde, con toda la fuerza de su gran espíritu, de su gran cabeza y de su gran corazón, había de lanzarse a este otro juego prodigioso de salvar a España.

RAIMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA NOS HABLA DE JOSÉ ANTONIO

En la vida y en la obra de José Antonio hallamos el nombre de Raimundo Fernández-Cuesta como una constante de fidelidad. Hay vínculos antiguos de amistad y asistencia entre ellos, que más tarde se unen también en la tarea política común. En marzo del año 34, días antes del mitin de Valladolid, Raimundo Fernández-Cuesta queda incorporado a la Falange. La amistad que les unía adquiere así, en la obra, categoría fuerte de misión. En la labor heroica y fecunda de los años que precedieron al Alzamiento Nacional, en los actos públicos, en la organización de la Falange, y por último, en las celdas de la cárcel de Madrid, Fernández-Cuesta aparece al lado de José Antonio, el cual, en su testamento le encarga, en unión de Ramón Serrano Suñer, la ejecución de su última voluntad, confiriéndole en la hora suprema de la decisión definitiva, el título de la mejor amistad y de la más segura confianza.

El actual ministro de Agricultura y Secretario General de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S., es fiel continuador de la obra de José Antonio y testigo de excepción de su vida. Sus recuerdos personales, que se remontan a la infancia, tienen el doble valor de haberle conocido íntimamente y de haber comprendido y seguido su doctrina, de la cual es hoy Raimundo Fernández-Cuesta exacto intérprete.

Hemos preguntado a nuestro camarada sus recuerdos acerca de José Antonio, del gran José Antonio amigo, hombre fuerte inteligente, inesperado, digno en todo momento.

Conocí a la familia Primo de Rivera -nos dice Raimundo Fernández-Cuesta- en 1903, y pasé con ellos en su finca "El Encinar", de Robledo de Chavela, gran parte del verano. Allí, durante las vacaciones, en aquellas tardes largas y tranquilas jugaba al billar con don Miguel Primo de Rivera, quien me llamaba cariñosamente "Rayo".

Las primeras impresiones que guardo de José Antonio son de cuando éste queda huérfano de madre. Tenía entonces siete años, y el General, con su especial sentido de la vida, siempre ciertamente lleno de bondad, encargó a José Antonio la dirección de la casa. Y era de ver aquel chiquillo dando órdenes para el mejor orden del hogar. Un veraneante de Robledo de Chavela, el contralmirante don Federico Loygorri le llamaba "el noble godó". Gracioso mote que hacía alusión a las aficiones de José Antonio de dramaturgo de acciones históricas, tal como La Campana de Huesca a que hacen referencia en este mismo número de Y otros camaradas.

Entonces principiaba ya a dibujarse el carácter de José Antonio: inquiriéndolo todo con el mejor afán de conocimiento; encariñándose con el ejercicio físico, como razón para templar sus nervios: amor al deporte al que nunca renunciaría ya. Montaba a caballo y presumía de ir tocada su cabeza con un elegante bombín que causaba la admiración y hasta la ironía de algunos paseantes y que por otra parte merecía de su hermano y acompañante algunas bromas. Recuerdo que esa afición que tenía José Antonio a ir ataviado con una elegancia sobria padecía por aquel entonces; su padre le llevaba sin discusión ni protesta a su sastre de portal, tipo curioso, que se llamaba Sampedro y presumía de una barba singular. Aquel sastre cortaba los trajes con arreglo a su módico precio. Y José Antonio no disimulaba su enfado al verse poco elegantemente vestido.

Era también por aquel entonces muy aficionado a cazar y en compañía de su tío Fernando -el héroe de Monte Arruit- organizaba grandes festejos cinegéticos en

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Robledo de Chavela. Años después, en una cacería, en la finca "Mezquelilla" (de la familia Calvo de León) me encontré con José Antonio. Yo tenía fijado puesto y fui a hacerle compañía y nos embebimos tanto en la conversación, que no tiró nada, a pesar de que la caza que le entró fue mucha.

Hay multitud de anécdotas graciosas de aquellos años infantiles de José Antonio: recuerdo que el día en que en su casa de la calle Serrano tía "Ma" evitó milagrosamente una magnífica caída a Sancho Dávila, nuestro camarada, primo de José Antonio, en quien iban a experimentar un paracaídas que en realidad era tan sólo un paraguas abierto. La futura víctima estaba allá empinado en la ventana desde donde se verificaba la arriesgada prueba.

Otro día en el popular Café suizo, de Madrid, adonde acudía a merendar con sus hermanos y primos, les ofreció tan gran cantidad de estupendas patatas soufflées, que uno de sus invitados le preguntó: "José Antonio, ¿las has "ajustao" antes? "

De aquel tiempo son también nuestras jugadas de billar en el Palace, de Madrid. Con don Miguel, y Fernando y Miguelito. Y nuestras idas a los frontones. El marqués de Estella siempre confiaba en mí " la buena conducta " de sus hijos cuando nos dejaba solos, al final de la tarde. Me encomendaba aquella vigilancia nocturna, por "mi edad", pues yo era mayor que José Antonio.

Nuestro inolvidable camarada era por entonces un muchacho tímido. Y su timidez se duplicaba cuando se encontraba solo, hasta el punto de que organizando un crucero que no llegamos a realizar, me pidió reiteradamente que le acompañara, pues temía que en la soledad se le escaparían ocasiones de divertirse.

Bien pronto se delinea en José Antonio el muchacho decidido, emprendedor y lleno de deseos de trabajar. Su padre, respondiendo a estos deseos de su hijo, y con el nobilísimo propósito de proporcionar la oportunidad para que inicie su experiencia de la vida, le emplea en una representación de automóviles que llevaba su tío Antón, los coches norteamericanos "Mc Farland ", y allí José Antonio traduce y lleva la correspondencia inglesa.

Estudia con verdadera pasión su carrera de abogado. Conservaba una carta, para mí suprema reliquia, en la que José Antonio, con ocasión de consultarme un asunto que se le había presentado en su bufete, me decía que su carrera la había estudiado incitado por mi ejemplo, también estudiante de Derecho, pues lo fui seis años antes que él.

Al bufete se consagró con verdadero entusiasmo.

Antes de la creación de la Falange, José Antonio ganaba unos 30.000 duros anuales y después no pasarían de 10.000 pesetas las que lograría en los muy pocos asuntos a los que podía dedicarse.

Tuvo últimamente un largo pleito, en el que defendía a una señora, título de la nobleza, que había entrado en una Comunidad religiosa. Después de mil incidencias judiciales y por fuera de toda razón, fue fallado contra la defendida por José Antonio. Tal decisión le produjo un verdadero malestar y quebrantado ante la injusticia, me decía -recuerdo que en Casablanca, adonde habíamos ido a beber unas copas después de la conocida

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

sentencia- que de vez en cuando sentía deseos de marcharse lejos, a Norteamérica... Ráfagas que pasaban rápidas en aquella alma nobilísima a la que herían atrozmente las desilusiones.

Haré constar -nos sigue diciendo Raimundo- que aunque el amor que José Antonio tuvo por su profesión fue grandísimo, esto no le hizo nunca acoger asuntos que estuviesen en pugna con su criterio de estricta moralidad. E indicaré también que no quiso ocuparse nunca del trámite de divorcios.

Tenía un carácter abierto. Decía las verdades clarísimamente. Y mantenía grandes discusiones con quienes estaban alrededor de él, aun cuando debo decir que nunca me hizo objeto de sus especiales y ejemplares "broncas".

Por su hermano Fernando tenía la más formidable admiración y un verdadero respeto.

Tenía una ironía dura, cuando el caso requería, y una broma graciosa intrascendente cuando también lo pedían las circunstancias. Recuerdo cuando la boda de Miguel, en Algeciras, fundó la orden de los maridos exentos. Aquel día estaba con nosotros Julián Pemartín.

Como he dicho en otra ocasión, José Antonio amaba los deportes, complemento para aquel hombre tan equilibrado. Y a este respecto recuerdo nuestras excursiones veraniegas al Jarama, en donde aprendíamos a nadar bajo las órdenes de un experto y queridísimo camarada.

Ejemplo de cómo en aquella alma se daban al mismo tiempo la buena razón y el justo vigor para imponerla, es el siguiente hecho que recuerdo: A raíz de la dominación de la intentona de octubre, y cuando los periódicos hablaban de las posibles severísimas sanciones que alcanzarían a los responsables, así como las detenciones de los miembros de la Generalidad, vimos en el Savoy, de Madrid, muy cerca de nosotros, cenando con un matrimonio, al político catalanista Sbert. José Antonio, pensando lo repugnante que era el ver a aquel hombre en tal lugar, mientras no sólo había sido partícipe de una intentona revolucionaria sofocada hacía horas, sino también, y hasta desde el punto de vista de su posición política, compañero de quienes se decía padecían los mayores riesgos en aquel momento, nos comunicó su proyecto: había que decir a aquel hombre que abandonase inmediatamente el local. Y así lo hizo. Y Sbert cumplió cabizbajo y temeroso. Como también se pusiese en pie la señora que lo acompañaba, José Antonio le hizo saber que por ella no iba la indicación, pero con voz estridente la acompañante dijo que se marchaba. Por cierto que un matrimonio inglés que cenaba en una mesa próxima llamó también al maître y le preguntaron si ellos tenían también que marcharse...

Día 14 de marzo de 1936 el gobierno socialista ordenó detener, en Madrid, a toda la Junta política de Falange, que, a partir de aquel día, tiene su domicilio social en la Cárcel de Madrid.

Durante el encierro, yo veía todos los días y a cada hora a José Antonio, a quien aquellos muros le parecían un retiro providencial. "No me importan dos años de cárcel -decía-. Repasaré el bachillerato."

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Cuando la comunicación se hizo difícil, José Antonio escribía largas cartas cifradas en las que comentaba la política que se hacía "fuera". Así hasta el 6 de junio.

Estábamos reunidos, como siempre. A las siete de la tarde, el director de la Cárcel mandó llamar a José Antonio. A todos nos alarmó este aviso. Luego le oímos dar grandes voces en el despacho del director: "Ustedes me sacan de aquí porque me van a matar", decía. Era la orden de traslado de algunos camaradas a otras cárceles. José Antonio y Miguel Primo de Rivera irían a Alicante. Agustín Aznar y Sancho Dávila saldrían aquella misma noche camino de Vitoria. José Antonio volvió a reunirse luego con nosotros; éramos un grupo de veinte hombres, que protestaban. Para hacernos callar fue necesario que una escuadra de guardianes echase mano de las pistolas. José Antonio llamó "caimán" al director de la cárcel, que gritaba pidiéndonos silencio. No queríamos separarnos; en esta dispersión adivinábamos todos un peligro inminente.

José Antonio fue sacado de la cárcel de Madrid a las once de la noche. Cuando se lo llevaron, sus camaradas cantaban desde las celdas el himno de la Falange. Al pasar ante cada reja les mira como si revistase sus tropas para el combate definitivo. Todos saludaban brazo en alto. José Antonio, ya desde la puerta, grita: "¡Arriba España!"; y luego se le oye repetir el grito por los patios y galerías que cruza.

Era la noche del 16 de junio de 1936.

Desde entonces no he vuelto a ver a José Antonio. Recibí luego varias cartas tuyas escritas en la cárcel de Alicante. Eran consignas, órdenes de combate para nuestras milicias. La última está en cifra y es de la madrugada del 16 de julio, víspera del Alzamiento Nacional. José Antonio decía en ella que le aguardásemos allí, que llegaría en avioneta a la Ciudad Universitaria para unirse a nosotros...

EN LA INTIMIDAD DISTANTE

José María Salaverría

Sí: ahí estamos él y yo, conversando como dos personas que se han conocido hace diez minutos y ya se franquean como dos amigos. Al ver esa fotografía olvidada, se me figura que acabo de despertar de un sueño, y que José Antonio no es un aparecido que acude de la región de las sombras, sino un ser real que nunca ha dejado de existir. Y que lo irreal y fantástico es todo eso que ha sucedido en los últimos años de aparente historia y positiva pesadilla.

En otra ocasión he referido ya la manera inusitada que tuve de conocer a José Antonio. Le pedí en una carta que me concediera el favor de una interviú para una revista de Buenos Aires, y que me señalara el día y la hora más convenientes para visitarle en su casa. Por aquel tiempo había alcanzado ya Primo de Rivera la celebridad y era lo que se dice un personaje importante en la política española; sin embargo, conmigo se condujo con una sencillez y con una respetuosa cortesía que me conmovió profundamente. No consintió que yo fuera a verle; vino él en persona a mi casa y nos encerramos en mi despacho a hablar de lo divino y lo humano en una franca camaradería.

¡Y era tan agradable y tan fácil el conversar con él! No había tema posible en el mundo de la inteligencia que a él no le interesase, pues pertenecía a esa clase de seres que viven como sumergidos o arrebatados en la modernidad cósmica. Su gran cultura, exenta en absoluto de todo matiz de pedantería, permitíale producir en los que intelectualmente le trataban una impresión de hondo atractivo. Esta virtud de simpatía era sin duda una de sus más fuertes cualidades de político y de conductor de multitudes. Quienes le asesinaron sabían seguramente lo que hacían, porque José Antonio estaba señalado por el destino para arrastrar lo mejor y lo más grande de la humanidad española.

Por aquel tiempo me entregaba yo a la inofensiva afición de construir barcos de vela, a filo de navaja y auxiliado por cierta habilidad manual que me asiste. Era un modo de evadirse de la irritación y la inconformidad que me atormentaban desde la venida de la República; y mejor dicho, desde que el general Primo de Rivera tuvo que dimitir y marcharse al extranjero, pues inmediatamente de su partida comenzaron a encrespase, a agitarse y a prevalecer pavorosamente todas las fuerzas de la anarquía.

Para huir, pues, aunque sólo fuera circunstancialmente, de la pestilencia de entorno, me entregaba al placer de construir barcos de vela, que con un poco de imaginación convertía yo en barcos piratas. Recuerdo que al visitarnos José Antonio había sobre mi mesa de trabajo una magnífica corbeta recién aparejada y concluida.

Esto no sea motivo para embarcarnos en un viaje imaginario hacia los continentes que España había marcado con sus sello. Motivo incitante de conversación, el de América, para dos espíritus que coinciden en una idéntica ansiedad nacionalista; grandioso panorama, lleno de no menos grandiosas posibilidades, abierto a la avidez y la ambición de una fantasía patriótica; espejismo y nostalgia de las Indias que se separaron y se

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

fueron, pero que la mente retiene con los nudos del recuerdo y de la esperanza. Me gusta insistir en mi convicción de que de cuantas obras ha consumado España en la Historia, la de América es la más grande y la más lograda. Las otras provincias y los reinos que adquirió por conquista o por herencia, todos se perdieron, y de ellos no queda nada sino la memoria; pero aunque los virreinos y las capitanías generales de América y Oceanía recabaron su independencia política, todas aquellas naciones siguen marcadas con el sello de España; y no sólo idealmente, sino la realidad del idioma, la fe y el sentimiento son ahora mismo, y serán siempre, una continuidad y prolongación de España.

De este viaje intelectual a través de los remotos continentes, terminamos por sacar la consecuencia de que no era verdad que estuviesen remotos, porque lo mismo él que yo los teníamos presentes en nuestro afán. Mis muchas expediciones a América y los conocimientos que me ha procurado mi permanencia en gran parte de aquellas naciones, brindáronme la oportunidad de ofrecer a José Antonio diversos matices de la psicología americana, o para mejor decir, las psicologías americanas, porque existen allí variedades a veces profundas que el español debe tener muy en cuenta, si no quiere herir suspicacias respetables e incurrir en errores peligrosísimos.

Lo que fue calculado como una simple interviú, se convirtió pronto en una conversación animada, cordial y libre, y terminó al cabo de quién sabe qué largo tiempo en un fuerte apretón de manos y en una sonrisa que con su amistosa sinceridad nos dejaba unidos para siempre. Al marcharse José Antonio, quedé afirmándole mentalmente: he ahí un hombre. Un hombre que ya es una hermosa realidad, pero que aún vale más como promesa cierta de un porvenir de victoriosa madurez. Entonces no contaba yo con que la cruel fatalidad pudiera llegar a interponerse en forma de la pistola de un asesino.

PERFILES DE JOSÉ ANTONIO

Rafael Garcerán

Cuando se logre una biografía perfecta de José Antonio, podrán apreciar los que no lo conocían a fondo, que su cualidad más acusada era el rigor. Tiñó éste los actos más interesantes de su existencia y fue el origen de la mayor parte de ellos. Su trabajo profesional, su verbo, el valor desplegado en todas sus actuaciones, la doctrina de la Falange, que él mismo concibió y redactó, su vida difícil, en suma, estuvo siempre presidida por el rigor.

Los hechos que voy a relatar demuestran bien claro que su propia muerte -prevista por él con mucha antelación- fue consecuencia en definitiva de un implacable rigor que no le permitió jamás conseguir sus fines ni plegarse a las formas y a los medios más severos, por muy ásperos que ellos fueran.

Un día de enero de 1936, mientras despachaba con Andrés de la Cuerda y conmigo, recibió en su despacho a un chofer afiliado de Falange que iba a pedirle un arma con la que defenderse de sus compañeros de oficio, afectos todos a la Unión general de trabajadores. Sabían que era falangista, le amenazaban con frecuencia, y si no se habían cumplido sus amenazas era por el miedo a una pistola que el muchacho aseguraba llevar siempre encima.

José Antonio no disponía de la pistola. Tenía, además, el temor de que con ella se produjeran hechos graves para el que la reclamada. Le aconsejó por esto que se defendiera llegado el caso con alguna herramienta del automóvil y le animó con bromas para desvanecer la obsesión de peligro de que se hallaba poseído.

Al concluir la entrevista, afirmó el muchacho que la falta de la pistola significaría para él una herida grave, por lo menos. José Antonio le despidió diciéndole: "No es demasiada cosa una herida grave. Podíamos considerarnos todos muy felices si se lograra hacer nuestra revolución a costa de perder sólo un brazo o una pierna. Estoy convencido de que muy pocos sobreviviremos a esa tarea. Entre ellos no estará seguramente tu Jefe Nacional."

Los amigos de José Antonio creímos en la posibilidad de sacarle de la cárcel aprovechando las elecciones parciales de Cuenca. Él estaba seguro de que el Gobierno apelaría a todos los medios para derrotarle o para frustrar su triunfo si obtenía votos bastantes.

La maniobra gubernamental no se hizo esperar. Se produjo con motivo de la proclamación de candidatos y fue ejecutada por Álvarez Mendizábal a cambio del

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

apoyo oficial para su candidatura. La Junta provincial del Censo, debidamente presionada por el Gobierno, se prestó a la felonía y no pudo ser proclamado a pesar de las protestas y trabajos de quienes ostentaban su representación.

El gobernador de Cuenca, veterinario de Villarrobledo, que se emborrachaba todos los días, prometió a Miguel Primo de Rivera y a mí que se conduciría en la contienda con la mayor objetividad. En cumplimiento de su solemne palabra mandó detenerme el propio Domingo de la proclamación. Lo evité gracias al apoyo de don Antonio Goicoechea, con el que logré llegar a Madrid el mismo día al anochecer y conseguí comunicación especial con José Antonio. Bajó al locutorio con mono azul y botas de futbolista y me dijo antes de empezar el relato: "Estoy completamente seguro de que Casares no ha dejado pasar mi nombre. Ya cuenta de antemano con que esta prisión será la última mi." Y con la serenidad y la gracia de siempre me relató los detalles e incidentes de un partido de fútbol que había jugado aquella tarde contra los presos de la cuarta galería.

Tras una semana de lucha contra la chusma del Frente Popular fuimos detenidos y se nos trasladó a la Cárcel Modelo. En ella viví un tiempo inolvidable en celda inmediata a la que ocupaba José Antonio. Hizo este un plan de vida que se cumplía inexorablemente por todos los presos de la Falange.

Desde las siete de la mañana hasta la cena se practicaba deporte y el trabajo o lecturas de cada uno. Después de cenar, José Antonio competía al ajedrez con Julio Ruiz de Alda y su hermano Miguel, Raimundo, Roberto Basas; Cuerda y yo jugábamos un largo rato a las cartas. A las doce acababa la reunión y cada uno se recluía en su celda, menos José Antonio, que solía recibir hasta las dos de la mañana, y yo me quedaba con él ocupado con mis papeles profesionales.

Una noche, me habló de la manera de ir a la muerte ciertos personajes históricos conocidos y criticó el poco espíritu de alguno que llegó al patíbulo en brazos de sus ejecutores. Sostenía que la muerte, ingrata siempre, debía afrontarse con absoluta dignidad, y me refirió una pesadilla que tuvo sobre este hecho que siempre fue objeto de especial preocupación para él. Había vivido en sueños su fusilamiento con una fuerte sensación de detalle y de realidad y estaba satisfecho de sí mismo.

Se frotaba las manos con alegría casi infantil y me aseguró que estaba contento de la prueba porque ella le deparó la certeza de que cuando llegara el caso la llevaría de veras con toda dignidad.

En otra ocasión escribiré los detalles que conozco sobre el fusilamiento de José Antonio. Es bien sabida la maravillosa serenidad de que dio muestras en su defensa y la suprema y sencilla calma de que se revistió durante los dos días que estuvo en capilla. Su testamento y sus cartas quedarán en la Historia Universal como documentos ejemplares por su fondo, por sus matices y por la forma impecable. Al relatar escuetamente los anteriores hechos sólo he querido demostrar una cosa: que José Antonio quizá pudo evitar su muerte no dejándose detener en marzo de 1936, pues esto era perfectamente posible. Triunfantes las izquierdas, sabía muy bien que sería víctima segura, pero en aquel trance como en otros muchos aceptó su responsabilidad de jefe. El momento era decisivo para la vida de la Patria y él quiso mostrar a sus hombres y a

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

todos los españoles como había de afrontarse el peligro. Cumple así con trágico rigor su mejor acto de servicio e hizo posible con su ejemplo que la rebeldía de los hombres de España alcanzara insospechada altura en esta empresa encaminada a rescatar el honor y las cosas que él supo amar y servir como nadie.

LAS CENAS DE CARLOMAGNO

J. Miquelarena

Yo no puedo decir por qué, exactamente, pero el caso es que una vez al mes cenábamos en honor de Carlomagno. Nos reuníamos de diez a once personas en el pequeño comedor del Hotel de París que da o daba a la Carrera de San Jerónimo. Como decorado, era el 1900 esplendoroso: la anguila en todos los calibres, en todas las longitudes y siempre sinuosa y reptante. "El siglo del progreso y de la electricidad", en su adolescencia, había pasteado el adorno madrileño con escasas muestras de su mal gusto pretencioso; pero una de ellas era aquel comedor y hasta aquel hotel en el que se hospedaron los viajeros distinguidos de la capital, antes de que cayeran en ella los grandes comerciantes internacionales del hambre y del sueño y construyesen sus hoteles aerodinámicos. Allí habían vivido Mazzantini y el Rajá de Kapurtala cuando se enamoró de Anita Delgado. No se podía utilizar el ascensor del Hotel de París sin recordar las fiestas de la Coronación de Alfonso XIII...

Un sillón sobre el que se colocaba una piel de corzo, como homenaje al convidado que no vendría, presidía las famosas cenas de Carlomagno. La piel pertenecía a José Antonio, que la había enviado desde su casa. Se mandaba hacer fuego de leña en la chimenea; y sobre el mantel, impecable y muelle por el grosor del muletón, tres candelabros con sus velas correspondientes iluminaban el convite.

Madrid habló mucho de las reuniones del Hotel de París. La República creía sinceramente que allí se conspiraba todos los meses. Y la verdad es que se conspiraba... imagínese el lector que vestíamos de smocking, que el menú era objeto de grandes discusiones desde quince días antes de cada comida, que los comensales no terminábamos nunca disparándonos panecillos y que si los temas de historia y de arte eran frecuentes, no se soslayan tampoco los temas de amor, sobre los que se especulaba con una finura indiscutible. Estaba claro que aquello equivalía, en cierto modo, a una protesta contra la Puerta del Sol, foco de las peores pasiones políticas y de las más viles, lanzada desde el mismo borde de aquel asfalto para limpiabotas, para flamencos, para cafés con consumidores de "solitario" y uña larga, para "Desesperaciones" de Espronceda y para periodistas del Heraldo.

Era un honor social asistir a dichas cenas. José Antonio seleccionaba los comensales, de los cuales seis o siete éramos "de plantilla" y concurríamos a todas las reuniones que se celebraron; el resto, hasta doce, lo designaba José Antonio, con carácter episódico, entre aquellos amigos -enemigos políticos muchas veces- que pudieran llevar algún ingenio a la sobremesa.

Como en "La Ballena Alegre" -para la que pido de nuevo el título de conservatorio de Estilo de la Falange-, José Antonio se sentía feliz, a la derecha del sillón reservado para Carlomagno. José Antonio traía en ocasiones un número fresco de F.E., que había aprendido aquella tarde en Cuatro Caminos con un grupo de camaradas. Entonces, se pasaba la mano por la frente y escuchaba, de labios de un gran escritor vasco, la teoría

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

de que la cocina vasca no existe: las angulas, la kokocha, la quijada de bonito, es cocina china. En suma, descubrimiento de médulas, exploración de procesos gelatinosos del mar y de las espinas. El escritor vasco acababa por confesar que, en cualquier caso, y decidido a saborear las más escondidas fragancias oceánicas, él prefería la aleta de tiburón adolescente...

En las cenas de Carlomagno se conspiraba contra la República sin que nadie conspirase. Era una atmósfera, sencillamente. Cuando salíamos del Hotel de París, a la una de la madrugada, nos encontrábamos de cara al Madrid que habíamos pretendido olvidar durante unas horas; el Madrid ya torvo y cruel, que empezaba a helarse no sé si de frío o del espanto que le acechaba.

Acompañábamos a José Antonio hasta su casa de la calle Serrano, frente al A B C. Todavía delante de su puerta, seguíamos hablando con él los que le habíamos escoltado. La fachada del periódico de Luca de Tena aparecía iluminada como un gran cinematógrafo de los viejos tiempos. Sentíamos que aquel paseante que silbaba y fingía no habernos visto, nos cercaba con su vigilancia. Algunas sombras se movían detrás del primer farol de la calle de la Ese....

"España es dura y áspera -solía decir por último José Antonio- y por eso tenemos que quererla más. Y para siempre."

JOSÉ ANTONIO, ABOGADO

Antonio Goicoechea

Uno de los más notables afanes de la vida de José Antonio lo constituyó el ejercicio de su profesión de abogado. Es lógico que su clara mentalidad se manifestara de una manera poderosa en una actividad a la que rendía con entusiasmo un constante e inteligente esfuerzo. Con una sólida preparación y con un cariño entrañable e ilusionado a la ciencia y al arte jurídicos, en plena juventud alcanzó una madurez excepcional y sus intervenciones ante los Tribunales de Justicia causaron al principio viva impresión y le consagraron rápidamente como uno de los eminentes abogados de España.

En los recuerdos de la vida José Antonio, nadie con más títulos que el ilustre ex ministro don Antonio Goicoechea, compañero suyo en algunos procesos resonantes, para trazarnos la silueta del Fundador de Falange en este interesante aspecto de su vida.

A continuación damos las impresiones que el señor Goicoechea ha tenido la deferencia de enviarnos como contestación a algunas preguntas formuladas por "Y".

¿RECUERDA USTED ALGO INTERESANTE DE JOSÉ ANTONIO EN EL EJERCICIO DE SU PROFESIÓN DE ABOGADO?

Creo que sabré complacerle. Los recuerdos se amontonan y son, a veces, difíciles de condensar. De José Antonio, como orador forense, apenas sabía yo nada antes de 1930, porque ni había tenido la suerte de contender con él en el foro, ni apenas había habido asunto en que los dos estuviéramos mezclados. Sin embargo, no tuve que esperar para conocer su valer, a tener noticias de su gran éxito como abogado de los Ministros de la Dictadura ante la Comisión de Responsabilidades en 1932. Sabía, por testimonios para mí irrecusables, lo acertado y original de su intervención afortunada en aquel discutido asunto. Pero mucho antes de esa fecha, en el otoño de 1930, próximo a su término la situación política presidida por Berenguer, tuvimos juntos un proceso, también muy discutido: el de la responsabilidad civil de los ex Ministros de la Dictadura. Defendía él a don Galo Ponte y yo a Calvo Sotelo, el uno en prisión y el otro expatriado. Ambos contendíamos con Ossorio y Gallardo, mantenedor de la acción pública acusatoria. Para mí, el informe de José Antonio, pieza magistral, reveladora de un espíritu jurídico elevado y de una cultura no despreciable ni vulgar, constituyó un grato hallazgo. Me demostró claramente cuanto podía José Antonio dar de sí como orador y singularmente como orador forense...

DESDE ENTONCES ¿TUVIERON MUCHOS CONTACTOS EN SU VIDA PROFESIONAL?

En efecto; menudearon desde entonces y sobre todo a partir del advenimiento de la República las ocasiones en que, acrecentada nuestra intimidad, y digo siempre un afecto y una consideración mutua no interrumpidas hasta su muerte, laboramos juntos política profesionalmente.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

El momento en que esa labor conjunta fue más frecuente, fue el de los primeros meses de 1936, en que, desatada la persecución contra amigos y correligionarios comunes, tuvimos que ponernos de acuerdo para sostenerlos y defenderlos ante los Tribunales.

Siempre recordaré el proceso iniciado con motivo de la tentativa de asesinato de Jiménez Asúa, que fue ocasión para las entrevistas que casi a diario celebrábamos en la cárcel. Defendí yo a uno de los procesados y el interés de José Antonio, como el mío, era liberarlos a todos de pena y conseguir, sobre todo, salvar la vida de Alberto Ortega, falangista apasionado y entusiasta, uno de los ejemplares auténticos y más brillantes de la juventud que hoy se bate... Salvamos la vida de Ortega que, recluido en el Dueso, pareció cobardemente asesinado después del Movimiento. Facilitamos a otros la fuga al extranjero en avión y, en suma, defendimos juntos la vida y la libertad de amigos entrañables, que habrán de ser después para la causa común el sostén más valioso...

Hubo entre nosotros alguna vez disparidad en la apreciación de procedimiento a seguir; nunca el menor agravio que disminuyera el afecto que constantemente le guardé y respeto que siempre me dispensó. Todavía los últimos días de mayo de 1936, trasladado ya a Alicante, me daba desde la cárcel por carta confidencial un encargo reservado y de delicada y suprema confianza en materia esencialmente política, encargo que procuré cumplir lo mejor que supe y pude.

¿ERA, REALMENTE, UN ABOGADO DE VERDADERA VOCACIÓN?

Si: no se puede dudar de ello. Su amor a la profesión era tal que los elogios a su capacidad y competencia como orador forense eran los que más le impresionaban y los que más vivamente agradecía.

Un día, invitado por él galantemente a saborear en su hotel de Chamartín un sabroso "gazpacho", plato al que era como pocos aficionado, recayó entre nosotros la conversación sobre la cultura necesaria para ejercer la profesión de abogado. Incidentalmente, recordé a José Antonio que esa discusión nuestra era la misma que en su casa de campo de Tusculum, había sostenido Cicerón con dos grandes abogados de su tiempo, Antonio y Hortensio. José Antonio desconocía el precedente, pero a los dos días me enviaba a mi casa un comentario en verso ingeniosísimo de la conversación de Hortensio y Cicerón, que me demostraba con que afición e interés la había leído...

JOSÉ ANTONIO, ESTUDIANTE, ENAMORADO Y PARLAMENTARIO

CONVERSACIÓN CON EL MINISTRO DEL INTERIOR

En el despacho de Ramón Serrano Suñer, y sobre un mueble, vigilando la tarea, hay una estatua de José Antonio. La estatua es de Aladrén. Más que fidelidad a la materia hay en la estatua una fidelidad entera a aquella calidad de hombre-síntesis, de superhombre, de héroe que había en José Antonio. Aquella mezcla del poeta, más aún, del seductor, como un hombre violento y sano, y más aún, con el hombre hecho para mandar. Así es, en el relieve y símbolo del barro, un príncipe natural. Y allí está él -sobre el mueble- presidiendo nuestra conversación, dotándola con una presencia múltiple -porque también la inteligencia y el corazón le recrean en nosotros- de un necesario tinte de nostalgia. Gravándola con nuestro único e irreprimible pecado de tristeza.

José Antonio ha designado a Ramón con un título codiciable y altísimo: "Mi entrañable amigo de toda la vida". El tono de la conversación no desmiente este título. Nuestras palabras, movidas por un motor, no ya de fiel secuacidad, sino de amor entero y verdadero -porque con amor templado, firme y limpio, ganaba él a sus hombres- se encienden hacia una emoción progresiva y ajustada como una sucesión de engranajes perfectos. Desandado el camino hacia el recuerdo, alargándolo hacia la esperanza, el tiempo y el lugar se nos hacen escenario de mito y tacto de nube. La conversación hecha con voces de gargantas va ganando todas esas calidades intranscribibles de la pura vida interior.

Ramón Serrano Suñer y José Antonio se han encontrado en la Universidad, a las puertas mismas de su vocación y a las puertas mismas de su juventud: José Antonio tenía quince años, Serrano Suñer era un año mayor. El caserón de San Bernardo -del que renunció a hacer la descripción nº 389- los acogía a ambos como el escenario-ciertamente algo polvoriento- de una aventura verdadera y grave. Eran dos buenos estudiantes, quizá los dos mejores estudiantes de la Universidad. Ramón Serrano tenía sobre sí el deber de correspondencia al desvelo de su padre cuya vida -enterrado el amor bajo el polvo, tierno aun en las cuentas del rosario- limitaba y se ceñía a la tarea de dotar a sus hijos de armas de inteligencia y profesión para los azares seguros de la vida. José Antonio se abrigaba con su propia voluntad, ya precozmente rigurosa y llena de exigencias: "Hay que prepararse para el trabajo"; y lograr una costumbre de disciplina y labor le obligaba tanto como su profunda curiosidad por saber.

Se conocieron y se hicieron amigos, con esa amistad entera que ya sirve para siempre, y nunca se logra tan sólidamente como en estas edades en que la alma está a la expectativa y la comunidad en la tarea es un vínculo sacro porque apenas distraen al ejercicio otras solicitudes.

De San Bernardo a la Glorieta de Bilbao -lugar de encuentro y despedida diarios- va un tranvía amarillo, juvenil y popular. José Antonio y Ramón repasaban -en el seno de su traqueteo- las lecciones del curso, cambiando impresiones y formulando esperanzas. Alguna vez el regreso -tardío por la insistencia en el trabajo- no se ajustaba a la frecuencia del vehículo. Entonces José Antonio, desgarrado y popular al par que infinitamente elegante, sin perjuicio alguno por el estupor de las gentes, aconsejaba

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

"tomar el caballo". Y el caballo eran sus propios pies, grandes y veloces de muchacho sano, que fingían el trote y tomaban camino urgente a través de las calles. Ramón -un poco avergonzado, quizá por menos decidido- le seguía como se sigue a una fuerza irresistible.

Con una voz de nostalgia buena, Ramón Serrano resucita aquellas jornadas iniciales ya prometedoras:

ESTUDIANTE

-Era un Madrid sin presagios aún; en la calle de la Magdalena, Alonso Misol educaba a las generaciones de ingenieros. En aquella academia estudiaba mi hermano y allí acudíamos alguna vez José Antonio yo. Cerca de ahí, en la misma calle, vivía José Antonio, en un viejo caserón lleno del prestigio militar de su padre, que aún no era Dictador de España. Allí también nos reuníamos con frecuencia. Estaban los hermanos, hacia quienes José Antonio se mostraba lleno de ternura y de admiración. José Antonio volcaba sobre ellos toda su enorme y generosa capacidad de estimación y un orgullo como de cosa propia. Miguel hacía escultura con un positivo talento; había modelado un San Francisco en éxtasis que José Antonio nos hacía admirar con unos comentarios llenos de sabor literario, a un tiempo riguroso y exaltado que hemos conocido plenamente después. Por Fernando -que era muy pequeño- tenía una solicitud tierna, protectora y arrebatada. Se sentía como obligado hacia él con una obligación paternal y tutelar. Andando el tiempo, este afecto y esta admiración irían en aumento. Recuerdo con qué efusión me contaba, muchos años después, en un viaje a Zaragoza, los progresos de Fernando como hombre de sociedad y los éxitos como alumno de la Academia de Caballería, con el número 1 "ganado a pulso y no por influencia del apellido".

Vivieron después los Primo de Rivera en la calle Mayor, y, siendo aun estudiante José Antonio, en Barcelona, donde don Miguel desempeñó la Capitanía General y desde donde ocupó -por golpe de Estado- El Poder español.

El primer cambio grande de José Antonio lo produjo este cambio de clima y concretamente el ambiente de Barcelona. Hasta entonces había sido un buen estudiante pendiente de sus libros, centrado en una vida familiar muy serena y ausente -ya que no en su tendencia, en su costumbre- de toda preocupación de sociedad, de toda solicitud pública, de todo interés por la política. Barcelona le dio todo esto como en sucesivos descubrimientos. Al regreso de sus primeras vacaciones barcelonesas, José Antonio hablaba ya del encanto de las muchachas de Barcelona, de la inteligencia de su sociedad, del gusto de su tradición artesana y burguesa -tiendas con sucesión y humanidad de la Plaza Real-, del que luego ha hablado muchas veces en sus textos políticos. Hablaba también de lo que no le era grato. De aquel mundo más abierto y ensanchado, de aquella ciudad viva, llena de cosas importantes, él empezaba a deducir y a formular sus gustos y sus exigencias ante lo público; empezaba a saber cómo quería las cosas. Barcelona fue para José Antonio, para el político José Antonio, el punto de partida, y para el hombre el punto de crisis.

Pero en la Universidad hicisteis algo que tiene interés para contar...

-Vayamos por partes; en la Universidad no hicimos más que ser estudiantes. Y ya he dicho antes que buenos estudiantes. Y si tuvimos una fuerza, una influencia y una acción fue por eso: porque éramos estudiantes sanos, puntuales y serios, y no agitadores ni partidarios de la alegre huelga.

Y éramos buenos estudiantes, primero por el rigor de nuestra moral; segundo, por la pasión hacia nuestra carrera. En José Antonio es especialmente curiosa esta pasión por su carrera de abogado que no le abandonó nunca, que no le abandonó, tú lo sabes perfectamente, ni en el solemne instante de formular su última voluntad.

José Antonio tenía una cabeza prodigiosa, enormemente ordenada, en la que toda cosa quedaba convertida o incluida en un sistema. Sólo con una cabeza así podía formular tan certeramente, como lo hizo, la síntesis de España. En aquella época ya se delataba plenamente esta capacidad de orden, este rigor y exactitud mental que impresiona aún más que su potencia imaginativa y lírica. Y entonces, como es natural, prefería, aún dentro de su carrera, las disciplinas más exactas: por ejemplo, el Derecho Civil. Tú sabes que las instituciones del Derecho Privado, en lo que tienen de Derecho Romano, constituyen un sistema que es casi una ciencia matemática. El Derecho Romano parte de unos supuestos filosóficos que, si en parte son ya inservibles, partiendo de ellos toda su construcción, es tan inevitable, tan rigurosamente arquitectónico, tan segura como el desarrollo un problema. José Antonio -esto podrá sorprender un poco- amaba las matemática sobre todas las ciencias, seguramente por esa pasión de exactitud y verdad absoluta que había en él -y que, añadido yo, es propia de un genio poético- y, por ello, prefería aquella rama jurídica en la que llegó a ser un auténtico competente. Yo le animé -lo confieso con poca modestia- con mi ejemplo a una aplicación verdaderamente poco frecuente, aun entonces, entre los estudiantes; nuestro viejo y sabio profesor Clemente de Diego podría dar fe de ello.

¿...?

Colaborábamos estrechamente en nuestros estudios, compartíamos los apuntes y nos confiamos el secreto de esos libros de uso infrecuente de los que sacábamos, al par que el complemento de nuestra formación, la cita y el truco necesarios para responder en todos esos casos en que el profesor suele preguntar: "Ustedes no sabrán, seguramente..."

-¿Y otras colaboraciones...?

Ciertamente. La historia de nuestra lucha estudiantil, en la que tanta prisa tienes por entrar, es ésta:

Ramón Serrano se recluye un instante en el silencio, la mano sobre los párpados, para encontrar esos dos o tres datos exactos que fijan una narración en su ambiente preciso. Después se descubre y comienza con seguridad y animación:

-Nosotros teníamos un interés auténtico por la Universidad. Un interés de estudiantes que estudiaban y que tomaban en serio su oficio, y con su oficio su escuela. Nada desviaba nuestro interés de esta línea absolutamente limpia.

Por una parte, ni José Antonio ni yo estábamos mezclados en interés político alguno. Yo era socio del Ateneo, por decisión de mi padre, para utilizar la biblioteca, pero -

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

cumpliendo su exigencia- jamás había pisado otro lugar de la casa ni compartido su clima. José Antonio no pertenecía entonces a sociedad alguna, a círculo alguno, donde ni el ambiente político ni el mundo intelectual tuviesen acceso. Si él tenía curiosidad viva por las cosas del arte y del saber, esa curiosidad no estaba matizada por ningún clima de tertulia. Éramos los estudiantes en la soledad apasionada de nuestros propios libros y de nuestras aulas profundamente respetadas.

Por otra parte, eran aún los tiempos felices -pronto dejarían de serlo- en que España- ante nuestros ojos- parecía aun una ciudad. Ni en el aspecto religioso observamos otras disidencias que las nacidas de un fervor mayor o menor o de una moral más pulcra o más desaliñada.

Creíamos seriamente que, bajo el supuesto de que éramos españoles sin que nadie discutiera de España, y de ser católicos sin que nadie discutiera nuestro Credo, podríamos ser pura y escuetamente estudiantes -sin adjetivo alguno dentro de esa profesión-, y que al serlo dignamente ejercíamos de la mejor manera nuestro deber de fieles y de patriotas. Quizá unos años después -José Antonio mismo se sintió forzado, con nostalgia, a variar su posición-, ya no sería bastante en España ser un buen labrador, un buen poeta o un buen estudiante. Entonces lo era y a ello nos ateníamos.

Era entonces exactamente el año 1919; estaba en el Poder el Gobierno Nacional de Maura y era Ministro de Instrucción Pública Silió.

Se publicó entonces el Decreto estableciendo la autonomía universitaria y regulando esa autonomía. Los estudiantes ganaban, con aquel régimen, acceso al gobierno de la Universidad por medio los representantes del curso en el Consejo Universitario.

Nosotros tomamos en serio las cosas. Nos apasiona el problema de los estudios para los que -con exclusión de todo interés- vivimos y luchamos durante tres años. Y en aquella ocasión tomamos también en serio lo de la intervención escolar en el gobierno de la Universidad, y nos propusimos actuar seriamente.

El Decreto creaba las Asociaciones Oficiales de Estudiantes, por facultades, como único organismo profesional del cual debían extraerse los representantes de la escolaridad.

Nos pusimos a la obra de crear estas Asociaciones, es decir, la de Derecho, con toda la buena fe, con toda la "ardorosa ingenuidad" de que éramos capaces y con el profundo orgullo -que no perdimos en toda nuestra vida- de estar cumpliendo un deber.

Y como nosotros éramos universitarios recientes, la presidencia de la primera Junta Directiva se le confirió a uno más maduro: creo recordar que se llamaba Felipe Areal. Yo era Vocal en aquella Junta, José Antonio lo era -a través de mi puesto-, ya que todos los trabajos se preparaban entre los dos. Debo añadir que nosotros también tomamos en serio el Estado y que habiendo determinado éste la existencia de una sola entidad escolar, no podíamos pensar que pudiese existir otra, y por el contrario -y por las razones de felicidad que te decía antes-, creímos convenientísima la existencia única de nuestra agrupación.

Claro es que no todos pensaban así. Un grupo de buena fe y de recto propósito -en alianza con gentes de quien no podemos opinar tan generosamente- sostuvieron la tesis de crear, al margen o dentro de la Asociación, otra con carácter y definición de Católica.

A nosotros nos pareció aquello peligroso. Repito que era el tiempo feliz en que todos éramos católicos -de José Antonio y de mi respondo que algo más ejemplares que muchos de los otros-, y por lo tanto era inútil puesto que esto se entendía, puesto que el Estado lo era también y puesto que la función para que se convocaba allí a los estudiantes era netamente profesional- plantear un problema que no existía.

José Antonio y yo acudimos a disuadir a las personas más calificadas de entre ellos, para agotar estos argumentos. José Antonio mostraba ya el lujo de su dialéctica impecable: "El estado llama y admite a todos los estudiantes en la Universidad. Nosotros no tenemos la culpa de que no se exija, por ejemplo, una confesión religiosa para gozar de la enseñanza. Por lo tanto, no planteen ustedes un problema que el Estado no plantea. Hagan ustedes asociaciones para fomentar la piedad entre los jóvenes, pero no las hagan para participar en la Universidad profesionalmente, que es para lo que el Estado nos convoca. No invadan ustedes la órbita del Estado. Y, en último término: ustedes crean una entidad estudiantil con carácter de católica, al margen de la del Estado, y siendo presumible que la del Estado conservaría algunos estudiantes, es indudable que estos estudiantes aparecerán como menos católicos por el solo hecho de interpretar mejor las leyes, y que si su asociación lucha con la de ellos, es posible que la de ellos empiece, por estar totalmente en contra de la suya, a definirse como contraria a su definición; es decir, a ser contra-católica. Esto es deplorable. Si hubiera una Asociación de estudiantes budistas, bien estaría defenderse de ella, pero ante una Asociación integrada por católicos, en la que los fuertes podrían influir a los débiles, ¿por qué abrir esa lucha inútil?"

Pero aquellas personas de dentro y de fuera de la Universidad no aceptaron las razones de nuestras insignificantes personas. Se creó la Asociación de Estudiantes Católicos, al margen de la Asociación oficial. Y comenzó la lucha.

Ramón Serrano ha dicho estas palabras y dice las siguientes con una torturada exactitud, lentamente, con tino y sin vacilación; pero también con una exaltación notable, es como si se tratara de un problema actual.

-Nosotros continuamos en la Asociación. Al año siguiente fui yo elegido presidente, José Antonio Vocal y Secretario. Trabajamos con ardor, con entereza y con una honradez inmensa. Ni por un momento abandonamos nuestros estudios, porque sabíamos que ellos constituían nuestro primer deber universitario. Pero empleábamos en la tarea todo el tiempo libre: las frecuentes horas disponibles por las ausencias de los profesores, los recreos, el tiempo de la noche, después de la jornada. Teníamos como oficina unas habitaciones algo menos que modestas, en las que se elaboraban ficheros y se preparaban listas y trabajos. La disciplina familiar era un límite serio a nuestros entusiasmos. A cierta hora de la noche -tras la necesaria lamentación- José Antonio levantaba el campo: "Mis tías me esperan." A veces le gastábamos bromas sobre aquella tutela femenina que acataba sin embarazo alguno. El solía replicar con humor: "Verdaderamente, mis tías tienen mucha personalidad universitaria."

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Nos esforzábamos por restablecer la normalidad escolar, pero también por contener el mal que veíamos como irremediable.

Ante nuestros ojos y ante nuestro dolor, por vez primera y en aquella pequeña España que era la Universidad, veíamos pulverizarse la unidad de la Patria: perderse, para España, la paz que sólo ahora va a ser recobrada.

Los "estudiantes católicos" insistían en su posición, y mientras tanto nosotros empezábamos a ver cumplida nuestra propia profecía: como detrás de aquella definición religiosa y de sus altas invocaciones se le veía el rostro como mal cubierto, a toda una política, como había un periódico que formaba tras de su causa, como fuera de la Universidad, dando lecciones a los futuros revolucionarios, se valoraba y se ejercía el movimiento de aquella masa tierna, muchos estudiantes comenzaban a reaccionar con excesiva amplitud; y al reaccionar políticamente, los que tenían débil su fe, aviesa su intención o cerrada su mollera, comenzaban ya a atacar aquellas mismas invocaciones que los otros tomaban como escudos; de estar contra la política de los católicos se pasaba a atacar a los católicos mismos, y de atacarlos a ellos a atacar su confesión. De la defensa del profesionalismo contra la intrusión política se veía ya adelantarse el foco de otra intrusión política, más peligrosa, que los que iban a ser sus víctimas habían ocasionado.

Teníamos luchas enormes aún dentro del seno de la Asociación. Fuera, claro es que las luchas habían pasado de palabras. Los estudiantes se pegaban con frecuencia, y no hay que decir que José Antonio formaba siempre en la primera línea. Especialmente cuando había oposiciones a Cátedras, que con bastante frecuencia se adjudicaban injustamente, José Antonio fijó más de una vez, en los tableros, una convocatoria para "que los estudiantes fueran a presenciar la injusticia de la votación del día".

En el seno de la Asociación, los extremistas apuntaban: "Hay que luchar contra los católicos", "hay que hacer una Asociación con afirmaciones contra los católicos".

José Antonio replicaba con violencia, increpándoles: "Sois unos bestias; no comprendéis que al decir eso caéis en su mismo error, ¡pero de peor manera!". Nuestro prestigio, sostenido a golpe de conducta, se iba debilitando en medio de la pasión creciente.

Los católicos de fe robusta, sabedores de que la iglesia no impone una determinada profesión política, se irritaban contra aquélla incesante involucración de los "titulares de la fe". A los más débiles -como te decía-les producía esto un tambaleo no justificable, porque esas cosas nunca puede justificarse, pero sí explicable. Nunca habremos agradecido bastante la intervención del inolvidable maestro Pérez Bueno, conecedor diario de nuestras angustias, quien un día -viendo nuestra situación- nos llevó con él a su acostumbrado paseo por el de Coches del Retiro. Compartían su paisaje y su diálogo gentes como Vázquez de Mella y otras personalidades eminentes, y el mismo Nuncio de S. S. Monseñor Ragonessi, uno de los hombres más virtuosos y finos que he conocido. Pérez Bueno nos ha dicho: "Es duro lo que a ustedes les sucede, pero son ustedes dignos de que no les salpique ni una gota de esa reacción excesiva que ya apunta." Y aquella tarde oímos, el propio Nuncio de Roma, la confirmación de nuestra actitud y la declaración de los temores que la táctica derechista comenzaba a infundirle. Salimos confortados y seguros de aquel paseo. Ya sabíamos de cierto que nuestra

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

profesión de católicos estaba acorde con nuestra profesión de estudiantes. Y continuamos la lucha sin desmayo.

A lo largo de nuestros años de estudiantes pudimos conocer -con un asco que era una previsión- a muchos personajes de aquella fauna turbia que, al esgrimir el dogma como cartel político, estaba auxiliando a los enemigos de España y promoviendo escisiones y daños contra su integridad.

Por ejemplo: el día de Santo Tomás, los "Estudiantes Católicos" celebraron la fiesta con actos nada universitarios, pero muy pomposos. Entre otros hubo uno en la Academia de Jurisprudencia, de la que era presidente -así como Decano del Colegio de Abogados de Madrid- Don Francisco Bergamín. Conviene recordar que fue el aprovechado diplomático rojo Osorio y Gallardo otro de los impulsores del movimiento.

Nosotros -queriendo impedir la definitiva significación política que con el acto ganaba la Asociación-acudimos al promotor para evitarlo. José Antonio y yo usamos de nuestras mejores razones contra la existencia del pleito confesional en la Universidad: "Usted, le dijimos, es Decano de una Corporación -la de Abogados- que no ha sentido la necesidad de añadirse adjetivos. No sé por qué razón los estudiantes han de ser menos profesionales y tener otro valor en la vida española que ustedes mismos, y si usted cree esto no se cómo puede presidir aquella entidad." Don Francisco se salió por la habitual tangente llamándonos "neutros". Ante aquella inaudita zafiedad impropia de una cabeza inteligente, tuvimos que desistir.

Pero es curioso que mientras, andando el tiempo, José Antonio iba a escribir este testamento cristianísimo y fervoroso, y yo iba a conservarme con más seguridad que nunca, gracias a Dios, en mi fe, esos ilustres miserables iban a justificar la juridicidad republicana; iba a servir, uno de ellos, a los rojos, y engendrar otro uno de los más viles monstruos de cuantos tienen a su servicio. ¿Es que se cocía ya entonces la conjura que iba a entregar a España a la desesperación?

Ramón cesa un momento y prosigue seguro y amargo:

Naturalmente, perdimos la partida. La lucha universitaria adquirió cada vez un signo más extremo y las fuerzas exteriores que aguardaban el momento, viendo producida la desunión y los ánimos tensos, se dispusieron a aprovecharla.

Alguna vez me han dicho, gentes viles de aquellas mismas que abrieron la puerta al cisma, que José Antonio fue el fundador de la F.U.E. Es una cosa que no oigo con paciencia. Soy poco belicoso, pero alguna vez, por esa acusación, me he pegado, literalmente. A José Antonio y a mí nos ha caído el orgullo y la satisfacción de haber impedido durante tres años que la asociación oficial se desviase y que la F.U.E. viniese a suplantarla. Durante tres años los estudiantes fueron -por nosotros- estudiantes, y sólo al año de salir nosotros entró la F.U.E. en la Universidad, con toda su virulencia y todo su encono. José Antonio no fundó la F.U.E.; por el contrario, a José Antonio le cabe la gloria, una de sus mejores glorias, de haber recuperado para España, con la Falange, a muchos de aquellos espíritus desviados por una reacción excesiva, frente a la acción política de los que luego seguirían atacándole a él.

Esta es la historia de José Antonio en la Universidad. Te podría contar anécdotas, detalles... todo sería menos vivo que presentar ante ti el problema que él tuvo que vivir. El temple, el valor, la serenidad, el talento y la elegancia con que vivió aquellas jornadas revelaban ya al hombre superior destinado para grandes empresas: el hombre que él ha sido.

-¿...?

-Seguimos la amistad a pesar de partir nuestros caminos al dejar los estudios acabados. Yo hice unas oposiciones, las primeras que se presentaron, y él se preparó, con modestia, con limpieza y con rigor, a ejercer su carrera, de la que estaba realmente enamorado.

Instaló su despacho en un pequeño entresuelo de la calle de Los Madrazo. Estábamos en plena Dictadura y lo mejor de su esfuerzo lo dedicó a conquistar su posición, con honestidad, con decoro y con una independencia verdaderamente feroz. A los primeros clientes que buscaron en él al hijo del Dictador los expulsó de su presencia con una cortesía terminante. Jamás toleró equívoco alguno. Se preparaba concienzudamente, elegía con pulcritud las causas y estaba lleno de ilusión. Su despacho en aquella época era ciertamente divertido. Cuidaba de la casa un matrimonio, él guardia de Seguridad, que tenía una gran devoción por la familia Primo de Rivera; era extremadamente prolífico: "Cada año Dios les obsequiaba con un descendiente", y todos recibían los nombres de José y sus hermanos.

José Antonio sufría todas las incomodidades habituales del abogado nuevo, y tenía ante ellas una paciencia y una honradez sin límites. Esta legión de gentes que viven de la esperanza de un pleito quimérico, de una acción fabulosa, desdeñados, a causa de la longitud de su asunto y de su propia pobreza, por los abogados famosos, acudía en plaga a consumir el tiempo del novel.

"Tengo una clientela de locos -describía- y gano poco dinero, pero estoy contento." A los portadores de asuntos imposibles los disuadía honradamente; a los que sólo eran pobres los atendía, y aún llevó a buen puerto alguno de sus pleitos menos fabulosos.

Su prurito de independencia ante su propio nombre disminuía sus posibilidades, pero aquella fue, profesionalmente, una etapa de gran provecho para él. Allí no hizo camino de fortuna, pero se formó tan sólidamente, que poco tiempo después -no me desmentirán los Magistrados ni sus colegas de Madrid- era una figura de primera clase entre los primeros abogados de España.

En aquella primera casa conocí a los que le acompañaron, primero en la profesión, luego en ella y en la Falange, hasta el final: Garcerán, que se presentó a él en una especie de acceso de fe después de oírle informar un día; Sarrión, que frecuentemente era reprendido por su afición a poner siempre sobre la mesa los asuntos políticos- era el fascista de la casa y un bravo tipo-, y a Cuerda, discreto y fiel hasta la última hora.

De esta época de José Antonio tengo un largo epistolario que no pienso escamotear a la curiosidad de los que le quisieron; todo él está lleno del tesón, del orgullo y de la alegría de aquel hombre tan entera y sencillamente entregado a las cosas.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Cuando cayó la Dictadura, muy poco después, José Antonio trasladó su despacho a Alcalá Galiano, 8, y comenzó a trabajar con amplitud. Desde entonces a la época de la Falange, José Antonio realiza la etapa más brillante de su vida profesional. No obstante, en el auge, se mezclan los disgustos y una amargura que empieza a reclamarles. Durante la Dictadura él se había conservado impecablemente al margen, aunque cumpliendo con sus deberes filiales ante cualquier ataque personal y con la rotundidad de la que hay abundantes demostraciones.

En el último tiempo nuestra correspondencia se hizo más intensa, y llegó a confiarme algún asunto propio; y le hice el informe sobre su pleito de derechos reales, en que sufrió el atropello del Estado. Él elaboraba para mí impecables informes de abogado que a veces podía confiarle.

Cuando la angustia de España le hizo asumir la tarea política de fundar y regir la Falange, su despacho de abogado -es decir, su ilusión privada- quedó desatendido casi por completo, y empezó para José Antonio otra vida: una vida de riesgos, de agitaciones, de la que, naturalmente, no hay ya ningún secreto que descubrir.

Vivía él por esta época en un chalet de Chamartín de la Rosa, y tenía que exponerse diariamente -en medio de aquel Madrid hostil- a recorrer una larga distancia por despoblado. Cuando José Antonio fue diputado a Cortes, Pepe Finat y yo le acompañábamos con frecuencia. También le acompañaban siempre los de la Falange. Recuerdo que un día, estando con él en su despacho, me dijo: "Si no te importa jugarte la vida, ven a comer a casa." En efecto, se jugaba la vida cada día, cuando en el coche atravesaba Madrid y los barrios extremos con dos o tres muchachos provistos de armas más o menos aterradoras.

Por fin la exigencia de sus camaradas y el ruego de sus amigos y de su familia, le decidió a vivir en la ciudad. Entonces se instaló en la calle de Serrano, en una casa algo destartalada, que poco a poco fue cobrando un aire cómodo y que, poco a poco, también, fue convirtiéndose en cuartel, arsenal y puesto de mando. "Vamos -me dijo- a vivir todos juntos. Vamos a pasar en esta casa los malos tiempos."

-¿...?

-En esta época yo vivía más frecuentemente en Madrid y nos veíamos diariamente; antes jamás rompimos el contacto, porque o él venía a Zaragoza o yo acudía a la capital. Por cierto, no siempre sus viajes a la capital de Aragón estaban desprovistos de sentido, como te diré luego.

Nuestra conversación ha agotado -hasta algo más allá de la discreción- el tamaño previsto. Aún quedan pendientes algunos temas, ricos en anécdotas, en impresiones y aún en valor político. En el fondo, ni él ni yo queremos orillar estos temas, pero los límites exigen y tenemos que pasar sobre ellos con verdadero vértigo, sin más consuelo que el de una promesa de futuras ampliaciones. Ramón, que hace una hora estaba fatigado bajo el peso de toda una jornada, ha recobrado, tras la conversación, una animada y alegre ligereza que se sostiene, pecadoramente, en el "cualquier tiempo pasado..."

ENAMORADO

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

-Claro es que la vida de José Antonio no es una vida seca, de libros, golpes, discursos y prisiones. Bajo su coraza temperamental del héroe transcurría una vena de ternura capaz de detenerse en cada cosa: así era ante su familia -recuerdo su especial cariño por Pilar-, y así era para con los niños, con los que era capaz de mantener tardes enteras de diálogo. Yo recuerdo que siempre que yo estaba en Madrid él iba a mi casa a visitar a los niños y que los niños -que fácilmente se prendaban de él- contestaban a sus visitas diciéndome, tiempo después -ya José Antonio preso-, cuando paseábamos por la Moncloa, señalando la cárcel y con su brazo en alto: "Ahí está nuestro jefe."

Y, naturalmente, toda esa savia delicada y humana se le fue a José Antonio -como a cada hombre aunque con más delgadez, exigencia y tortura- tras el Amor. Recuerdo el día que me lo comunicó con un aire endiabladamente adolescente. Y sus frecuentes conversaciones sobre "ella" durante meses y años; y los elogios sobre el color, sobre el tamaño, sobre el acento y sobre todo sobre las cartas, "que estaban llenas de rigor literario". Recuerda también sus estratagemas de malhechor furtivo para llegar hasta ella o hacerle llegar la carta o el regalo en la misma capilla del Pilar. Sus lances a lo Romeo y Julieta y sus torturas, vacilaciones, decisiones y nostalgias últimas. Pocas veces se da un hombre portador de tantas cualidades; pero la propia exigencia o la mala fortuna las frustraron para el encuentro definitivo.

PARLAMENTARIO

Nos entretenemos algún tiempo aún en un repaso de anécdotas, confidencias y rasgos de la vida sentimental. Hay un tránsito brusco tras el azar de una pausa.

-Vamos a acabar con el Parlamento.

-¡En su doble sentido! Es demasiado reciente y, por lo tanto, demasiado abundante el anecdotario político de esta época de José Antonio. Yo pienso recordarlo, con detalle, en el prólogo de los textos parlamentarios que van a publicarse. Sólo te diré el asombro que produjo su irrupción -nada reverente- en él, y su imposición de nuevos estilos. Nada más llegar comenzó la tarea de higiene. Se produjo el incidente con Prieto. Ante un agravio hecho a su padre por el demagogo, José Antonio saltó elásticamente y la emprendió -con la más firme limpieza- a puñetazos. Los energúmenos se lanzaron cobardemente contra él. Algunos de entre nosotros acudimos a la defensa -recuerdo entre ellos a don Ramiro y a Honorio Maura-; el funcionaba en el tumulto como una máquina de golpear; nos golpeaba a todos: a los cobardes y a los defensores, porque no quería la defensa. Por primera vez en el Parlamento -desde Pavía- había alguien que se ponía en razón.

Poco después -en otro tumulto- requirió a la presencia "para que nos dejasen pegarnos un día en serio". Un diputado cretino replicó con ese desgarrado zafio propio del régimen: "Tú no pegas ni con engrudo." José Antonio vocalizó a la maravilla un epíteto incontestable y rotundo ante el que no cabía quedar impasible. El diputado avanzó. José Antonio le dejó llegar, en pie tras la barrera de su escaño, y cuando estuvo a tiro le lanzó un puñetazo que le hizo ir rodando hasta el banco de los Ministros. Tras esto, sin inmutarse lo más mínimo, le dijo con elegancia: "Deme S. S. las gracias, porque por una vez, y aunque ha sido rodando, le he hecho llegar al banco azul."

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Yo me sentaba casi siempre junto a él, y tengo el descanso de conciencia de no haberle abandonado -aún contra mi propia disciplina- en ningún momento. El impuso allí una dialéctica nueva -aparte de la dicha-, que ni interesaba a aquellas gentes ni la merecían aquellos oídos. Pasó por aquella morada lamentablemente sin que le manchase una sola mota de su mugrienta suciedad.

- ¿...?

-Condenando violenta y absolutamente la táctica de nuestra minoría, trató siempre personalmente con cariño a casi todos los diputados de aquélla, proclamando su honradez y su patriotismo, pero acusando con dureza aquel error político que malograba un instrumento de Gobierno que podía haber sido interesante para España.

Especialmente en los últimos tiempos, Finat, Ruiz Valdepeñas, Avia, Bermúdez Cañete, Ibáñez y otros diputados jóvenes, convencidos de que ya nada había que hacer por vía democrática, nos pusimos prácticamente a su servicio y al de los generales Franco y Mola.

De haber tenido José Antonio libertad de movimientos, después del Alzamiento, yo estoy seguro de que él, inteligentemente, hubiera ganado rápidamente a las masas católicas de los extinguidos partidos de la derecha española, sin otras excepciones que las de quienes doctrinal y temperamentalmente fueran inasimilables por su gran tarea.

Presenté a José Antonio a algunos militares y le proporcioné algunas entrevistas, recuerdo una, con el General Yagüe, en casa de mis hermanos.

José Antonio había comenzado su relación con el actual Caudillo de España en Oviedo con ocasión de ser, los dos, testigos de mi boda. Desde entonces, singularmente en las horas de peligro, tuvieron frecuente comunicación.

En una ocasión, a uña de caballo, con mis hermanos José y Fernando (éste era Secretario de Falange en Palma y muy querido de José Antonio) llevé yo a Franco, que estaba lejos de Madrid, una carta angustiada de éste.

Eran las vísperas del octubre trágico. Aquí está una copia:

"José Antonio Primo de Rivera. -Abogado.- Serrano, 86.- Madrid, 24 de septiembre de 1934. -Teléfono 61993. -Excmo. Sr. D. Francisco Franco -Mi General: Tal vez estos momentos que empleo en escribirle sean la última oportunidad de comunicación que nos quede; la última oportunidad que me queda de prestar a España el servicio de escribirle. Por eso no vacilo en aprovecharla con todo lo que, en apariencia, pudiera ello tener de osadía. Estoy seguro de que usted, en la gravedad del instante, mide desde los primeros renglones el verdadero sentido de mi intención y no tiene que esforzarse para disculpar la libertad que me tomo.

"Surgió en mí este propósito, más o menos vago, al hablar con el ministro de la Gobernación hace pocos días. Ya conoce usted lo que se prepara: no un alzamiento tumultuario, callejero, de esos que la Guardia Civil holgadamente reprimía, sino un golpe de técnica perfecta, con arreglo a la escuela de Trotsky y quién sabe si dirigido por Trotsky mismo (hay no pocos motivos para suponerle en España). Los alijos de

armas han proporcionado dos cosas: de un lado, la evidencia de que existen verdaderos arsenales; de otro, la realidad de una cosecha de armas risible. Es decir, que los arsenales siguen existiendo. Y compuestos de armas magníficas, muchas de ellas de tipo más perfecto que las del ejército regular. Y en manos expertas que, probablemente, van a obedecer a un mando peritísimo. Todo ello dibujado sobre un fondo de indisciplina social desbocada (ya conoce usted el desenfreno literario de los periódicos obreros), de propaganda comunista en los cuarteles y aún entre la Guardia Civil y de completa dimisión, por parte del Estado, de todo serio y profundo sentido de autoridad. (No puede confundirse con la autoridad esa frívola verborrea y del ministro de la Gobernación y sus tímidas medidas policíacas, nunca llevadas hasta el final.) Parece que el Gobierno tiene el propósito de no sacar el Ejército a la calle si surge la rebelión. Cuenta, pues sólo con la Guardia Civil y con la Guardia de Asalto. Pero, por excelentes que sean estas fuerzas, están distendidas hasta el límite de tener que cubrir toda el área de España, en la situación desventajosa del que, por haber renunciado a la iniciativa, tiene que aguardar a que el enemigo elija los puntos de ataque. ¿Es mucho pensar, que en un lugar determinado, el equipo atacante pueda superar en número y armamento a las fuerzas defensoras del orden? A mi modo de ver esto no era ningún disparate. Y, seguro de que cumplía con mi deber, fui a ofrecer al ministro de la Gobernación nuestros cuadros de muchachos por sí, llegado el trance, quería dotarlos de fusiles (bajo palabra, naturalmente, de inmediata devolución) y emplearlos como fuerzas auxiliares. El ministro no sé si llegó siquiera a darse cuenta de lo que le dije. Estaba tan optimista como siempre; pero no con el optimismo del que compara conscientemente las fuerzas y sabe las suyas superiores a las contrarias sino con el de quien no se ha detenido en ningún cálculo. Puede usted creer que cuando le hice acerca del peligro las consideraciones que le he hecho a usted y algunas más, se aparentó en la cara la sorpresa de quien repara en esas cosas por primera vez.

"Al acabar la entrevista no se había entibiado mi resolución de salir a la calle con un fusil a defender a España, pero sí iba ya acompañada de la casi seguridad de que, los que saliéramos, íbamos a participar dignamente en una derrota. Frente a los asaltantes del Estado español y, probablemente calculadores y diestros, el Estado español, en manos de aficionados, no existe.

"Una victoria socialista ¿puede considerarse como mera peripecia de política interior? Sólo una mirada superficial apreciaría la cuestión así. Una victoria socialista tiene el valor de invasión extranjera; no sólo porque las esencias del socialismo, de arriba abajo, contradicen el espíritu permanente de España; no sólo porque la idea de Patria, en régimen socialista, se menosprecia, sino porque, de modo concreto, el socialismo recibe sus instrucciones de una Internacional. Toda nación ganada por el socialismo desciende a la calidad de colonia o de protectorado.

"Pero, además, en el peligro inminente hay un elemento decisivo que la equipara a una guerra exterior: este: el alzamiento socialista va a ir acompañado de la separación probablemente irremediable de Cataluña. El Estado español ha entregado a la Generalidad casi todos los instrumentos de defensa y le ha dejado manos libres para preparar los de ataque. Son conocidas las concomitancias de entre el socialismo y la Generalidad. Así, pues, en Cataluña la revolución no tendría que adueñarse del Poder: lo tiene ya. Y piensa usarlo, en primer término, para proclamar la independencia de Cataluña. Irremediamente, por lo que voy a decir. Ya sé que, salvo una catástrofe completa, el Estado español podría recobrar por la fuerza el territorio catalán. Pero aquí

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

viene lo grave: es seguro que la Generalidad, cauta, no se habrá embarcado en el proyecto de revolución sin previas exploraciones internacionales. Son conocidas sus concomitancias con cierta potencia próxima. Pues bien: si se proclama la República independiente de Cataluña no es nada inverosímil, sino al contrario, que la nueva República sea reconocida por alguna potencia. Después de eso ¿cómo recuperarla? El invadirla se presentaría ya ante Europa como agresión contra un pueblo que, por acto de autodeterminación, se había declarado libre. España tendría frente a sí, no a Cataluña, sino a toda la AntiEspaña de las potencias europeas.

"Todas estas sombrías probabilidades, descarga normal de un momento caótico, deprimente, absurdo, en el que España ha perdido toda noción de destino histórico y toda ilusión por cumplirlo, me ha llevado a romper el silencio hacia usted en esta larga carta. De seguro usted se ha planteado temas de meditación acerca de si los presentes peligros se mueven dentro del ámbito interior de España o si alcanzan ya la medida de las amenazas externas, en cuanto comprometen a la permanencia de España como unidad. Por si en esa mediación le fueron útiles mis datos, se los proporciono. Yo, que tengo mi propia idea de lo que España necesita y que tenía mis esperanzas en un proceso reposado de madurez, ahora, ante lo inaplazable, creo que cumplo con mi deber sometiéndole estos renglones. Dios quiera que todos acertemos en el servicio de España.

"Le saluda con todo afecto, José Antonio Primo de Rivera (Rubricado)."

Leemos, con un temblor especial, esta carta que es como el hilo de la continuidad en que hoy se mantiene nuestra fe: es una carta humana, ceñida y profética –si no cumplida entonces del todo, cumplida hoy con plenitud-. Es, sobre todo, una carta sencilla, emocionada y generosa en la que sólo se pide por España. Una carta de la que todos tenemos que aprender.

La lectura ha sido como un punto final. Después de este gran plato, nuestras palabras apenas lograrían sabor ni interés. Ha entrado en el despacho José Antonio Giménez Arnau. Estamos recogidos en un calor de recuerdos. Hay un momento en que todos estamos a punto de comenzar: "Hubiera sido.. "

Arнау corta con entereza: "Matemos la nostalgia para ser felices. " La estatua está presente y mantiene su gesto de dulzura y poder, dando bulto a los mitos.

¡ARRIBA ESPAÑA!

JOSÉ ANTONIO EN " LA BALLENA ALEGRE "

Samuel Ros

He oído decir a mucha gente, aún con dos mares por medio: "los que tomábamos café con José Antonio..." y sin embargo, con José Antonio tomamos café muy pocos allá en el sótano de un café de Madrid que se llamaba "La ballena Alegre" y que hoy se llama, por gracia de Eugenio Montes, la catacumba de la Falange.

A mí jamás me ha chocado la inexacta amplitud de la frase, porque sé que la Ballena, como la Historia, tiene vientre profundo y porque quien haya tomado alguna vez café, como Dios manda, puede hoy decir con rigor que lo tomó con José Antonio, si así cumple el sentido metafísico que al tomar café da el español.

La vida como la Ópera se va muchas veces a los sótanos y a las buhardillas en busca de categoría y por esto la Falange, que es su vida y ópera, se enterró en busca de la suya. Desde lo profundo del surco la semilla de la flor, como la torre ve dentro del día la estrella y como José Antonio veía a España desde "La Ballena".

Era "La Ballena" un cuadrado irregular no muy amplio, con un diván corrido por toda la pared; y con pinturas murales buenas hasta donde lo decorativo puede llegar; con un reloj de pie de agradable metal; con un espejo brumoso y con un barco velero en miniatura suspendido del techo. Tenía algo de museo porque con elegancia de juego iba hacia lo definitivo y tenía el aire y el color de lo romántico, sólo en el punto y en el momento de lo que aspira con fuerza a ser clásico.

En la breve escalera de madera sonaban los pasos de José Antonio de una forma singular. Yo que siempre fié en la buena estrella de nuestro jefe, al oír sus pasos en aquella caja de resonancia sentí más de una vez el calofrío de lo fatal, porque todas las escaleras tienen algo de dentadura de la tierra mordiendo al hombre, y aquella... aquella escalera mordía a José Antonio como enamorada de su naturaleza nacida para fronda.

Se sentaba ante nosotros como cerrando el abanico de sus muchas direcciones en la única y sabia dirección de hombre y amigo, pero el diálogo volvía a abrir el abanico de su temperamento como una rosa de todos los vientos con nortes y contra nortes.

La voz de José Antonio era la voz que enamoraba a una juventud destinada a enamorar a una Patria, y era la voz que iba a equilibrar el desequilibrio en la magia de este difícil milagro: realidad lo mismo que poesía y trabajo lo mismo que honor y amor lo mismo que sacrificio.

En los diálogos de "La Ballena Alegre" se incubaba el sueño de lo que hoy es casi realidad... y digo casi para dejar abierto a la superación el horizonte huidizo del perfecto anhelo.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Y como todos los temas tenían un propósito, sin hablar de política se hablaba y se hacía política. Más cerca de ella cuando más lejana nos parecía estar; de tal forma que el soneto presagiaba y presentía las escuadras del combate militar y la anécdota histórica levantaba brazos en apartadas provincias y bordaba flechas rojas en camisas azules -con finas cosquillas del corazón- allá donde España fue imperio y allá donde yo con ojos de despertar iba a ver el sueño en carne de realidad.

Arriba y afuera la vida en sucia y mezquina como son las vidas que pactan en cada hora; por eso en el vientre de "La Ballena" se forjaba el gran estilo de la intransigencia que hoy encontramos convertida en la espada de Franco.

Figuras en marcha de aquel museo son Eugenio Montes, Jacinto Miquelarena, Luis Bolarque, Luis Peláez, Agustín Foxá, Dionisio Ridruejo, Víctor y Luis de la Serna, Javier de Salas, Antonio de Obregón, Juan Cabanas y Juan Antonio de Zunzunegui

Figuras quietas de aquel museo, animadas por el pensamiento son Julio Ruiz de Alda, Fernando de la Cuadra Salcedo, Alfonso Ponce de León y Vicente Sarrión.

De intento quedan en el olvido y esperanza queridas figuras de aquel museo, en el incierto mismo de la ausencia. Además... sólo nombro a algunos porque la puerta de "La Ballena" era tan ancha que queda abierta a la verdad de todos los que dicen que tomaban café con José Antonio, el café metafísico del deseo, que es hoy el que sirve y es el que salva.

Había en "La Ballena Alegre" un reloj, un navío y un espejo. Tiempo, singladura e imagen: la propia eternidad de José Antonio.

JOSÉ ANTONIO EN LA CÁRCEL MODELO

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL

Todos sabemos que la Cárcel Modelo de Madrid fue construida con arreglo al sistema llamado celular, o, lo que es lo mismo, que estaba constituida por cinco galerías irradiadas en forma de abanico.

Estas cinco galerías o radios estaban situadas al fondo de la fábrica, y en el punto concéntrico de los mismos, situada perpendicularmente al plano de la puerta de entrada principal, había otra galería que quedaba sobre el primer rastrillo. Esta era la llamada galería de políticos, restaurada y acondicionada a todo confort por orden del gobierno Lerroux-Gil Robles, para alojar, a raíz de la intentona revolucionaria marxista del 34, a Largo Caballero y además gerifaltes rojos. No tenía celdas esta galería, pero sí una serie de habitaciones, distribuidas a derecha e izquierda de la misma, que cualquier hotel madrileño podía envidiar.

Y después de la redada hecha el 28 de mayo, los jerarcas de la Falange se encontraban instalados, distribuidos en la forma siguiente: en la primera habitación de la izquierda, José Antonio, con su hermano Miguel; en la segunda, Raimundo Fernández Cuesta, con Roberto Bassas, jefe territorial de Cataluña; en la otra, un consejero nacional de gran relieve, cuyo nombre silenciaremos, y Cuerda, secretario particular de José Antonio; en la siguiente, Pepe Sáinz y Julio Ruiz de Alda (¡Presente!), consejeros nacionales ambos; en la quinta, Benito Pérez, jefe provincial de Cuenca, y Jesús Mata, de Santander, y en la última Sancho Dávila, jefe territorial de Andalucía, con Leopoldo Cañizo, jefe territorial del Norte. Las habitaciones de la derecha y en orden inverso, esto es, empezando por el fondo para acabar en la entrada, se encontraban Mateo Álvargonzález (¡Presente!), jefe de Centuria; Pepe Badriñana (¡Presente!) y Eduardo Fieravanti, como presuntos autores los dos últimos del atentado frustrado contra el diputado radical-socialista Álvarez Mendizábal; Manolo Palau (¡Presente!), Antonio Jiménez (¡Presente!) y Alfonso Estenalay Benlliure (¡Presente!), acusados también los tres del mismo supuesto atentado; Pedro Oms (¡Presente!) y José Ruvielles (¡Presente!), jefes de Centuria los dos y Javier Aznar, hijo del director de La Voz; Manolo Suárez Inclán, de Madrid, y Alejandro Salazar, jefe nacional del S.E.U.

GIMNASIA, ESTUDIO Y REVOLUCIÓN

Merced a su influencia y calidad de ex diputado en Cortes, el jefe había conseguido del entonces director de la Cárcel Modelo, Martínez Elorza, muerto más tarde en Valladolid, ya iniciado el Movimiento Nacional, un régimen especial para los ocupantes de la galería de políticos.

De acuerdo con este régimen, el grupo de patriotas mencionado distribuía las horas del día en forma cuya relación escueta bastará para dar idea al lector de la concepción de la vida que tenía el Ausente como Milicia y Trabajo.

Se levantaban a las ocho y media y sin desayunar, bajaban al patio, donde permanecían hasta las nueve y cuarto haciendo gimnasia e instrucción militar, bajo la vigilante dirección de José Antonio.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

Terminada esta primera labor del día, pasaban a la ducha, y entre este menester higiénico y el desayuno se ocupaban hasta las diez de la mañana, a cuya hora se reunían todos en derredor de la mesa de estudio que se realizaba sometidos a la mirada vigilante de José Antonio, Raimundo Fernández Cuesta, Julio Ruiz de Alda y Roberto Bassas. Al que no estudiaba o distraía a los camaradas, se le imponían severas, terribles sanciones, y aquel día había un extraordinario de cigarros, cigarrillos o algo parecido. Los temas de esta academia versaban sobre organización política y social, que corrían a cargo del jefe, y profesionales o estudiantes, que desarrollaban los interesados.

A las doce y cuarto se dejaba el estudio para proceder al aseo, ya que a las doce y media comenzaba la media hora de relación con el exterior que diariamente disfrutaban los encarcelados. Esta comunicación se verificaba en una sala, a través de una sola reja sin tela metálica, y a ella acudían los familiares de los detenidos y enlaces, casi siempre femeninos, que se encargaban de poner en circulación las órdenes, instrucciones y consignas del Movimiento para toda España, los originales para nuestra clandestina y misteriosa publicación No importa, que tanto trabajo dio a la Policía tan extraordinariamente intrigó a los españoles por aquella época; el texto de una "Carta a los militares españoles" y otros documentos de parecida trascendencia. Porque el gobierno de Casares Quiroga, con su afán de yugular el glorioso Alzamiento Nacional, había ido recluyendo en la Modelo, de Madrid, a los principales dirigentes del mismo, sin darse cuenta de que de esta manera lo único que lograban era poner término a las reuniones clandestinas, celebradas de esta manera con mucha mayor seguridad y eficiencia en el local con tan inconsciente acierto por el mismo puesto a disposición de los conspiradores.

También acudían en algunas ocasiones diputados de la C.E.D.A., algunos tradicionalistas y tal que otra vez don Antonio Goicoechea.

Por entonces nuestros presos tenían a su disposición, en calidad de ordenanzas, dos presos comunes que, entre otras misiones, tenían la de preparar la comida, y que acabaron por ser falangistas como aquellos a quienes servían, conquistados por la simpatía y el innato poder de convicción, que eran características preeminentes de José Antonio. La comida se hacía en común, reuniendo lo que a cada uno de los presos enviaban desde la calle sus familiares; aquí será bueno recoger un sencillísimo detalle, que pinta magistralmente la psicología del jefe. Cuando éste recibía botellas, postres de cocina o alguna otra golosina, él era el último en servirse, después que lo habían hecho todos los demás camaradas.

Terminada la comida se hacía reposo hasta las tres y media, a cuya hora bajaban nuevamente al patio, armados de un balón, y se dedicaban a practicar el deporte futbolístico. Al llegar a este punto, bueno será advertir, para evitar confusiones, que de este régimen participaban algunos otros falangistas que se encontraban en la galería número 2, entre ellos el camarada Guerra, jefe nacional de Milicias. Para estos emocionantes encuentros se formaban dos bandos completos, en los que Cuerda y Sancho Dávila actuaban de guardametas; Ruiz de Alda, Fernández Cuesta, Bassas y Mata, como defensas; José Antonio y Miguel Primo de Rivera, Pepe Sáinz, Mateo Alvargonzález, Palau, Jiménez y otros, delanteros y medios.

Todos estos partidos se jugaban a un tren endemoniado. Como si estuviera en litigio el título de campeón del mundo; pero... José Antonio era el jefe. Y los integrantes del

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

equipo B no podían olvidar esta condición del camarada, por lo que en los primeros encuentros se retraían bastante y le atacaban con notoria consideración. Advertido ello, por el jefe, fue motivo de varias convenciones. A él había que "entrarle" como a los demás. Desde entonces, el César fue uno de tantos en la copiosa cosecha de golpes.

Terminado el rato de expansión, volvían de nuevo los reclusos a dedicarse al estudio, hasta la hora de la cena. Y de esta suerte, en un ambiente de disciplina y camaradería a la par, transcurrían las horas de José Antonio, fecundas para el porvenir de la Patria, hasta que fue trasladado a la cárcel de Alicante.

(La Gaceta Regional, 20 de noviembre de 1938.)

APOLOGÍA DE UN AMIGO QUE AÚN NO ERA CORRELIGIONARIO

Juan Ignacio Luca de Tena

Agradezco sinceramente a la dirección de la revista Y esta ocasión que me da para hablar de José Antonio y, lo que más me place en el requerimiento, de mis relaciones personales con él. Hoy le admiran todos, llegó a ser en vida y sigue siendo después de su martirio el ídolo de multitudes juveniles exaltadas de patriotismo y justicias totalitarias, a la hora presente muchos se vanaglorian de su intimidad: "Aquella tarde en el Café de Recoletos me decía José Antonio..." o "Cuando yo estaba con José Antonio en la Cárcel..."-, pero en realidad fuimos pocos los que gozamos de su amistad estrecha y estuvimos con él en la cárcel.

Cuando el General Primo de Rivera dejó el Gobierno, apenas conocía yo a José Antonio. Se había formado en torno a la figura del que poco antes regía en dictador los destinos nacionales una campaña rencorosa y vil donde se volcaron todos los calumniadores de oficio en la cobarde y fácil tarea de hacer leña del árbol caído. Se elaboraba al mismo tiempo la revolución contra la Monarquía y el escándalo en los periódicos republicanos e izquierdistas llegó a términos de procacidad tales, sobre todo contra el Dictador, que ni aun pueden explicarse todavía por la inhibición de unos gobiernos que pretendiendo derivar a un régimen democrático y liberal, vivían sojuzgados por la anarquía y el libertinaje. La situación de José Antonio Primo de Rivera con su padre enfermo en París e injuriado a diario en los periódicos de España, era difícilísima. Si andaba todos los días a golpes podrían calificarle de violento y arbitrario y si se resignaba, de cobarde. Él resolvió todas las contingencias con una elegancia y dignidad tales que si no hubiera tenido posteriormente tan brillantes actuaciones, a aquella sola bastaría para acreditar su talento y su corazón. Daba bofetadas cuando hacía falta, pero jamás dio una que no estuviera justificada. Respondía públicamente y con la máxima gallardía al insulto personal y guardaba respetuoso silencio ante las críticas al político. Algunas veces, frente a un relanzamiento respetuoso contra algún aspecto de la obra de la Dictadura, sonreía con el escepticismo sin dejar traslucir lo que pensaba para sus adentros. Porque José Antonio -y esto lo ignoran quiénes no le trataron a fondo- era uno de los hombres más ponderados que han existido en la política española. Ponderado hasta en la violencia. Alguna vez he dicho que sus mayores violencias fueron siempre más inteligentes que pasionales.

Yo estaba conmovido y admirado por aquella actitud de buen hijo, tan gallarda e inteligente a la vez con que resolvía su difícil situación un hombre de veinticinco años. Y cuando apenas le conocía, se lo dije en una carta volcando mi corazón. No le sorprendía que un extraño hubiera podido comprender y sentir exactamente sus angustias de aquella hora, porque -decía- "También tú has sabido ser un buen hijo". Terminaba: "Tu amigo para siempre" y aquella carta suya, que ató con la mía los primeros eslabones de nuestra amistad, ostentaba por pura conciencia una fecha histórica para España e inolvidable para él: el 16 de febrero de 1930. Un mes después de escribirme José Antonio, fallecía en París el General Primo de Rivera. Tal coincidencia reforzó nuestro naciente afecto, que publicamos dos días después en la estación del Norte con un emocionado abrazo, me precio de creer que uno de los más efusivos dados

en aquel trance por José Antonio, ante el cadáver de su padre. Desde entonces nuestro trato frecuentísimo no se interrumpió nunca. Poseía entre todas sus excelsas cualidades las de ser humano, cordial y alegre. Desde distintas trincheras hemos luchado los dos durante seis años contra la misma podredumbre que ahora está barriendo el ejército. Juntos nos tuvo en la cárcel durante el verano de 1932 la arbitrariedad rencorosa de Casares Quiroga y a mi lado le tuve con Ruiz de Alda y sus incipientes huestes de la Falange durante aquella huelga de 1934 en que todo Madrid era para mí un parapeto.

Justo un año antes, en marzo de 1933, cuando aún no existía la Falange, José Antonio y yo habíamos discutido públicamente en una polémica periodística que no dudo en calificar de ejemplar por la cortesía y cordialidad con que fue planteada y mantenida. En A B C se había publicado un artículo atacando al Gobierno de Azaña por la recogida arbitraria del semanario El Fascio y protestando al mismo tiempo contra "las amenazas y coacciones intolerables del socialismo frente a la lícita propaganda de los partidarios del fascio". Señalábamos en el mismo suelto la objetividad de nuestro criterio, fundándolo en que no éramos fascistas. Replicó José Antonio: "Me duele que A B C, tan admirable diario, despache su preocupación por el fascismo con sólo unas frases desabridas en las que parece entenderlo de manera superficial" ¹[1].

Le contesté y comenzó la cordial polémica. José Antonio defendía una doctrina yo atacaba una táctica. Su primera misiva terminaba así: "Cierro esta carta, no con un saludo romano, sino con un abrazo español. Vaya con él mi voto porque tu espíritu, tan propicio al noble apasionamiento y tan opuesto por naturaleza al clima soso y frío del liberalismo, que en nada cree, se encienda en la llama de esta nueva fe civil, capaz de deparnos, fuerte, laboriosa y unida, una grande España."

Era un requerimiento que yo no recogí entonces.

Pasaron los meses y los años sin que nuestra cordialidad se interrumpiera nunca. Fundó él la Falange. Seguimos, cada uno desde nuestra trinchera, luchando contra los mismos enemigos. La República se desprestigiaba día a día entre las ferocidades de "los auténticos" y las fofeces de la táctica radical-cedista. Y llegó con las elecciones de febrero del 36, la barbarie marxista erigida en sistema de gobierno. Comprendí entonces la razón plena de mi amigo y meses antes de comenzar nuestra cruzada contesté a su requerimiento de tres años antes, haciendo llegar hasta su celda mi efusiva adhesión. El 25 de mayo. José Antonio me respondía desde la cárcel: "Mil gracias por tu carta. Tienes razón cuando invocamos nuestros sentimientos comunes de hombres civilizados. Este es un espectáculo de barbarie nada sorprendente para quienes creemos en la necesidad de un orden nuevo y sabemos que el vigente no es más que un vivero de injusticias alternativas. Pero es bueno, siquiera, esto de sentirnos en la incomodidad (todavía me parece demasiado pomposo llamarlo persecución) porque en este aprendizaje nos hacemos fuertes para derruirlo y alzar sobre su ruina la España que quiere la Falange: una, grande y libre." Esta carta fue nuestra última relación personal. Hoy ya está en las estrellas y desde su luz se ilumina la tierra de esta España a la que tanto amó con el resplandor de aquel ideal de unidad.

¹[1] Las cartas públicas entre José Antonio y yo, están publicadas en el libro "Hacia la Historia de la Falange" de Sancho Dávila y Julián Pemartín.

DOLOR Y MEMORIA DE ESPAÑA

¡José Antonio! ¡Presente en el afán de tus centurias y en el corazón de tus amigos! Guardo como una reliquia tu carta última donde me hablabas de la comunidad de sentimientos entre los hombres civilizados y frente a la barbarie. Es la clave de nuestra revolución nacional; comunidad, es decir: unión. Unión de todas las clases y de los españoles todos por encima de las clases, fundidas y apretadas como en un haz por el supremo interés de la Patria. Haga el cielo que cuando vuelva a reír la primavera y las banderas victoriosas retornen, no se turbe ya nunca la paz entre los españoles que hoy gritamos juntos, con los bárbaros todavía enfrente: ¡Viva España y Arriba España!